



A. de A.

Bendita Torre, ¡Bendita Gente!

**Dos historias personales pacientemente
recogidas en la Torre Hísel-Minei del
nuevo puerto de Drair**

...¿O quizás debería decir "Darei"?

Jardines de Esperanza

5780

Estimado Lector:

Haz de esta obra cuantas copias quieras,
y obséquialas gratuitamente a tus amigos, parientes, vecinos, clientes...

Sólo te pediré que no te lures con ella, pues tampoco yo lo hago

A. de A.

(Aqla de Aqartha)

Obra registrada en "Safe Creative"

08/07/2020 **2007084691924**

Puedes enviarme tus críticas, comentarios e impresiones

domovilu@gmail.com

Visita mi Blog

<https://domovilu.wordpress.com/>

O mi Red Social

<https://mewe.com/profile/5cca98da1703b8065bcf3791>



¡Esta es la Introducción más informal que haya escrito jamás!

Ah, sí. Pero mal que les pese, los Originalistas acabaron aportando sus individuos más talentosos a la Hísel-Minei.

-¿A quiénes se refiere?

-A esos dos de allí, por supuesto: ¡el capitán Devri y el ingeniero Milie!



Me los presentaron en el Restaurante de la Torre Hísel-Minei de Draïr. ¡Qué felicidad! Oh, ¡qué dicha sublime poder visitar Draïr otra vez! Y como antaño, e incluso *mejor* que antaño, hallarla rebotante de Maëdem alegres, optimistas, bulliciosos y campechanos. Esa gente es un torbellino inagotable de actividad creativa y cordialidad sencilla. Chispeantes, inquietos y entrañables. Incluso cuando te gastan una broma pesada (sus ingenieros son famosos por improvisar jugarretas inocentes que después relatan por doquier, y a eso llaman “chistes de ingenieros”), es imposible malquistarse con ellos.

Los dos son además, dignos descendientes del “almirante” (como lo llama su progeñe Originalista, que reniega de él y su legado): el ya anciano capitán Devri es su bisnieto, mientras que el todavía joven (pero terriblemente avejentado por una vida de trajines y sinsabores) ingeniero Milie, es su tataranieto; aunque pertenecen a distintas ramas de la familia. El capitán Ineiri Dehi tuvo tres hijos en su primera vida, ninguno en la segunda (quiso permanecer fiel a Vuleriént, pero la diferencia de edades lo inhibía de tocarla) y... ¡trece en la tercera! Como toda esa generación Renacida, se sentía apremiado por reconstruir el país; y criar familias prolíficas fue por entonces, parte esencial de la denodada labor de reconstrucción.

Pero volviendo a sus propectos (el uno “*de facto*”, el otro “*de jure*”) descendientes, decía que tuve la grata ocasión de conocerlos en el Nivel 20 de la Torre en Draïr, y allí me narraron sus respectivas

peripecias. Sí: los dos acabaron por asentarse deliberadamente en Draïr, para “cumplir el sueño del abuelo” (como lo llama cariñosamente su estirpe leal a la causa... Al capitán Dehi, quiero decir). Esto es: para desposar mujeres del país, y dar origen a genuinos “Maëdem de Darei”. La esposa de uno nació en Dúir, la del otro en Lémléth. Ambas, descienden de familias de “Sorien desertores”. Es decir, que se consideran fundadas por jóvenes que un par de siglos ha, decepcionados por la creciente decadencia de su Orden, la abandonaron sustrayéndose a su destino. De hecho, muchos de los “aspirantes externos” hoy en formación en las Academias Maëdem de Draïr, proceden de esta clase de familias. El círculo de la plurisecular “disputa por la preeminencia” continúa cerrándose así con naturalidad indolora y positiva.

Sin embargo, allí acaban las similitudes. Porque el capitán Devri es fogoso, apasionado, extrovertido, espontáneo; posee una voluntad férrea y arrolladora cuyo ímpetu vital no acusa la erosiva labor del tiempo. Viéndolo, una no puede evitar preguntarse cuánto más no lo habrá sido de joven... Mientras que el ingeniero Milie es un hombre introvertido, apocado, tímido en extremo, al cual agobia entrevistar porque debes sonsacarle cada sílaba con tirabuzón. Es de esa gente que parece eternamente preocupada por no ir a importunar con su mera presencia y en consecuencia, realiza denodados esfuerzos por pasar desapercibido, volverse invisible e inaudible, no estar, no molestar, no llegar a herir siquiera tangencialmente la sensibilidad de nadie.

Pero venía diciendo que es francamente maravilloso poder visitar Draïr otra vez, y frecuentar a sus simpáticos encapuchados de verde... ¡No! Lo que quería decir en realidad, es que allí conocí al capitán Devri y al ingeniero Milie, que parecen un par de ancianos a pesar de la diferencia de edades (uno tiene treinta y nueve años más que el otro!), y me relataron sus por demás interesantes vicisitudes. Un atisbo de ellas ha sido mencionado (apenas insinuado) en el Apéndice Histórico del Segundo Libro de la Historia post-imperial. Aclaremos los tantos: el capitán Devri fue aquel joven marinero raso que tuvo la insólita ocurrencia de salir a recorrer el mundo... Y el ingeniero Milie fue ese audaz prohombre que se durmió ebrio de gozo (en el sentido más literal que imaginarse quepa) a los pies de una grúa durante los festejos inaugurales de Draïr. Que quizás deberíamos acostumbrarnos a llamar “Darei”. ¿Por qué?

Veréis: los infaltables “graciosos” de la Confederación han acabado por acuñar el siguiente refrán: *Si quieres hacer llorar a un Maëdi, hazle decir “Draïr”*. Y bueno: curiosa incorregible, yo probé. ¡Y el refrán es cierto! El pobre Maëdi se esfuerza y lo intenta; balbucea, tartamudea y... “Darei”. ¡Otra

vez! Aprieta los párpados, se concentra, frunce los labios con resuelto tesón y... "Darei". Termina meneando la cabeza desesperado y lagrimeando su frustración entre sucesivos "Darei, Darei" antes de desistir apesadumbrado. Es un ejercicio cruel. No lo he repetido: iniciar cualquier palabra con el grupo consonántico "dr" (lo mismo vale para "tr", "pr", y similares) les resulta por completo imposible. A mi pobre víctima compungida le curé las lágrimas irguiéndome en mi impresionante metro sesenta (estatura que supera holgadamente la del varón Layedí normal), para declarar con vehemente convicción: *"drástico drenaje druídico!"* Ni un hipo se cura más pronto: el joven se fue rodando entre súbitas carcajadas, supongo que preguntándose además cómo diantre he sido capaz de acometer semejante hazaña consonántica.

¡Pero cuántas digresiones! Está visto que también es imposible mantener un mínimo de compostura en este bendito Nivel 20. El perpetuo ánimo informal del ambiente se le acaba pegando a una...



...A propósito: ¿ya he dicho "Drair"?

Hummm... ¡Señal de que no soy Maëdin!

A. de A. / 26 de Noviembre, 5780

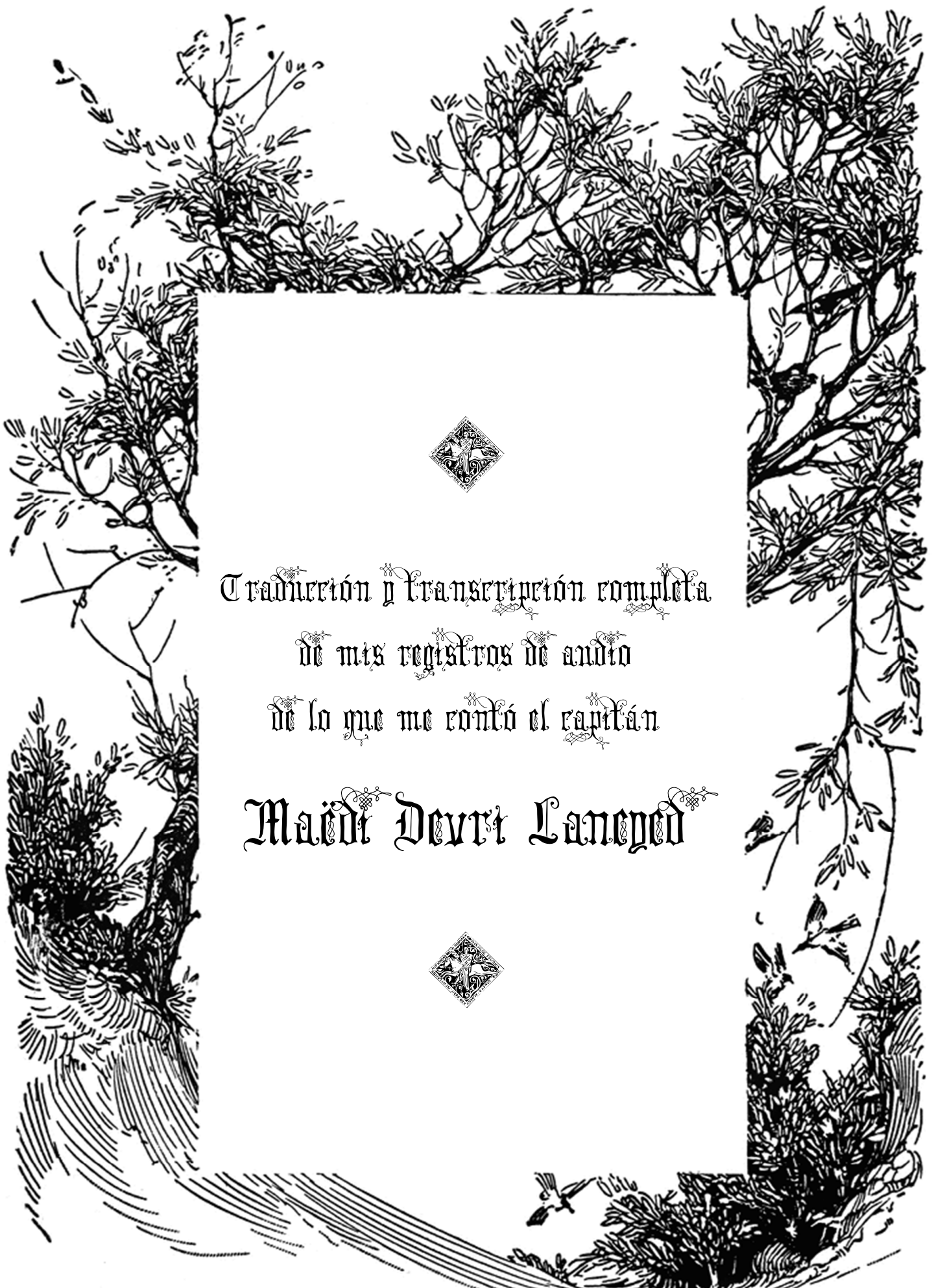
31 Dec

Dr. J. S. D. V. 2

Dr. J. S. D. V. 2



A. K. A. / K. Dec. '19



Traducción y transcripción completa
de mis registros de audio
de lo que me contó el capitán

Mañdi Devri Laneped





¿Qué puedo decirte acerca de mi infancia?

Éramos pobres. Muy pobres, sí. Y como muchos Originalistas por entonces, vivíamos cerca del Club de Darei. Sí... ¡Ya sé! No me pidas repetirlo. Tú sabes: no hay modo *humano* de decirlo bien. No sé cómo lo harían los antiguos Daráyem. Los *nuestros*, quiero decir: si conseguían pronunciarlo correctamente a fuerza de costumbre, o tampoco. El Viejo Almirante por lo menos, sé bien que era incapaz, aunque le pegaran por ello. Oh, ¡no lo digo con malicia! Me refiero a eso de "Viejo Almirante". Yo lo admiro, pero en casa no se lo recordaba por su nombre. Era tabú. Lo mismo que Hísel-Minei: palabra prohibida. Yo nunca la había oído, hasta los once años "y pico". Entonces la escuché por primera vez en el Club de Darei. Vale, ¡otra vez! Pero loado sea el Club de Exiliados: me cambió la vida. Porque de haber seguido por dónde iba, jamás habría llegado a ninguna parte. ¡Triste destino de ve-tú-a-saber cuántos!

¿Eh? ¿Qué? ¿El año...? ¡Ah, el año! Pues nací en el 3365... ¡Claro que es posible! Yo pertenezco a la rama más veterana de la familia: mi padre era el primogénito de su madre, la hija mayor del capitán Dehi. Hay unos 16 años de promedio entre cada generación y la siguiente: ¡mi hermana Layenint es del 61! Yo en cambio era el tercero y como venía diciendo, nací al principiar la primavera. Sin duda, la mejor estación para nacer. Pasas tus primeros meses de vida en primavera y verano, y para cuando llega el otoño con sus abruptos ventarrones borrascosos, tu físico ya ha crecido y se ha fortalecido lo suficiente como para sobrellevarlos mal que bien. Aunque como éramos tan pobres, los otoños e inviernos se sufrían bastante...

Yo era el tercero de una prole numerosa. Teníamos una preciosa huerta... ¿te dije ya que "cerca del Club de Darei"? Ah, lo siento. Pero si lo reitero, no es por manía: se trata de un detalle importante, porque la ubicación se juzgaba particularmente envidiable. Aunque también por su causa éramos tan pobres. Verás: la producción de la huerta no alcanzaba para alimentar tantas bocas. Podríamos haber vendido con ventaja, para comprar a cambio muchas hectáreas hacia el interior del país, ¡cierto! Pero eso nos habría vuelto dependientes del transporte automotor, o del ferrocarril; lo cual no entraba siquiera en consideración.

Espera: ¿realmente dicen eso? Pues permite que te sea sincero: ¡no los entiendo! Esos "idealistas" que señalan tienen que ser necios, locos o ignorantes, para añorar la apartada vida campestre ancestral desprovista de tecnología, y pretender que haya sido preferible, más saludable o feliz que su confortable vida urbana moderna. No han sufrido nuestras privaciones en carne propia. Estómagos satisfechos e ingratos. ¡No tienen ni idea de lo que hablan! Pero corrígeme si me equivoco al suponer, que después son los mismos que pretenden lamentar el hambre de los marginados. Sin comprender, que una cosa va estrechamente ligada a la otra: que el atraso tecnológico apareja ineficiencia productiva, escasez de recursos y miseria generalizada...

Así que insisto: éramos muy pobres y en sí mismo, no: ¡no era para nada saludable, ni "espiritual", ni edificante! Había otras cosas que alegraban nuestra existencia, claro; pues en esas condiciones aprendes a valorar con intensidad hasta las alegrías más pequeñas. Que por otra parte y con una buena educación, esa virtud puedes adquirirla también en la ciudad, en medio de la abundancia. Ah... ¡No confundamos los términos! *Eso* es otra cosa: ahorro, mesura, austeridad. ¡Por supuesto que son positivos! ¿Quién lo niega? Pero la pobreza en sí, no tiene nada de virtuosa. Y si no eres un misántropo, ¡no se la deseas a nadie! Es más: desconfía y huye con urgencia, de los cínicos demagogos perversos que desde la cúspide de su arrogante opulencia mal habida, alaban y estimulan la pobreza de las grandes masas sometidas. ¡Tanto peor si se proclaman "pastores"! Es porque desean ver a la humanidad desvalida, reducida a la condición de rebaño de ovejas a su disposición, para trasquilárselas y devorarlas sin hallar resistencia.

Entretanto, decía, yo asistí al Parvulario y después hice los cuatro años de "Academia Inferior" con los Botánicos. Lo habitual para un hijo de hortelanos. Sin embargo, por las tardes merodeaba en otras Academias. Ya por entonces, había decidido mi objetivo vital: convertirme en un Guardián de la Tradición. ¿Supongo que sabes lo que es? ¡Exacto! Ese era mi sueño. Así que para los doce años, cuando debería pasar a la "Academia Superior", esperaba sumarme a los Trovadores, que entre nosotros dominan la base general de las diversas disciplinas. Y yo iba por doquier perorando con entusiasmo acerca de mis proyectos cuando un día, mi padre me detuvo en seco:

-Señorito: Usted sabe perfectamente que a los doce ya será todo un hombrecito, y deberá sumarse a sus hermanos mayores en el sostén de la economía familiar.

Para mí, fue un duro despertar. Mis hermanos mayores, Layenint y Neyeini, llevaban desde los doce trabajando duramente para un rico granjero vecino. No sé qué insensata ceguera me había

inducido a suponer que yo sería distinto. ¡Pues bueno! ese día recibí un baño de realidad, peor que un baldazo de agua helada. ¡Créeme!

Aquel granjero vecino era un potentado. Poseía vastas tierras, feraces y excelentemente administradas, amén del único molino en decenas de kilómetros a la redonda. Molía para su casa y, a un precio fijo la fanega, para los demás. Y aunque sus instalaciones respondían rigurosamente a los estándares Originalistas más estrictos... Igual que sus vecinos, por ejemplo, carecía de suministro eléctrico. ¿El molino harinero? Se erguía junto a un arroyo torrentoso, y la correntada movía de continuo las palas de una noria. Un complejo sistema de ejes y engranajes transmitía el movimiento a las pesadas ruedas del molino. Muy elemental, sí: siempre dentro de los estrechos márgenes de unas exigencias por demás arbitrarias, como te detengas a analizarlas. Un ejército de carpinteros, albañiles y herreros Originalistas lo edificó para él. ¿Pero quién crees tú que planificó el proyecto, o dirigió la ejecución de las obras? Ingenieros civiles especialmente llegados "de la costa"; ¡obvio! Y las enormes muelas de granito, ¿de dónde crees que provenían? ¡Si no teníamos canteras en los alrededores! Su procedencia era un secreto que jamás compartió con nadie. Pero tras haber recorrido el mundo, puedo permitirme conjeturar que las trajeron desde Puncó. Visité las explotaciones, he visto el mineral que extraen, su aspecto, color, rugosidad y composición. Me atrevería a afirmar con un 99% de certeza que las muelas vinieron de allí. ¿Entiendes lo que eso significa? Tuvo que encargárselas a los Malménier. Tuvieron que recorrer miles de kilómetros en barco y por ferrocarril.

Lo mismo sucedía con la bomba de agua. Había una alta torre de acero junto al caserón: en su cúspide estaba el tanque de agua y sobre él, las aspas accionadas por el viento. Si soplaba, el viento activaba el mecanismo por sí mismo y bombeaba; bombeaba elevando el agua de las napas subterráneas y almacenándola en el tanque. Claro que como te fuesen a pillar varios días seguidos sin viento, al final deberías acudir a la bomba manual. Como con el molino harinero: todo dentro de lo aceptado... ¡pero de genuino diseño ingenieril! ¿Y el acero? Tuvo que proceder de los Altos Hornos Hísel-Minei: ningún herrero local estaba lo suficientemente equipado como para realizar esa clase de trabajo. Nos gustase o no, difícilmente iríamos a tener ningún adelanto sin el concurso de los innumerables "tecnopretenciosos". Así por lo menos lo habrá entendido nuestro práctico vecino, que comerciaba al por mayor: vendía sus excedentes y los que le entregaran en comisión, a los Corredores de Granos del puerto. Posiblemente por eso fuese tan próspero: por no desperdiciar sus oportunidades.

En casa era visto con rencoroso recelo. Mis padres fruncían el ceño a la sola mención de sus "negocios turbios". ¿Cómo podía bendecirlo la Unidad a pesar de su venialidad, mientras nuestra virtud abnegada era retribuida con una amarga miseria? Pero en público se callaban sus opiniones: no solo era el único molinero de las inmediaciones. Era además, el único empleador solvente... Allí iría también yo, al terminar la "Academia Inferior". A trabajar desde el amanecer hasta el ocaso. Para cuando volviese a casa, estaría tan exhausto que apenas me quedaría fuerza para probar un bocado y caer rendido de cansancio. ¡Adiós para siempre a cualquier plan de estudios! Podría declararme afortunado si no acababa por olvidar incluso, lo aprendido hasta el momento...

¿Y ves? Aquel vecino también tenía una prole numerosa. ¡Pero qué diferencia! Ellos pudieron acudir a la Academia que quisieron, cuanto quisieron. Y no: no era simple "cuestión de suerte". Era como dije: una combinación crucial de excelente administración y cierto nivel de apertura mental proclive al intercambio, que no lo cerraba a cal y canto ante cualquier aporte externo. Al vecino no le molestaba traficar con su grano y su harina, con sus huevos o con su leche; ni tampoco ponía reparos en adquirir madera, metal o género de primera calidad de sus intermediarios profesionales. ¿Que los productos habían llegado en barco, camión o tren? ¿Qué le importaba eso a él? Lo principal: eran en sí mismos "productos lícitos", ¿sí, o no? El género era género, indistintamente de si lo habían tejido a mano o en un telar mecánico.

O como decía él: ¿qué diferencia le hace al pez, si lo captura un pescador individual en su bote de madera, o cae en las redes de un enorme buque-factoría? Para los comensales, el sabor es indistinguible al paladar; y para el pescado.... Bueno: si le preguntásemos a él, supongo que preferiría no ser pescado de *ninguna* manera... Que la pesca industrial, ¿qué? Mujer, ¡pues claro que te permite multiplicar exponencialmente las capturas! Eso implica alimentar a más gente a un costo menor. Pues mira: si tanto te conduelles por ellos, no comas pescado en absoluto, y ya. Pero puestos a consumir: ¿pondrás reparos a la técnica, si es moderna o primitiva? La única diferencia entre ambas, estriba en que la técnica moderna garantiza alimento abundante y barato para todos; mientras que la primitiva significa que si tú gozas de holgura económica podrás comer, mientras tu vecino pobre se quedará con el plato vacío.

Pero mujer, ¡no puedes estar objetando eso en serio! Al final: ¿qué prefieres? Dime: ¿los cardúmenes nadando libres y felices y la gente muerta de hambre, o a la inversa? Ah... el sustento de los pescadores individuales... A ellos tampoco les falta, fíjate, o cambiarían de oficio. Nadie les

quita nada, pero tú... ¿Tienes idea de a cuántas familias proveen de trabajo esos buques-factoría? No me refiero solamente a las tripulaciones, bastante numerosas de por sí. Sino además, a las industrias que se mueven detrás: los astilleros, las fundiciones, los frigoríficos, los operarios del puerto, los distribuidores... Hasta la célebre Escuela de Chefs de los Aléym se apoya esencialmente en la producción de esos navíos. Si de pronto desaparecieran y quedásemos reducidos a la pesca artesanal individual, todo eso se esfumaría también. Decenas de miles, quizás incluso más, perderían su empleo quedando en la calle.

¿El... qué? Vaya... ¡No esperaba esa objeción! Curioso: esto nunca me lo habría planteado... porque en la práctica, tampoco constituye una genuina contradicción. Verás: tienes razón en señalar que nuestra filosofía fundamental defiende el respeto a la vida. Significa, que nunca verás a un Maëdi matando "por deporte" o infligiendo sufrimiento a cualquier criatura por simple diversión. ¡Eso es cierto! Es más: en general procuramos ser constructivos y no lo contrario, a todos los niveles. Quiero decir: tampoco encontrarás Maëdm rompiendo o arruinando cosas "para matar el tiempo". Pero a fin de cuentas somos humanos, con necesidades y prioridades humanas. Si debiésemos renunciar a matar para comer, deberíamos resignarnos a la muerte. En primer lugar, porque también el vegetal está vivo. ¿Sabrías tú alimentarte de las piedras, del agua o del aire? Nosotros tampoco. Pero además: ¿nunca visitaste un campo? ¿Desconoces cómo se desarrolla la actividad agrícola? Ah, bueno: en tal caso, debes saber tan bien como yo lo que implica un "control de plagas". Si quieres defender tu cosecha, ¡deberás matar! Debes exterminar prácticamente a cuanto insecto, roedor o incluso ave herbívora pulula por tu heredad. ¡O te arruinarán! Los sembradíos son terrenos limpios, prácticamente esterilizados de cualquier otra clase de vida contraria a los intereses del agricultor: un feroz experto en aniquilar a todo competidor biológico. ¡Si hasta desbrozan el hierbajo! Así que no existe manera de ser coherente con una filosofía tan radical. Si querrás sobrevivir, matarás. Ya sea para consumir la carne, o incluso para obtener tu alimento vegetal.

¿Algo más? ¿No? Bien. Volvamos entonces a las relaciones de mi familia con nuestro vecino: si al final del día habíamos comido bien, se debía en gran medida a la sensatez de aquel. No obstante y para colmo, ¡lo mirábamos de torcido! Cuando tendríamos que haberlo admirado: a diferencia de nosotros, era un hombre práctico y juicioso. ¡Por eso prosperaba! Mientras que los Originalistas más rigurosos teníamos nuestro pequeño mercadillo local en los jardines del Club de Darei... ¡Sí: Darei, Darei! ¡No hagas esas morisquetas estrafalarias cada vez que lo digo! Pues teníamos nuestro

mercadillo interno y sólo intercambiábamos entre nosotros, los productos de nuestras modestas manufacturas domésticas. Y así nos iba: siempre escaseaban cosas, algunas eran demasiado difíciles de conseguir, otras demasiado caras. ¡Y ni hablar de ahorrar! Una “plata pequeña” era un tesoro inalcanzable. Si acaso, la veías de manera fugaz: casi todos nuestros intercambios se reducían al mero trueque. El dinero en metálico era para la gente próspera como el vecino, envuelto de lleno en el comercio a gran escala.

¿Que en qué nos pagaba? Rara vez en plata de ley. Mis padres le enviaban una lista de demandas al principiar la semana: que tantas fanegas de harina, que sandalias o género, que vajilla o queroseno para el quinqué, que carbón para el hornillo o té... gran cantidad y variedad de té. El vecino acabó convirtiéndose en nuestro proveedor principal. Trabajando para él podías conseguir mil veces más productos y de mejor calidad, que trapicheando en el mercadillo local. Eh... ¿Qué? Ah... ¡Que no te extrañe! Verás: ciertamente, nuestra fama de artesanos insuperables nos hace justicia. Pero entiende: al renunciar por completo al recurso a cualquier tecnología, quedaban constreñidos a la producción de materia prima local. O a la que pudiesen obtener desde zonas aledañas, factibles de ser transportadas a la vieja usanza, en carros tirados por equinos o bueyes. ¡Eso limita mucho! Por citar un caso típico: tú podías ser un ebanista eximio, pero... ¿y si la madera disponible en tu región, era de baja calidad? Pues eso: o te abastecías de la clase de madera apropiada, haciéndola traer de dónde fuese menester sin poner reparos al medio de transporte... O te confinabas a la producida de tu zona, y tu labor quedaba desmerecida por la mediocridad del material empleado.

¿Sabes? En realidad, los Maëdern de antaño nunca desdeñaron, ni el comercio ni la tecnología. ¡Al contrario! En gran medida, si pudieron permitirse el lujo de mantener su estilo de vida tradicional, especializándose en un abanico de actividades muy concreto, fue gracias a vivir como una minoría peculiar, inserta en sociedades más amplias. Donde llegamos a ser más numerosos, en el Láyed, apenas sí alcanzamos a ser el catorce por ciento de la población, en nuestro período de mayor esplendor. En otros países, como ser Aleyént, Darei o Aïketh, oscilábamos entre el tres y el quince por mil de la población. Constituíamos minorías tan exiguas, que no hallábamos dificultad en especializarnos en labores artesanales muy valoradas y demandadas, a condición de que el mercado local nos abasteciese de material de calidad superior. Amén, de un montón de productos de primera necesidad que no producíamos por nosotros mismos, y adquiríamos traficando.

Precisamente *ése* fue el problema que asaltó a los Layédem al evacuar el Continente Grande y arribar a su refugio aislado: de súbito se descubrieron ampliamente desprovistos. Y conscientes de que no se sabrían abastecer por sí mismos, decidieron establecer contacto marítimo con Tárgrat. Así nació la Malmeniént: no por amor a la metalurgia ni a la ingeniería, sino por simple necesidad. ¡Porque no puedes vivir cerrado al mundo! Vale: sí, puedes. Pero te condenas a la miseria más abyecta. Posiblemente por eso, nuestro vecino rico desdeñaba nuestro precario mercadillo local, del cual no participaba. Nunca lo verías colocando su producción allí. Él hacía sus negocios a lo grande. Y en rigor, posiblemente fuese el único Maëdi de las inmediaciones, genuinamente “chapado a la antigua”. Eran los demás quienes estaban exagerando, imponiéndose unas restricciones draconianas sin precedentes.

¡Oh, no! ¡No creas! No era en absoluto arrogante ni insufrible. ¡Al contrario! Tenía un trato ameno y cordial. Por eso y aun consintiéndose tantas licencias, nadie lo criticaba en público. No se trataba únicamente de que en la práctica, él fuese el sostén principal de muchas familias. Es que además era buena gente, siempre risueño y de buen talante. Por más que quisieras, te resultaba imposible malquistarte con él. ¿Eh? ¿Como nuestros ingenieros? Pues no... tampoco. En cualquier caso, era proclive a la risa pero no a gastar bromas. Un buen tipo. Pero cuando estabas trabajando para él, pues eso: ¡debías trabajar! Y las labores de la granja son incesantes y duras. Y él, parecía como si pudiese fraccionarse o tuviese ojos por doquier: imposible sustraerse a su vigilancia. Si remoloneabas un segundo, enseguida lo tenías de pie junto a ti, su mano cálida apoyada suavemente sobre tu hombro: *‘hola Devri: ¿otra vez divagando?’* Entonces el rubor se te subía a la cara, las mejillas te escocían, y redoblabas la faena cual si hubieses recibido una inyección de adrenalina.

¿Que si llegué a trabajar para él? Pues sí y no... acudí como otros niños, de “refuerzo” en épocas de cosecha, y así ganaba un pequeño extra para la familia. La cosecha, de lo que tocara, era una estación alegre. Se efectuaba en un clima de dinámico jolgorio, el vecino organizaba bailes con conjuntos de juglares al atardecer, y sus jornaleros comíamos y bebíamos a su salud. Hacía sacar enormes tablas sobre caballetes al exterior, frente a la casona, y nos lo pasábamos en grande hasta bien entrada la noche. Pero eso sí: ¡había que ganarse el derecho de admisión, trabajando a brazo partido! Yo fui para la cosecha del maíz y para la recolección de manzanas, en dos ocasiones. Así me iba habituando poco a poco al trajín del empleo asalariado. Merced a esa preparación preliminar, sabía lo que me aguardaba.

¡Oh, no! No es que me disgustara. Pero entiende: requiere de un esfuerzo intenso y agotador. Porque éramos Originalistas, no olvides; y en consecuencia lo hacíamos sin maquinaria, con las rudimentarias herramientas tradicionales características de la Edad Imperial. Que a propósito: ¿tú crees que él las compraba al herrero local? Tampoco: no habría dado abasto. Limitarse a su producción le habría significado quedarse desprovisto. Tenía consigo un par de herreros asalariados para las reparaciones de urgencia. Pero las herramientas propiamente dichas... pues sí, ¡adivínaste! se las traían sus traficantes del puerto.

Pero mujer: ¡si estás bostezando! Preciosa dentadura, pero... ¿Tan aburrido es mi discurso? Que es tarde.... ¿Pero qué hora es? Vaya, disculpa, ¡tienes razón! Si hasta nos hemos quedado solos en el Restaurante...





2
B / vicino rìco

1
10/2

A. de A. / of. Dic. '19



¿Dónde lo habíamos dejado? Espera... ¿Qué quieres decir con eso de que ni siquiera me he presentado? ¡Si no hice otra cosa que hablar de mí! Ah, mi nombre... ¡Haberlo pedido antes! Creí que ya lo sabías...

Pues esto: me llamaron 'Devri Laneyed', o sea "Amigo de la Humanidad". Es el título honorífico que Milie otorgó a Añilé, el Saïri de Héilenar, merced a cuya buena disposición existe nuestra Orden; ya que él, Fellel Saïvir y Oneriént fueron nuestros primeros maestros. Quiero decir, los de Maëdi Milie. ¿El nombre Saïri de Oneriént? Pues fíjate que no lo sé... Vaya... ¡Qué descuido! Quizás mi hermana Oneriént lo sepa. Claro que ve tú a buscarla hoy... Tanto ella como yo hemos sido nombrados en honor a sendos Saïrien Layédern. ¡Típicos nombres Originalistas! Y me complace: *'Devri esto'; 'Devri aquello'*. Luego, resulta que soy "amigo" de medio mundo. ¿Qué más se puede pedir?

Te había contado pues que éramos pobres, que teníamos un vecino rico, y que en breve empezaría a trabajar para él. Eso me traía de lo más deprimido. Así que a la siguiente tenida, en lugar de participar de las actividades salí al exterior y, sentándome con la espalda apoyada en la pared trasera del edificio, me eché a llorar. Un hombre se acercó atraído por mi llanto.

-¿Qué tienes? -me preguntó.

-¡Sueños frustrados! -clamé yo.

Él se sentó a mi lado y rodeó mis hombros con solidaria camaradería. Lo miré: era joven, lucía saludable y de semblante afable, pero llevaba una curiosa insignia prendida al pecho. En teoría, yo estaba prevenido contra esta gente: *'Cazadores de Incautos'*, los llamaba mi padre con desprecio. Una especie de peligrosos contrabandistas que se robaban a nuestros talentos más prometedores, para arrastrarlos a un mundo de perdición del cual jamás volvían, seduciéndolos con mezquinas promesas de abundancia material. Pero yo no estaba con ánimo para precaverme de nadie. Necesitaba desahogar mis frustraciones con urgencia, ¡y eso hice! El hombre me escuchó con paciencia, y al final replicó:

-Claro: eso sucede porque los salarios rurales son muy bajos. Pero si vinieras al puerto, ¡otro gallo cantaría!

Me quedé mirándolo pasmado:

-Al... ¿'puerto'? ¿Qué palabra es esa?

Jamás la había escuchado. Ni Hísel, ni Minei [ambos términos significan "puerto", uno en la Lengua Sairi, el otro en Layedij]. Ni siquiera el mar se mencionaba en casa. ¡No existían! Él se apercibió enseguida, así que en lugar de abundar en explicaciones que difícilmente comprendería, me dijo:

-Espera a que despunte la aurora, y entonces te llevaré. Viajaremos con el primer tren y lo verás por ti mismo. Luego hablaremos.

El tren... Eso sí sabía lo que era: pasaba bastante cerca. Los había visto y oído hasta hartarme: agresiones insultantes y obscenas a la armonía pastoril de la campiña. Nunca me había atrevido a aproximarme a las vías. ¡Cuánto menos a la estación! La sola idea de ir a montar en uno me erizó los pelos. ¡Pero también despertó mi espíritu aventurero! Acepté, y pasamos el resto de la velada juntos. Todavía alcancé a preguntarle dubitativo, señalando con recelo el extraño medallón de plata que llevaba prendido sobre la capa corta, a la izquierda del pecho:

-Y tú, ¿quién eres? ¿Qué significa esa insignia?

-¡Ah! -la acarició con su diestra- Esto es, que soy soldador y trabajo en los astilleros.

Tendrías que haber visto la sencilla espontaneidad con que lo dijo, como si fuesen las cosas más naturales del mundo. Pero para mí, fue como si me hablase en "axurreixu". Quiero decir: en una lengua tan abstrusa y exótica como el Éldaan; el idioma de Neir.

-No te aflijas -dijo él, riendo al ver mi cara de consternación- ¡Ya lo entenderás cuando visitemos el puerto!

Volví a fijarme en su insignia, señalándola con temor:

-Luego, ¿no es un emblema de 'Cazador'?

Se rió:

-¿El qué? No... Es la divisa de mi empresa: ¡los Grandes Astilleros Hísel-Minei!

Parecía muy orgulloso de declamar esas palabras, para mí indescifrables. No respondí, y el diálogo se interrumpió. Pero permanecimos sentados el uno junto al otro, a la espera de que clarease el alba. Y en algún momento debí adormecirme, como tú ayer; porque al cabo de lo que me pareció un instante, me estaba sacudiendo con insistencia a la voz de:

-Vamos, vamos: ¡ya es hora!

Así que me levanté y lo seguí, hecho un torbellino de emociones contradictorias. Básicamente, miedo y curiosidad. ¡Un miedo terrible! Y una curiosidad arrolladora. Una combinación explosiva que me hacía temblar, trastabillar, sudar y lagrimear. Llegamos a la estación, saturada de “los otros” que se volvían “a la costa”; y lo vi entregar por los dos, lo que se me hacía una suma exorbitante y en cambio a él, parecía no hacerle mella. Y pagó con dinero. ¡Con plata auténtica! Yo estaba apabullado.

El tren llegó pocos minutos después, haciendo temblar el andén de cemento bajo mis pies. Me aferré a mi guía con atávico pavor. Pero haciendo acopio de valentía, ingresé con él. Fue como entrar en otra dimensión. Imagínate: las puertas se habían abierto para nosotros “por sí mismas”. No había nadie detrás empujándolas, ni activando ningún mecanismo visible. Y esa cosa tan poderosa por fuera pero confortable por dentro, estaba allí para servirnos. Para conducirnos con solícita premura a nuestro destino. Me senté a contemplar el paisaje con aterrada admiración. ¿Sabes qué velocidad llegan a levantar nuestros trenes?: ¡Trescientos ochenta kilómetros por hora! Significa que tardan unas seis horas en recorrer la isla de punta a punta, y eso a pesar de las estaciones, y de que no une los extremos en línea recta, sino trazando un arco amplio. Y ahora imagínate con la fiata pegada al cristal, mirando asustado el ritmo de vértigo con que se sucedían las columnas de acero de la electrificación. Un humilde niño campesino que no alcanzaba a digerir la maravilla de que semejante portento tecnológico estuviese devorando las distancias con tanto apremio para satisfacerme a mí. ¡Sí, claro que “a mí”! Me habían pagado un billete de ida y vuelta. Luego, todo aquello funcionaba ahora a mi servicio. ¿Entiendes lo maravilloso que es?

Pero poco a poco, a medida que nos acercábamos a nuestro destino, los campos fueron siendo paulatinamente sustituidos por barriadas residenciales, de edificación más alta y densa conforme avanzábamos. El tren empezó a aminorar su marcha. ¿Sabes?: así como al arrancar había sentido la tensión eléctrica inyectada en los esforzados motores, ahora percibía bajo mis pies cómo aplicaba los frenos con regularidad. Sentía el poder de la inercia de ese coloso, y lo que a sus frenos costaba detenerlo progresivamente mientras se adentraba en la ciudad.

¡La ciudad! Vale: tú te has hartado de verlas, incluso más grandes y opulentas. No es de esas cosas que te vayan a impresionar. Pero trata de mirarlo desde mi perspectiva de entonces: ¡nunca había contemplado nada igual! Fue como caer en un planeta alienígena. Bajamos en la Estación Central, frente a la Torre, y a ella nos dirigimos en primer término. Sus vidrios azulados refulgían a la luz del amanecer. Ya sé, ya sé: en tus ciudades abundan los edificios altos, incluso con más de cien

plantas. Mi humilde Torre de sesenta pisos se habría visto engullida entre tus rascacielos. Nadie se habría fijado en ella siquiera. Y de otro tanto me puedo jactar yo: vi muchos rascacielos en Aiketh, Lémleth y Tárgat. ¡Pero eso fue después! El mayor edificio contemplado hasta el momento había sido el Club de Exiliados, nuestra réplica de la Triple Academia de Alervin Deye. La altura y esplendor de la Torre me pareció simplemente inasible. Temblaba de espanto y emoción al acercarme a ella paso a paso, aferrado a mi guía como un náufrago a su salvavidas. ¡Ja! Nunca un niño lo habría tenido más fácil para cuidar de un infante. ¡No me habría desprendido de él por nada!

Subimos en ascensor hasta el restaurante. Tú sabes: lo llaman el "Nivel 20" como en las demás Torres, pero como esa es veinte plantas más alta, en ella ocupa el 30. Sentí que el corazón se me iba a los pies cuando el ascensor arrancó. Y luego se me clavó en la garganta cuando se detuvo. Entramos en la sala, enorme y prácticamente desértica. Apenas sí había un puñado de gente dispersa entre las mesas vacías. Mi guía escogió y pagó el desayuno para los dos, y me condujo hasta el centro combado del ventanal que mira al Este. Fue llegar ante él, y quedarme tieso, aturdido, absorbiendo ese paisaje novedoso con avidez. No te irrites si insisto: ¡fue como caer en otro mundo! No solo que jamás había visto nada parecido. ¡Ni siquiera sabía que existiera! Recuerda que yo venía de vivir en una especie de burbuja temporal, en un entorno aislado, atrasado y anacrónico, como trasplantado de mediados de la Edad Imperial. Y ahora imagina que tomas a un palurdo de aquella época y de súbito y sin aviso, lo plantas aquí. ¡Le daría un síncope! Pues yo no estaba lejos: sentía taquicardia, y el pulso violento golpeándome las sienes. Los oídos me zumbaban y empezó a entrarme vértigo.

-Ven -me dijo mi guía posando su diestra con suavidad tranquilizadora sobre mi hombro-: se te enfría el desayuno. En cuanto lo termines, te iré señalando y explicando lo que ves.

Y bueno: supongo que habré obedecido, aunque no me preguntes en qué consistió ese desayuno. ¡No lo recuerdo! Para mí, fue una vivencia rayana en la fantasía onírica. Sólo conservo en detalle esa primera impresión ante Hísel-Minei: el inesperado descubrimiento de un Universo nuevo.

-¿Ves las dársenas de allí enfrente? -empezó señalando él, según lo prometido-: es la Terminal de Contenedores. Esa multitud de cajas metálicas prolijamente apiladas frente a las grúas; a eso llamamos "contenedores". Se necesitan navíos especialmente diseñados para cargarlos. Como ese que está amarrando ahí, sin ir más lejos. ¿Y ves allá, un poco hacia la izquierda?: es el Puerto de Granos. Nota que tanto los depósitos como las grúas son muy diferentes. A esos depósitos llamamos "silos". Y los barcos que transportan el grano también tienen su diseño especial, en nada similar al que te

acabo de mostrar. Lástima no tener ninguno atracado en estos momentos; pero hoy es feriado, y esto es lo que hay. ¿Más allá todavía?: las refinerías. Todos esos tanques y tuberías contienen distintos tipos de combustible. El queroseno que usáis para encender vuestros quinqués, por ejemplo, es una variedad de "combustible". Aunque bueno: no es eso lo que tenemos almacenado aquí, sino gasóleo, gas licuado, y otros. Exigen su propio modelo de transportes, que llamamos "buques-cisterna"; y unas normas de construcción y seguridad muy rigurosas! ¿Y esos muelles más al Norte?: la Estación de Ferris y demás navíos de pasajeros. Los edificios bajos de las inmediaciones son diversas facilidades para los clientes: salas de espera, paradas de taxis y autobuses, una estación del Tren de la Costa, baúles de alquiler para los equipajes, cafeterías y hospedajes, etc. Aguzando la vista, más lejos hacia el Norte tendrías que avistar todavía el Puerto Pesquero de los Aléym. ¡Te conviene intentarlo! Mira: tienes un par de sus famosos "buques-factoría" estacionados en los muelles... Esos dos están casi siempre allí. Ya prácticamente no salen a faenar. Son demasiado viejos. Los tienen solamente como "reserva". Por si uno de los nuevos necesita pasar un período de reparaciones en el puerto; entonces zarpan con cualquiera de esos hasta que el nuevo esté operativo otra vez. Y ahora dirige tu vista en sentido opuesto, hacia el Sur. ¿Ves ahí? Es la Estación de Carga Mineral. Observa con atención: algunas grúas recuerdan bastante a las del Puerto de Granos, aunque no exactamente. También los cargueros que transportan una y otra clase de producto son harto similares, prácticamente indistinguibles. Mira más allá: los astilleros. Fíjate: tenemos tres navíos en distintas fases de construcción en nuestros diques secos. ¡Allí trabajo yo! Y si miras un poco más al Sur, verás las acerías y fundiciones...

-¡Quiero verlo! -estallé entonces. ¡Era lo primero que decía desde que abordásemos el tren!

Me posó una mirada seria:

-¿Qué es exactamente lo que quieres ver?: ¿el puerto?, ¿los barcos?, ¿los astilleros?, ¿los altos hornos?

-¡Todo! -exclamé yo con ansiedad.

-Lo siento -replicó con calma-, pero hoy no podrá ser. Verás: Hísel-Minei está amodorrada. Duerme su descanso de feriado. Apenas hay ninguna actividad. Por una parte, mejor para ti: piensa que si tanto te apabulló el puerto silencioso y prácticamente inactivo, cuánto más te habría impresionado de lucir ruidoso y ajetreado. Porque de ordinario, ¡esto bulle más que cien homigueros juntos! Pero por la otra, también significa que hoy no funcionan las líneas de transporte habituales. A

donde quieras ir, deberás hacerlo a pie. ¡Eso nos limita! Porque dentro de cuatro horas sale nuestro tren... Y de perderlo, el siguiente solo saldrá cinco horas después de aquel. Eso te haría llegar a casa demasiado tarde: te causaría problemas. Y no queremos que te amonesten, ¿verdad? Esta pequeña escapada... Lo sé tan bien como tú: te acarreará amargas disputas si llega a trascender. Así que más nos vale ser discretos, y no excedemos con los tiempos.

Así y con tanta comprensiva suavidad como fueron dichas, sus palabras fueron otro baño de realidad, que me obligó a aterrizar en el acto.

-Tiene Usted razón -musité apesadumbrado.

-No te preocupes: visitaremos el puerto, te irás familiarizando con él, y entretanto hablaremos de tu futuro!

¡Mi futuro! ¿Ves? Con la emoción de tantas novedades, lo había olvidado. Recordé el diálogo nocturno que nos condujera hasta allí, y lo seguí expectante. Bajamos y emprendimos la marcha. Oh, ¡los tamaños!, ¡las distancias!, ¡las dimensiones! Desde la Torre se notaba que el lugar y sus elementos constitutivos eran grandes. Pero vistos desde el ras del suelo y yendo a pie, de súbito cobrabas consciencia de la monumentalidad apabullante de cuanto te rodeaba, y de tu insignificante pequeñez. Estábamos de suerte: ya desde los amplios ventanales del Restaurante habíamos divisado un mercante solitario atracando; aunque debido a la altura y distancia de nuestra posición, no me había resultado especialmente llamativo. Pero cuando nos allegamos hasta sus inmediaciones, me sacudí de espanto. ¡Era tan alto como un edificio de muchos pisos! Y lo mismo las enormes grúas que lo atendían. Y esas cajas colosales que le estaban cargando...

-¿Para qué quieren tantos? -pregunté, señalando los contenedores.

Me miró un rato antes de comprender mi pregunta y responder:

-Claro... Tú crees que *ellos* constituyen la carga principal, pero no. En realidad, lo que importa son los productos embalados en su interior. Los contenedores no son más que un sistema práctico y seguro para proteger las mercancías. Y además, permiten trasladar muchísima más carga de lo que sería factible sin ellos, y en condiciones más satisfactorias para el cliente...

Torcimos alejándonos hacia el Sur, dejando la popa del buque a nuestras espaldas, y nos sentamos a mirar y conversar sobre un par de bolardos negros, donde no molestábamos.

-Como te iba diciendo -empezó él-, hoy es feriado y el puerto está aletargado. Incluso así, ya has visto la enormidad de sus instalaciones. ¿Te das una idea de cuánta gente trabaja aquí a diario? Si

yo mismo tuviese que detallarte la cantidad y variedad de actividades que desarrollamos, anochecería antes de que citase la mitad. Por eso y a pesar de ser miríadas de operarios, no damos abasto. ¡Necesitamos más! ¡Más expertos, más auxiliares, más brazos! Hísel-Minei es voraz. Significa, que tampoco importa demasiado a qué te dediques aquí: cualquier salario que obtendrás en el puerto... Presta atención: ¡hasta el más modesto!, superará por lejos al habitual en el campo.

Volví a echar una ojeada en derredor con renovado interés. ¡El hombre tenía razón! Donde quiera posase mis ojos, allí había un trabajo por hacer, que demandaba un obrero dispuesto. Y sin embargo...

-Hay un problema -objeté-: el día que en casa diga *“me voy al puerto”*, ese día me habré quedado sin techo. ¿Dónde me hospedaría entonces?

-Ahí -dijo él, señalando el enorme buque amarrado al muelle que, indiferentes a nuestra presencia, seguían estibando con metódica parsimonia.

Miré al navío, miré a mi guía y de vuelta al navío con los ojos desencajados y la cara demudada de pánico. Él estalló en una carcajada espontánea.

-¡Vaya remilgos de Originalista! -exclamó divertido- Eso se cura enseguida.

Y para mi estupor, me condujo al encuentro del puñado de hombres que, con llamativos cascos protectores cubriendo sus cabezas, conversaban con amena cordialidad junto al buque.

-¿Quién de aquí pertenece a la tripulación? -dijo mi guía- Pregunta a tu capitán si consiente visitas...

-¡NO!!!

Ese fui yo, que no me pude contener. Los hombres estallaron en incontenibles risotadas... y me condujeron a bordo. Y, ¿qué quieres que te diga?: así como ominoso parecía por fuera, así de acogedor era por dentro. Por lo menos en el bloque habitacional, y poblado como estaba por marineros risueños. Fue una visita fugaz, sabes. No merodeamos por ninguna instalación principal. Solo subimos hasta el comedor, saludamos al personal y volvimos a bajar. Ni más, ni menos que lo suficiente para quitarme el miedo. A continuación, emprendimos el lento camino de regreso a la Estación Central, mientras mi guía explicaba:

-Esa gente vive, come y duerme allí, todo por cuenta de la Naviera. Y además, reciben un salario por cada travesía. Es la solución ideal para ti: trabajas, estudias, ahorras, y no tienes que preocuparte ni por los gastos de alimentación, ni por el alquiler de un cuarto. ¡A bordo cuentas incluso con servicio de lavandería!

-Pero, pero... -traté de objetar-: ¡esos hombres de ahí deben conocer su trabajo! Mientras que yo...

-Tú no eres el primer ni el único caso -replicó él-: en el puerto y en alta mar, hay más hijos de Originalistas de lo que crees. Y es natural: las actividades agrícolas, por lo menos bajo las restricciones que os estáis imponiendo, no son suficientes para sustentar a tantos... Es una cuestión de economía básica. Por poner un ejemplo trivial: no se compara un hombre con una pala cavando una zanja al día, con un hombre montado en una excavadora mecánica y cavando en media hora, lo que cinco de esos con palas en un día. Por eso los salarios son más altos aquí que allá: porque cada uno de nosotros rinde más: ¡mucho más merced a la mecanización! Detente un instante y gira la cabeza hacia atrás: echa un nuevo vistazo al barco que visitamos recién. ¿Alcanzas a distinguir las juntas entre las planchas de acero del casco? -miré y asentí. Él continuó:

-Pues están soldadas. ¡Ese es mi trabajo! Pero no siempre se hizo así. Antaño se unían mediante remaches. Una técnica más rudimentaria desde cualquier perspectiva: era mucho más lenta y laboriosa, pero además las uniones eran más vulnerables a la corrosión. Significa que a causa de los remaches, el período de vida útil de los cascos era menor. Así que yo sólo con mi soplete, hago el trabajo de diez remachadores de antaño... ¡Y me llevo el sueldo de cinco!

-¿Y qué hay de los otros cinco sueldos? ¿Quién se los lleva? -objeté incrédulo.

-Los diez sueldos... o mejor dicho, los nueve ahorrados nos los estamos repartiendo entre yo, los astilleros y sus clientes: yo gano más, mi empresa ahorra costos, y nuestros clientes reciben un producto de calidad superior, entregado en un plazo más breve y a un precio más bajo. A fin de cuentas, no olvides que en nada soy más inteligente, hábil o virtuoso que los diez remachadores de antaño. Mi única ventaja es que alguna vez, los ingenieros de mi empresa diseñaron un método mejor y más eficiente, y yo me aprovecho de la inversión que *ellos* han hecho en equipamiento de avanzada.

“Pero volviendo a lo que te concierne: no es tan difícil integrarse en una tripulación. Haces el Curso Básico de la Naviera y, si al final del mes apruebas el examen, ¡listo! al día siguiente ya estás contratado. Por supuesto, eso implica empezar desde lo más bajo. Pero incluso así, tus condiciones iniciales serán muy ventajosas respecto de las que te ofrece el campo. Verás: el mayor trasiego a bordo lo tienes desde que entras al puerto y hasta que lo abandonas. Pero una vez en mar abierto, apenas sí tienes tus turnos fijos de labores de limpieza y mantenimiento; no más de cinco horas al día

en circunstancias normales. El tiempo restante te pertenece. ¡Es tuyo para lo que quieras! ¿Quieres estudiar? Hay bibliotecas bien provistas en los navíos. ¿Que ya has leído todo el material de a bordo? Retiras libros de la Biblioteca de la Torre antes de cada travesía, y los reintegras al regresar. Además, no olvides que no viajas solo: puedes aprender, y mucho, de tus compañeros de tripulación. Y todo esto, sin tener que preocuparte por cuestiones tan precarias como si comerás hoy, o si dormirás a resguardo... Y por si fuera poco, ¡además te pagan un salario! Podrás ahorrar para tu futuro. ¡No deberás renunciar para siempre a tu proyecto vital!"

Sí... su discurso era altamente optimista y seductor, pero yo seguía dudando. ¡Era demasiado bueno para ser cierto! ¿Y si había gato encerrado? Recapitulé con desconfiado escepticismo, y objeté:

-¿Y qué hay de si no apruebo el examen?

-Lo superarás -replicó con tajante convicción-. Pero en el peor de los casos... Pues sí: sufrirás un pequeño contratiempo. En primer lugar, porque el curso no es gratuito: debes pagarlo. ¡Y no te asustes! Te dije que no constituyes un caso aislado. La Hísel-Minei financia a la gente como tú: te facilita la matrícula, pero más adelante te la descuenta de tus primeros salarios. Significa que si no superas el examen al primer intento, entretanto deberás colocarte en el puerto. No faltan ofertas, créeme. Pero sí vuelves a tener la preocupación adicional del alimento y el refugio. Amén de la obligación contraída con la Naviera... Sí: también conozco casos por el estilo. Y han salido adelante. Con mayor lentitud y esfuerzo, pero lo consiguieron. Porque al final del mes, cuando empiezas a sacar cuentas descubres... que incluso así estás mejor que volviendo al campo.

Vaya mujer: ¡se ha dormido otra vez! Y yo aquí hablando al aire... ¿Tan tarde es? Hmmm... Pues va a ser que sí. ¡Si hasta el barman se ha dormido!





Oye: ¡no me digas que traducirás y transcribirás eso también! Oh, no... ¿Pero qué necesidad hay? ¿Que confiere candor al relato? ¡Vaya excusa! En fin: no montaré una escena por eso. Total... tampoco es que nadie de allá me conocerá en persona... Aunque conste que el barman no se había dormido en realidad: estaba repasando un capítulo del Librito Pequeño. Pasó que así inclinado y visto desde mi ubicación, parecía adormecido. Pero sí que era tarde, y la enorme sala estaba silenciosa y apenas concurrida. Sabes: en teoría, el puerto no se detiene nunca. En la práctica, su actividad sufre altibajos. En las horas punta hay un trajín de mil demonios. Pero durante las guardias nocturnas y los "fin de semana", como los llamas tú, una modorra pachorrienta se extiende sobre el área. Apenas hay gente. Y esta va, viene y realiza su trabajo sin apuro. Y las cosas se hacen, sí, pero con una lentitud de carcamal...

Y si mal no recuerdo, ayer quedamos en los esfuerzos de persuasión de aquel soldador de los astilleros. Que mi padre tenía razón: era realmente un "cazador". "Cazadores de Talentos", los llaman en el puerto. Años más tarde tuve varias oportunidades de cruzarme con gente rescatada por él. Pues sí, dije bien: "rescatada" es el término apropiado. Salvados de la indigencia. En Hísel-Minei siempre andaban necesitados de mano de obra, mientras que en el campo sobraba. Ellos, los del puerto quiero decir, lo consideraban una calamidad artificial, innecesariamente creada por la estrechez de miras de los Originalistas. Así que no perdían ocasión de enmendar las cosas a su manera. Y no faltaban oportunidades, ya que unos y otros asistíamos a las tradicionales tenidas semanales en el Club de Exiliados. En su interior, ambos grupos nos manteníamos segregados. Incluso así se suscitaban polémicas, debates encendidos, agrios roces y cuando menos lo esperabas, ¡zás!: un joven sin futuro como yo, picaba el anzuelo.

Ellos, los "cazadores", habían desarrollado un ojo experto para detectar, tanto a los potenciales candidatos, como los momentos óptimos para abordarlos. ¡Y benditos sean por ello! Nunca dejaré de estarles agradecido. Pero aquel mediodía, mientras deshacíamos el trayecto en tren, iba ensimismado y tembloroso, acuciado por un mar de dudas e incertidumbres. Quedamos en que volveríamos a vernos junto a la misma pared posterior, el próximo Indavu. Y pasé esa semana sumido en

cavilaciones, asustado y esperanzado, interiormente inquieto pero exteriormente taciturno y hosco, una actitud rayana en la misantropía desconocida en mí.

Mis padres me creyeron enfermo. El Médico diagnosticó “depresión preadolescente” y les aconsejó que mientras no cometiese ningún desaguisado, se limitasen a prodigarme amor y comprensión, dejándome por lo demás “a mi aire”. Y yo aproveché esa distensión de la disciplina para dar largos paseos por las inmediaciones, a la lánguida sombra de las arboledas desmelenadas por los vientos otoñales, caminando río arriba o corriente abajo, aplastando los duros pastizales de la orilla quemados por la escarcha, revisando una vez tras otra el discurso de aquel hombre, tratando de imaginar y comparar mis posibilidades: cómo sería mi futuro aquí o allá, qué ganaría y qué perdería según escogiese una u otra senda.

¡Oh, sí, claro!: siempre que escoges, renuncias. Renuncias a todo lo demás. La cuestión primordial es: ¿qué valoras más? Por poner un caso trivial: tú estás ahora en el Restaurante de la Torre, oyendo la cháchara de un viejo marinero Maëdi. Significa que no estás pescando en el Embalse, ni contemplando la Ciudadela desde la Atalaya de la Fortaleza Superior, tampoco estás viajando en tren rumbo a Aïketh. En fin: ¿lo captas? Hay infinidad de otras cosas que podrías estar haciendo en este preciso instante. Y has renunciando a ellas porque, ve-tú-a-saber por qué prodigio, ¡prefieres estar aquí! Por eso también, no lo alcanzas a percibir como “sacrificio”. Sin embargo, no por ello aquel deja de ser real. Y ahora fíjate, qué fenómeno interesante: hay gente absolutamente incapaz de renunciar a nada. Jamás hará un sacrificio. ¿Sabes en qué se traduce? Pues en una condena a la mediocridad, al inmovilismo, a una vida de inercia vegetativa. ¡Seguro conoces ejemplos! Gente a la cual la vida “le sucede” y los demás “le hacen”, pues nunca es responsable de sus actos ni toma iniciativas. Se limitan a dejarse llevar... Y renuncian, sí: a la postre renuncian a ser los protagonistas de sus propias vidas, aunque no lo perciban.

Pero mi encrucijada era especialmente terrible: se trataba de renunciar a mis proyectos de superación personal, si decidía quedarme. O a mi familia, si optaba por irme. ¡Y yo los amaba! ¡Y amaba la huerta! Oh, lo siento, no puedo evitar sollozar. Incluso después de tantos años... Imagina lo que significó para mí. Porque, ¿sabes? En el fondo llevábamos una vida tranquila, sencilla, animada por elevados ideales. No era tan malo, no. ¡Si no hubiésemos sido tan pobres! La pobreza lo trastocaba todo: me auguraba un futuro sórdido de aspiraciones frustradas. No solo debería abandonar la Academia. No solo pasaría de la noche a la mañana, a trabajar hasta la extenuación. Es que peor

todavía: había grandes posibilidades de que incluso así, jamás alcanzaría a independizarme, ni a poseer nada. Era una perspectiva negra.

Por eso al final me fui. Dejé atrás a mis padres, mis hermanos, mis amigos, mis secretos escondrijos de la niñez. Todo lo dejé atrás para siempre y me fui para nunca más volver. Y de un día para el otro, dejé de ser un niño y me hice hombre. Por suerte, no sabía eso entonces: que al irme estaría renunciando irremediablemente a mi infancia. ¡Quién sabe si de poder preverlo, me habría atrevido!

Pero no nos adelantemos. Entretanto, pasé una semana reflexionando, sopesando pros y contras en la medida de mis posibilidades y temiendo ir a tomar una decisión de la cual, luego me fuese a arrepentir sin posibilidad de enmienda. Llegó la velada de la cita y yo estaba según lo acordado, sentado con la espalda apoyada en la cara exterior del muro posterior de la Triple Academia, sin haberme resuelto todavía. ¿Y el Maestro Soldador? Evidentemente estaba experimentado. Porque vino, sí, y se trajo refuerzos!: lo acompañaba el instructor principal, el Coordinador del Curso Básico de la Naviera. Aquel pasó esa noche respondiendo pacientemente a mis dudas, temores y objeciones, dándome ánimo y tranquilizándome, asegurándome que para cada inconveniente hallaría una solución sencilla a mi alcance. Me ayudarían en esto y con aquello. ¡Un mes se pasa como un soplo! Era solo eso: un mes de estudio y entrenamiento intensivo, sí, cinco horas por la mañana y otras cinco por la tarde. ¡Sin feriados! Un mes de dedicación ab-so-lu-ta; el examen y a continuación, ¡mi primer contrato! Él lo daba por hecho. Así, de un vistazo fugaz dictaminó que yo tenía madera suficiente, que aventajaba en aptitudes a otros que me precedieron y habían superado la prueba. ¡Y listo! Porque con el examen aprobado y mi primer contrato bajo el brazo, tendría la vida prácticamente solucionada. ¡Jaj! ¡Como si la realidad fuese tan sencilla!

Pero me dejé convencer (y en buena hora), y ocupamos las primeras luces del alba en terminar de delinear nuestros planes. ¿Sabes?: estos negocios hay que apresurarse a cerrarlos “en caliente”. Quiero decir que, conscientes de lo que hacían, esos “cazadores” no me dejaron enfriar. Cualquier demora habría sido fatal. Lo habría vuelto a rumiar, descubriendo nuevos inconvenientes sucesivos hasta que, acobardado, me habría retractado. Porque obviamente, ni de lejos iría a ser tan sencillo como pretendían. Así que apremiado por ellos, no me demoré. Y ya de vuelta en casa, apenas iniciábamos el desayuno lo solté, desencadenando el cataclismo. Fue como si el mundo se derrumbase. A mi madre casi le da un desmayo. Mi padre se puso pálido y tembloroso primero, rojo de indignación

a continuación. Se sacudía de ira de pies a cabeza mientras, erguido con porte amenazante y los ojos lanzando chispas, me señalaba la puerta y me conminaba:

-Sal de mi casa ahora mismo. ¡Y que no te vuelas a ver! O no responderé de mí.

Nunca antes lo había visto así. Amedrentado, no me atreví a debatir, objetar, o excusarme: entendí que esa sacudida incontrolable, era el producto de sus colosales esfuerzos por contenerse y no molearme a palos. Huí aterrado. Corrí. Corrí con lo puesto, apremiado por el instinto de conservación, concentrado exclusivamente en la urgencia de salvar el pellejo.

Llegué a la estación jadeando y empapado en sudor, temblando por la tensión nerviosa y el esfuerzo muscular realizado: no estoy seguro, pero creo que recorrí dos kilómetros en cinco minutos [si eso es cierto, corrí a 40km/h. Las horas tienen 100 minutos en Mundo Sāiri]. ¡Y a qué no sabes quiénes me esperaban allá! Pues obviamente: el Maestro Soldador y el Coordinador del Curso. Me recibieron, me reconfortaron, me consolaron, me dieron de beber para ayudarme a serenarme. El tren de la madrugada había pasado dos horas ha, llevándose multitud de empleados portuarios de vuelta a sus casas. El de las nueve tardaría tres horas más. En la semidesértica estación, me dejé caer sobre el banco más próximo y escoltado por mis mudos guardaespaldas lloré, lloré, lloré...

Ellos me prodigaron cada cual su cálido abrazo solidario, pero no se atrevieron a hablar ni a importunarme. Supongo que estarían habituados a la escena; la experiencia les habría enseñado que era mejor apoyarme en silencio. Pasaron las horas más largas y amargas de mi vida. Esa espera fue un tormento interminable. Casi empezaba a arrepentirme pero malo o bueno, el paso había sido dado y era irreversible. La imagen de mi padre encolerizado se erguía en mi recuerdo como una advertencia mortal: ¡no podía volver!

Temblando convulsionado, acurrucado como un bebé aquejado de cólicos, lloré... Media hora antes que el tren, llegó mi madre. Venía a despedirse. También ella lloraba. Me dijo:

-Devri: aunque no apruebo tu decisión, créeme que te comprendo. Entiendo lo difícil que es para ti, lo solitario que estarás a partir de hoy y la verdad: me duele verte ir así, sin nada, como un huérfano. ¡No quisiera que en lo sucesivo sintieses que fuiste expulsado con las manos vacías! Ten, Devri, y recuérdanos con amor. ¡Y quiera la Unidad resguardar tus pasos!

Y diciendo así, se quitó el medallón y me lo dio. Es este. Éramos pobres, muy pobres, ¿sabes? Me dio el único objeto de valor que poseía. ¡Mi madre!



Tú... Deberás disculparme lo de ayer. Nunca antes había hablado de esto, y no esperé... Sencillamente no sospeché que me afectaría tanto. Pero ayer mientras te contaba, sentí como si volviese a estar allí, reviviéndolo minuto a minuto, y me vi desbordado. Fue demasiado. ¿Quién lo habría previsto? ¡Después de tantos años! ¡Los... "Diques de Holanda"? No sé qué serán, pero tienes razón: fue como si mis diques interiores hubiesen cedido, derramando un mar de lágrimas contenidas durante décadas... Comprende: me fui sin rencor. ¡Sigo amándolos y añorándolos! Incluso a mi padre, sí. A fin de cuentas era un hombre bueno, que se sintió traicionado. Su reacción fue comprensible y disculpable, dadas las circunstancias.

¡Mira, mira! Ya están las lágrimas otra vez, pujando por doblegarme. ¡No les consentiré! Procuraré sobreponerme, o me será imposible continuar. Y tampoco es cuestión de afligirte con mis cuitas. Más sabiendo por experiencia, que el llanto de un varón es más incómodo de sobrellevar para el público. Quizás porque al considerarse poco habitual, conmueve más.

¿Lo que fue de mi familia? No esperaba esa pregunta, pero es curioso: coincide en parte con lo que empecé a plantearme a bordo del tren, apenas me serené lo suficiente como para reflexionar. Iba alicaído, tratando de imaginar lo que podría haber sucedido en casa desde mi huida atolondrada, y hasta que mi madre vino a despedirse. Y luego, ¿qué habrá ocurrido tras su regreso sin el medallón? Pues esas dudas jamás he llegado a dirimirlas. Seguirán aguijoneándome como una incómoda incógnita. Porque a falta de otra información, supongo que habrán tenido una jornada horrible. Y los días siguientes no habrán sido mejores. ¿Quién sabe lo que demoraron en sobreponerse? Durante años no tuve noticias de ellos. Nada. La desconexión fue total y absoluta. Y cuando ya me había desentendido por completo, resulta que vine a saber algo.... ¡Gracias a él!

Nos conocimos aquí, en el Restaurante de la Torre, el año de la inauguración de Darei. Él trabajaba en los astilleros: se estableció tras los festejos; según él, presionado por el Viejo... quiero decir, el capitán Dehi. Llegaron a conocerse en vida, ¿sabes? Ya te lo contará a su turno, supongo. Él era su protegido, su "nieto favorito" aunque en rigor, es un tataranieto. Muy astuto, sí señor: ¡muy listo! Eso de ir lisonjeándolo y ganarse su amparo, a pesar de ser un descendiente tan lejano. ¡Haberlo

sabido! Yo era su bisnieto, y ni siquiera lo llegué a conocer... Lástima de oportunidad desaprovechada. Sí: una grandísima lástima.

¡Oh! Perdona la digresión. Ya estoy de vuelta. Decía, que cuando conocí al ingeniero Milie aquí, en el Nivel 20, y compartió conmigo parte de sus peripecias, ¿de qué me vengo a enterar? Pues de que el muy tunante nació en mi huerta. O sea, en la huerta de mis padres. Pues cuantos más detalles pedía yo, con mayor exactitud coincidían mis recuerdos con sus descripciones. ¿Cómo podía ser? Recibí así una noticia tardía de lo sucedido con mi familia tras mi defección.

Al parecer, mi padre quedó dolido y preocupado. Empezaba a recelar del Club de Exiliados porque allí, como dije, coincidíamos Originalistas y Reconstructores. Nadie poseía título de propiedad exclusivo sobre el Club, así que nadie tenía derecho a expulsar a nadie. Ahora, míralo desde su perspectiva: por entonces yo era el tercero de nueve. Así como yo había caído en las redes de los "cazadores" (sentando un peligroso precedente), lo mismo podía suceder a cualquiera de mis hermanos o hermanas. ¿Prohibirles asistir? ¿Qué tan práctico sería? Si a fin de cuentas, cuando la gente "de la costa" acudía, no se materializaba de súbito en el interior. Merodeaban por doquier. Se paseaban por la zona. Podías cruzártelos en las inmediaciones tanto como en el Club...

Entonces el hijo menor del Viejo Almirante casó a uno de sus hijos con la hija del molinero... Y buscando casa para la nueva pareja, le hizo una oferta por su huerta que mi padre no pudo rechazar. Para el caso, ansiaba irse. Ya no le complacía el lugar. Le parecía una ubicación peligrosa. Así que obtuvo un excelente precio por su terreno, cargó las pertenencias de la familia en grandes carromatos y se marchó. Se mudaron al Norte, cerca de las montañas, donde se estaba formando una nueva colonia de Originalistas. Aquellas tierras tenían la ventaja de estar "Sin Dueño". No había necesidad de comprarlas. Las adquirirías legalmente con la mera ocupación y usufructo manifiestos. Esto es: delimitas tu terreno, edificas tu casa y pones la finca a producir. Ni más, ni menos. Así que el dinero obtenido con la venta habrá podido invertirlo en otras cosas: herramientas y enseres, posiblemente un nuevo medallón para mi madre, y más... Además, escogió una región excelente: al sur de las montañas, a orillas de los briosos torrentes que descienden las cimas. Dicen que el país se parece a Vayedem. De ser así, es un hermoso país. Aunque hay ciudades de mineros cerca, al pie de las sierras. Sin embargo, eso no tiene por qué haberle molestado. ¡Al contrario! Si fue sensato y aprovechó sus oportunidades de comercio, tiene que haber prosperado. Porque las barcazas

ascienden y descienden las corrientes de continuo, llevando y trayendo productos: hacia las minas y de regreso.

Significa que de manera indirecta y sin proponérmelo, espero haber causado a mi padre cierto beneficio. Aunque él lo obtuviera con tanto dolor... Me consuelo pensando que posiblemente fue así. Sin embargo, insisto, de estas cosas llegué a enterarme décadas después. No tenía modo de saberlas por entonces, así que en lo sucesivo evité aterrado el acercarme siquiera al Club de Darei. De hecho no asistí más, del miedo que me despertaba la posibilidad de irme a cruzar con mi padre, y hacerme acreedor de una golpiza o una maldición, o ambas en simultáneo.

Me dejé pues conducir al puerto. Fue un viaje muy distinto del anterior. Deprimente. Una ida sin retorno. Un abandono definitivo del hogar, la seguridad, la infancia. Tesoros perdidos de súbito, sin contar con la gracia de un período de transición y adaptación gradual, como debería constituir la edad juvenil. En el plano inmediato tenía un serio problema: el famoso curso recién comenzaría en siete semanas. Sí; es lo que sucede cuando precipitas los acontecimientos: algo se descalabra. Es inevitable. Luego, tendría que componérmelas hasta entonces. Por fortuna, tampoco estaba solo: mis protectores me ayudaron a colocarme temporalmente en los astilleros. Oh, ¡no te preocupes! No realicé ninguna labor especialmente pesada o peligrosa. Estuve fungiendo de recadero, llevando cosas y mensajes de aquí para allá. Comía en el área industrial, en las tiendas de comidas rápidas aledañas. Y dormía cerca, en los galpones siempre calientes de la fundición. Fue crucial, sí, porque no olvides que entrábamos en invierno. Quiero decir: el invierno es muy riguroso en Hísel-Minei. Casi tanto como en Darei. Por eso, en los meses de frío extremo se suspenden las actividades escolares, que se reinician con el arribo de la primavera. Aprovechando ese receso, la Naviera ha puesto su curso básico en lo más crudo de la estación. Así, cualquiera puede intentarlo sin renunciar a otros estudios. Con la posibilidad de iniciar el siguiente período con un contrato bajo el brazo... O volver a tu Academia anterior... si para entonces no te expulsaron, claro.

¿Sabes? Por lo menos, mi formación Originalista en un hogar carenciado me concedía una ventaja: mis costumbres eran ascéticas. Significa que mis necesidades materiales eran mínimas, básicas, de fácil cobertura. O sea que, aunque como recadero mi salario no era especialmente impresionante, tampoco es que importase demasiado: me bastó para solventar mis gastos de alimentación, reservando un humilde saldo para sostenerme mientras durase el curso, así evitaría pedir

financiación adicional para alojamiento o comida. Y de paso también, me fui habituando a mi nuevo hábitat.

Cierto: compelido por la necesidad, me había vuelto terriblemente juicioso para mi edad. Y no: no alcancé a estudiar prácticamente nada en ese período. Solo disfrutaba de un genuino descanso en los feriados. Entonces sí, ya que no me atrevía a asistir al Club de Darei, me enclaustraba en la enorme Biblioteca Pública de la Torre y olvidándome del mundo y de la vida, leía... Leía con avidez, desde el amanecer hasta el ocaso. Madrugaba al alba, tenía un desayuno festivo dentro de lo frugal en el "Nivel 20", y me iba a la Biblioteca. Por la noche descendía de regreso al Restaurante, tomaba una cena discreta pero opípara en comparación con la de entresemana, y me iba a pasar la noche en la fundición. Sí: los feriados eran los únicos días que comía en la Torre: su Restaurante es el más lujoso y cotizado del puerto. No era un gusto que entonces me habría podido permitir a diario...

¿Qué? No. No. No. ¡Disculpa! Eso que dices del trabajo infantil, son remilgos de gente ahíta y acomodada. Cuando eres pobre, trabajas o pereces: te esfuerzas o te condenas. Aquí o allá, igualmente iba a tener que trabajar si quería sobrevivir. ¡Es el destino humano! Pero yo estaba en el puerto *por decisión propia*, ¡no lo olvides! Fui porque quise, y no me arrepiento. Tuve una oportunidad de prosperar, y la aproveché. Jamás, ¿escuchas?, *jamás* habría escapado a la miseria sin trabajo, tesón y esfuerzo. Además: viniendo aquí o quedándome allá, no me eximiría de trabajar. Y la labor campesina habría sido por lejos más dura y menos provechosa. ¿Por qué entonces pareces rechazar más radicalmente, mi empleo en la ciudad? ¡Precisamente el que ampliaba mis horizontes!

Ah... de eso no sé nada. Nosotros no tenemos nada parecido a un gobierno (despótico o no, corrupto o no), que *"con sus nefastas intervenciones arbitrarias nos haya reducido a la indigencia"*. Entre Maëdem, cada cual cosecha el producto de sus decisiones. E históricamente, los Originalistas han sido humildes por propia decisión. Y si vas por ahí ponderando las supuestas virtudes de la estrechez, no tiene sentido envidiar las comodidades del adinerado a continuación. Es poco consecuente, o señal de que tus principios tampoco son tan firmes como pretendes...

Hmm... De acuerdo: atengámonos al caso de esos gobiernos indecentes que señalas. ¿A ver?, dilo tú: ¿a quién ayudaría tu propuesta de boicot? Pero tú... ¿te has detenido a *analizar* tus argumentos? ¿Cómo que *"cuál es el problema"*? Que no tienen asidero: ¡ése es el problema! Que apestan a cinismo: ¡ése es el problema! Que rezuman hipocresía autocomplaciente: ¡ése es el problema! Oh... lo siento. Disculpa mi vehemencia. ¡No te quise ofender! Soy demasiado impulsivo, lo

admito. Enseguida me enciendo. Es mi peor defecto. Mejor recapitulemos, examinando tus argumentos por orden y con calma. ¡Y corrígeme si me equivoco!

Primero realizaste una estremecedora descripción de las condiciones infrahumanas en que subsiste la población más miserable: me hablaste de niños desnutridos cubiertos de pústulas infectas chapoteando en lodazales inmundos, hurgando entre los desperdicios en busca de trozos de cáscaras podridas que llevarse a la boca. Después acusaste a los empresarios inescrupulosos que aprovechando esa situación desesperada, trasladan sus industrias allí y emplean sin remilgos, tanto a adultos como a niños por un puñado de céntimos diarios. Una vez más, me hiciste una vívida descripción de las insalubres instalaciones y las duras condiciones de trabajo, apenas distinguibles de la esclavitud. ¡Y culminaste con un emotivo alegato en el sentido de que *“esos niños deberían ir a la escuela, estudiar, jugar y ser felices!”* Pero... pero... ¿Tú no te escuchaste al principio? ¿No te das cuenta de que si la situación es horrorosa, no basta con desear que sea ideal, para que mejore mágicamente? Piénsalo: si esos niños no están en las fábricas ganándose el pan, no es que a cambio irán a la escuela, a jugar y aprender. ¡Volverán a arrastrarse por los albañales! ¡Entiéndelo, mujer, por favor!

¿“Ayudas”? ¿Cuáles “ayudas”? Dímelo tú: en países sumidos en guerras tribales, o sometidos a dictadores con tendencias caníbales, ¿quién crees tú, acapararía esas “ayudas”? el tirano de turno y sus acólitos, ¡obvio! O las mafias de traficantes. El resto, seguirá escarbando en su miseria. Pero además... Supongamos que la ayuda *realmente* llega a sus destinatarios. ¿Qué pretendes con eso? ¿Convertirlos en perpetuos dependientes de la dádiva internacional? ¿Por qué? Permíteles forjar su futuro mediante el esfuerzo, que mejoren sus condiciones con tesón y dignidad, devuélveles la confianza en sus propias habilidades. No seas condescendiente: ¡no los reduzcas a la minusvalía!

Vale... ya me estoy “encendiendo” otra vez. Lo siento. Recapitulemos: ¿es justo condenar al hambre a la población, especialmente a esos niños desposeídos, negándoles la posibilidad de trabajar y ganarse el pan diario; sólo porque sus gobernantes son asesinos o ladrones? ¿Realmente es “más ético” rechazar cualquier producto fabricado en tales antros de semi-esclavitud? Recuerda: esos gobiernos monstruosos no dependen del bienestar de sus ciudadanos, para sostenerse en el poder. Continúan ejerciéndolo, incluso sobre montañas de cadáveres malolientes. Por el contrario: cuanto más famélica esté la población, menos resistencia opondrá al opresor. Luego, tu intransigencia no mejora la situación de esos desdichados: la empeora. Pero si concedes la oportunidad de trabajar a una

generación, puede que ellos ya no irán a la escuela. ¡Pero sus hijos, sí! Hazme pues este pequeño favor: convérsalo con la almohada esta noche, y procura modificar tu opinión sobre el trabajo infantil, porque tiene poco sentido práctico. Solo sirve para acallar las conciencias de niños consentidos, nacidos y criados en posición holgada... ¡O para privar de oportunidades a los más necesitados! Así que mejor no vuelvas a mencionarlo: ya has visto cuánto me enerva.

Y ahora... ¿por dónde íbamos? Ah, ¡lo tengo!: pasé mis semanas previas al Curso como mejor pude, y a continuación me empecé a formar. Era intensivo y exigente, ¿sabes? Conscientes de la limitación de recursos materiales de la cual partíamos los participantes en general, la Naviera había hecho lo imposible por compendiar en un único mes lo que normalmente, deberíamos haber abarcado en tres. Así nos ahorra tiempo y gastos innecesarios. A cambio, había que aplicarse con empeño sobrehumano. Empezábamos de madrugada, a las cinco de la mañana [equivale a nuestras seis], cinco horas hasta el mediodía a las diez. Teníamos una hora de pausa para almorzar y descansar, y vuelta a empezar a la una de la tarde y hasta las seis: cinco horas otra vez. Terminábamos exhaustos.

¿Que "qué estudiábamos"? Aprendíamos conceptos básicos. La jerga marinera por ejemplo, los nombres y funciones de los distintos elementos de la cubierta; porque si te dan una orden, primero tienes que entender lo que te están pidiendo. O el lenguaje de señas... ¡Ja!, ¡no! No me refiero a *ese* lenguaje de señas, sino al de uso corriente en los puertos. Fíjate: las manos así, por ejemplo, significan "soltar amarras". ¿Que "para qué sirve"? Básicamente, porque en ocasiones hay ventisca o ruido, y por más que grites desde tu navío, los operarios del muelle no te escucharán. Y además, porque puede suceder que ellos no entiendan tu idioma, y tú desconozcas el de ellos. Pero las señas manuales son de uso internacional: están estandarizadas, constituyen una especie de lenguaje marino de aceptación universal. Lo mismo aplica a las banderas. Entrenábamos además en la realización de las labores básicas de a bordo, y en las medidas de emergencia y seguridad, prevención de accidentes, control de incendios, evacuación de la nave... cosas por el estilo.

Vaya, ¡gracias por recordarlo! Señal de que te interesa lo que digo, y prestas atención. Pues sí, no teníamos feriados, aunque el régimen cambiaba drásticamente: tanto las cinco horas matutinas como las vespertinas las pasábamos exclusivamente entrenando. A bordo de un navío auténtico, sí: un destartado buque-factoría de los Aléym que por viejo y achacoso, estaba fuera de servicio. No, no era de fabricación nuestra, sino un sobreviviente de la flota que trajeron consigo al regresar, armado en otros astilleros. Y aunque no respondía con exactitud a la clase de navíos en cuya

tripulación se supone que nos integraríamos, la diferencia tampoco era tan grave: en lo principal y lo que a nosotros interesaba, la inmensa mayoría de los barcos se parecen... ¡Por eso son embarcaciones y no trenes!

Esos feriados eran terriblemente agotadores. Terminabas, sin exagerar, con huesos y músculos molidos. Eran lo más parecido que puedas tener en Hísel-Minei, a un entrenamiento militar. Algunos lo dejaban después del primer Indavu en esas condiciones: se acobardaban. *Si esto será siempre así entonces no es para mí*; y se echaban atrás. Los más tenaces, continuamos hasta el final. Para el día del examen, quedábamos dos tercios de los que nos habíamos apuntado al inicio. Y si habías llegado hasta allí, ya habías superado la prueba principal. Apenas uno o dos eran desaprobados a continuación. La inmensa mayoría superamos el examen y sí, tal como nos lo prometieran: al día siguiente nos ofrecieron una fiesta de bienvenida en el Salón de Recepciones de la Naviera, y el Rector en persona nos felicitó y entregó en mano nuestro primer contrato. Fue muy emocionante. Sin duda, el día más ansiado y feliz de mi vida.



D

Bueno... ¡Ahora estamos empatados! Dos veces hube de interrumpir porque te dormías, y las otras dos no hubo caso conmigo, que me doblegó la emoción. Sí... pero esta vez fue hermoso revivir aquella escena. ¡Jaj! ¿Que soy un tierno? ¡Pues seré un tierno! ¿qué le voy a hacer? No creo que sea reprochable... A fin de cuentas, soy un ser humano con sentimientos, y no una máquina. Ya puedes ir diciendo eso de mi parte, a los necios que te digan que llorar es de mujercitas. ¡Pues no, señores, no! Llorar, como reír, es de humanos!

Vale, no me distraigo más. Estábamos con la entrega de contratos. ¡Si lo hubieses visto! Nos agasajaron... ni que nos hubiésemos convertido en graduados universitarios. ¡Jaj! ¿Y qué seríamos en realidad?: simple personal de cubierta. ¡Marineros rasos! Pero tal era el ambiente que se respiraba en Hísel-Minei: te hacían sentir orgulloso de tus logros. Te imbuían del espíritu de la Empresa. Te hacían sentir útil, valioso y estimado. A fin de cuentas, somos Maëdern. Para nosotros nunca dejas de ser un individuo merecedor del máximo respeto. E integrarte en una tripulación, era como entrar a formar parte de una gran familia, que siempre te apoyaría y nunca te abandonaría. Sabías que podrías contar con ellos en cualquier circunstancia y por lo mismo, procurabas aportar lo mejor de ti.

La marina mercante es una excelente escuela de vida. Ah, sí: ¡qué maestra formidable! ¿Sabes a qué me refiero? A que a bordo interiorizas, por ejemplo, lo que significa la solidaridad. ¿Por qué? Porque en alta mar estás abandonado a tus recursos, solo tienes a tus compañeros, el navío y lo que llevéis en él. Y ante cualquier percance, os las tenéis que componer. Luego, debes aprender a ser cooperativo: a desempeñarte con eficiencia y ocupar tu puesto, coordinado armoniosamente con tus colegas. De lo contrario, te pondrás en peligro a ti y a los demás. Cada uno depende de los otros, sin posibilidad de escape. Así que, dado que deberás convivir día tras día sin remedio con la tripulación que te toque, más te vale ser simpático y amable, respetarlos y hacerte estimar. Sí señor: una gran maestra de la vida. ¡Si supiesen los Originalistas! Ellos nos consideran rudos, ignorantes y embrutecidos, desprovistos de cualidades reseñables, indignos de consideración...

A mí me asignaron a un navío de aprovisionamiento que abastecía las obras de Darei. El buque era un híbrido de lo más peculiar: hacia la popa tenía áreas habilitadas para el transporte de contenedores. Allí les llevábamos vituallas: cantidades de productos secos, embotellados o enlatados,

convenientemente embalados. Y productos fríos o congelados. Esos otros van en unos contenedores especiales, frigoríficos, conectados al suministro eléctrico del navío. No puedes romper la cadena del frío, así que también en la Terminal de Contenedores tienen su área especial, donde aguardan conectados a la red eléctrica hasta el momento de ser cargados. Sin embargo, hacia la proa cargábamos mineral en las bodegas, y grandes vigas de acero sobre la cubierta, sujetas a unos soportes especiales. En ocasiones, también les llevábamos maquinaria o herramientas, repuestos y más... Los de ese tipo eran navíos muy versátiles. Así que pasé mis dos primeros años en la Ruta de Darei... ¡La cantidad de veces que podría haberme cruzado con mi bisabuelo, el Viejo Almirante! Lástima de oportunidad desperdiciada...

Pero entiende: yo iba a mi aire. Era metódico y eficiente en mis labores, pero según me lo propusiera antes de entrar, que a fin de cuentas, para eso me había embarcado en esa aventura... Pues eso: según lo había determinado, dedicaba al estudio cualquier pausa en el trabajo. Y en eso fue sincero mi primer guía, aquel Maestro Soldador: el trabajo más duro y prolongado lo teníamos en los puertos. Una vez en mar abierto, nos dedicábamos a tareas menores de limpieza y mantenimiento, amén de los ejercicios de "evacuación en caso de emergencia" y de "extinción de incendios" a que nos sometían el capitán o el jefe de máquinas de manera relativamente periódica, para mantenemos en elevados niveles de preparación y pericia. Sabes: en casos así, cada segundo cuenta. Es crucial que cada hombre sepa de manera inmediata y automática, cómo, cuándo y dónde debe actuar.

Celebré mis doce años volviendo de mi primera travesía a Darei. A bordo me agasajaron en la medida de sus posibilidades. Pero la verdad: esa noche cuando me retiré a dormir, lloré... Lloré la infancia y la familia perdidas. No fue fácil, no, y eso a pesar de que mis compañeros eran muy considerados. Es más: durante mi primer mes, me tenían como si fuese la mascota de a bordo. ¡¡aja! Visto en retrospectiva es divertido, pero en ese momento me hacía sentir incómodo. ¿Y sabes qué? Me estimulaba a esforzarme más: ¡tenía que demostrar mi hombría! ¡¡aja! ¡¡ajaja! Realmente estaba ansioso por ganarme a pulso un lugar reconocido entre los adultos... Así que me apresuré a crecer más rápido de lo conveniente, pero no me quejo: tampoco lo pasé tan mal. En especial, gracias a los oficiales de máquinas, que se desvivían por hacerme sentir un miembro de pleno derecho. ¿Y cómo lo hacían? Nooo... Jamás se habrían permitido gastarme una de sus famosas bromas. Estas quedaban reservadas para los oficiales superiores, en especial el capitán: eran sus víctimas predilectas. ¿Por qué? Porque si gastas una jugarreta a un subordinado, quizás lo hieras en su autoestima. Cosas de

Hísel-Minei: cuidaban el respeto debido a los subalternos, evitando pisotear nuestras sensibilidades. Pero a mí iban y me buscaban especialmente, para participarme de sus proezas.

Recuerdo una que todavía me hace reír. Nos aprestábamos a zarpar. Hay un protocolo rutinario a seguir en tales ocasiones: siempre la misma sucesión de pasos. Parte de ellos consiste en llamadas de chequeo y ajustes entre el puente y la sala de máquinas. Su objetivo es detectar cualquier posible desperfecto antes de abandonar el puerto. Siempre será preferible iniciar una reparación en tierra, que verte en una emergencia en mitad del océano...

Llama al capitán, y atiende al jefe de máquinas:

-¿Dáxel? Axarri n-exu dalmarri erdo axurreixu...

¡Ja! Ni siquiera era Éldaan auténtico, sino una burda imitación improvisada. El segundo ingeniero lo aparta y toma el auricular en su lugar:

-Disculpe capitán, es que hoy tropezó con un tornillo y se dio de cabeza contra el condensador. Desde entonces, está así.

El capitán se asustó, y avisó a Enfermería. Al cabo teníamos a la oficial Médica de a bordo, que nos encontró en el cuarto de control, rodando por los suelos a carcajada limpia. Llama al puente:

-Nada grave, capitán. Ese hombre ha bebido medio litro de aceite de máquinas pero se cura fácil, con un litro de agua del manantial de las columnas.

Y se fue enfadada. ¡Ja! ¿Sabes qué "agua" es esa? Pues un eufemismo inventado por los ingenieros que quería decir... Ejem... Venía a ser... Ejem... ¡Ejem! Pues verás: "las columnas" eran una metáfora por "las piernas"; así que "el manantial"... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Figúrate tú misma! Y no... no le hicieron nada de eso. Pero más tarde y estando a solas el capitán lo reconvino, porque *“si te habitúas a bromear con esas cosas, el día que te suceda algo serio nadie te prestará atención”*... Al final, es lo de siempre: los oficiales de navegación son demasiado formales, mientras que los ingenieros son unos traviesos incorregibles. Salvo ese de allí, claro: jamás le he visto gastar una broma, ni contar un chiste, ni hacer nada estúpido. Lo cual no quita que sea una persona excelente... Pero él es así.

Usualmente, en Hísel-Minei los contratos duran siete meses [medio año aproximadamente]. Los marineros aprovechan para tomarse licencia entre un contrato y el siguiente, visitan sus hogares, pasan un par de meses con la familia y luego vuelven a embarcar por otros siete meses. Pero como sabes, yo no tenía a dónde ir si me tomaba licencia. Así que cuando agotaba un contrato, automáticamente firmaba otro y seguía, en el mismo navío y más o menos con el mismo personal.

Entretanto crecía en estatura, fuerza y conocimientos. Siguiendo el consejo de aquel soldador, no me contenté con estudiar el material disponible a bordo: también tomaba libros prestados de la Biblioteca de la Torre y además, solicitaba y recibía la instrucción más diversa por parte de los restantes miembros de la tripulación. Y como tenía las necesidades básicas satisfechas, ahorra. Ahorraba mis salarios prácticamente íntegros, travesía a travesía.

Finalizado mi cuarto contrato, aproveché que expiraba para pedir que me asignasen a otro buque, en otro recorrido. Empecé así a hacer la Ruta de la Grieta, en un enorme portacontenedores [tampoco son *tan* grandes: no he visto a ninguno superar los 330 metros de eslora]. Era una ruta interesante. Primero tenías una semana durante la cual, tu único paisaje era el océano infinito. Pero a partir de Ajnu Dúir, viajabas con la línea de la costa a la vista, ya fuera a babor o a estribor. Los accidentes naturales y los paisajes se sucedían, veías los puertos y escuchabas a la gente, tomabas lenta nota de lo variado y diverso que es el mundo... Y trabajabas mucho, ¡muchísimo! Prácticamente no dejábamos puerto sin visitar. No solo repartíamos nuestros productos o embarcábamos los de otros. También conducíamos mercancías de un puerto a otro. Aunque los más veteranos contaban que al principio les costó digerir nuestra neutralidad, lo cierto es que para entonces ya todos habían aprendido a beneficiarse de sus ventajas: porque defendíamos con uñas y dientes la inviolabilidad de nuestros navíos, y de su carga. Y eso significaba que podían confiar los productos destinados a sus clientes, con la plena certeza de que los entregaríamos y a cambio, les traeríamos de regreso lo que hubiesen encargado. Eso, incluso si debíamos sortear un mar plagado de pirañas. Esto es, una ruta saturada de fragatas hostiles... ya no a nosotros, pero sí a cualquiera de ellos. Eso último era inevitable: tan enemistadas estaban las naciones entre sí, especialmente en la Franja Oriental.

Y esto me recuerda otra anécdota. ¿Quieres oírla? Pues aquí va: una vez, subiendo hacia Enovaïta topamos los restos de una batalla naval. La mar estaba salpicada de náufragos abandonados a su suerte, y nos detuvimos a recogerlos. Nos pusieron en un brete, ¿sabes? Resultaron ser gente... obviamente, me refiero a *militares*; marineros de la Armada del Elde. Alojarlos fue incómodo. En primer lugar, porque tuvimos que negarnos con acritud a permitir que nadie los obligase a descender en territorio hostil... para ellos, se entiende. ¿Qué mérito tiene rescatar náufragos, si a continuación los entregas a sus enemigos? El problema es que ellos no tienen aliados sobre la margen oriental de la Grieta... y nosotros mismos, tampoco manteníamos relaciones comerciales con su país. Esto, a causa de distintas agresiones, emboscadas y asaltos furtivos a que nos habían sometido décadas atrás:

habíamos perdido nuestra confianza en ellos, así que evitábamos su puerto de Íreth. En consecuencia, tampoco podíamos devolverlos “a casa” sanos y salvos: nos arriesgábamos a que aprovechando el proceso de desembarco, sus comandos nos abordasen para decomisar mercancías, o hacer prisioneros: la clase de acciones traicioneras que ya cometieran en el pasado. Para nuestros improvisados huéspedes significó tener que ascender y descender la Grieta, íntegra. ¡No sepas cómo fastidieron! Iban crispados, siempre temerosos de que los entregásemos “por dinero” aquí o allá... En ocasiones suplicaban, en otras amenazaban. Procuramos ser comprensivos, pero créeme que llegaba un momento en que debías contenerte para no lanzarlos por la borda. Por último, los dejamos en Ajnu Dúir antes de iniciar la larga travesía a Hísel-Minei. Para ellos era un puerto neutral, y bastante próximo a su hogar. ¡Así que cumplimos nuestro cometido! Pero fueron el cargamento más enojoso que nos tocase transportar...

¡En fin! Un año me mantuve con ese buque en esa ruta, al cabo del cual decidí que ya era suficiente, que si mi objetivo principal era estudiar, en la Grieta estaba desperdiciando demasiado tiempo a causa de la proliferación de puertos... Así que al terminar mi segundo contrato, pedí que me integrasen en una tripulación que viajase con destino a Aiketh. Era mi opción ideal: una travesía larga, al final de la cual me esperaba un único puerto. Poco trabajo intensivo, muchos días tranquilos en mar abierto. Decidí que habiendo encontrado el lugar que me convenía, allí me quedaría. Renové un contrato tras otro, sin tomarme licencias ni cambiar de navío... Y así habría podido continuar por muchos años.

Pero entonces se me metió en la cabeza la idea más necia que podría haberseme ocurrido jamás... Ten paciencia. ¡Mañana te contaré!



Festjende uns Grand...

2/21

Adel / 14. Dec. 189





Vaya... ¡Te me has adelantado! A saber cuántas horas llevas aguardando... Y tienes razón: a partir de ahora, esto se vuelve interesante... para ti. En cambio para mí, significó meterme de lleno en un brete, o más bien en un cúmulo interminable de ellos, de manera por completo insensata, irreflexiva e innecesaria. ¡En mi vida he cometido estupidez mayor! Y eso que como cualquier humano, no estoy exento de errores. Pero nada, ninguna tontería por mí cometida se equipara ni de lejos con aquella.

Empezó como un inocente pensamiento repentino que acudió a mi mente mientras nos acercábamos a Aiketh. Yo iba acodado en la cubierta de babor, listo para empezar la maniobra de amarre apenas recibiese la orden. Un breve descanso reflexivo antes de que se iniciara el trajín: lamarrear es lo de menos! El trabajo intenso empieza después: tenemos que desenganchar los contenedores para que las grúas los eleven. Y luego, tenemos que volver a asegurar trabando y ajustando los que nos entregan. Y esto durante horas y horas... En un puerto con tanto tráfico como el de Aiketh, la estiba puede prolongarse por quince horas e incluso más. Oh, ¡claro que no hay cuerpo humano que lo resista! Por eso nos turnamos. También los estibadores en sus grúas, se turnan. Los de a bordo nos repartimos en dos "guardias", y operamos por cinco horas cada vez. Por eso los marineros rasos somos tantos... Porque llegado el momento se necesitan muchos brazos y, por horas que demande el proceso, debes realizarlo sin pausas de principio a fin; no lo puedes interrumpir. ¿Por qué? Porque las demoras son onerosas, ¡obvio!

Entretanto, yo contemplaba el paisaje con deleite: la zona más exclusiva de la ciudad se yergue sobre un majestuoso peñón, al cual se accede en funicular, tren subterráneo, y otros medios; el resto se desarrolla a sus pies, en derredor. En gran medida, la urbe obtuvo su primacía regional merced al comercio intensivo con nosotros. Vista desde mar abierto es magnífica, ofreciendo una impresión de elegante pujanza. Llenando mi espíritu con ese panorama agradable, repasaba mentalmente los otros puntos visitados: el área de Darei todavía en reconstrucción, y toda la costa de la Grieta, a lo largo de una y otra margen a partir de Ajnu Dúir, primer puerto en que recalábamos antes de entrar. Sí: como al inicio de nuestras actividades hace siglos, hemos vuelto a ingresar por el extremo Sur, claro, porque nos queda más cerca. Ahorramos tiempo y combustible. Si antaño nos vimos compelidos a

ingresar por su extremo Norte, fue debido al acoso sostenido de Darei. Lástima que el problema esté subsanado porque ellos mismos han desaparecido. Pero por otra parte, no negaré que para nosotros constituye un enorme alivio... No quiero imaginar lo duro que habrá sido para nuestros ancestros, tener que lidiar con esa amenaza constante.

Yo venía pues disfrutando del paisaje y comparándolo con otros, y por un momento me jacté de "conocer mundo". Me embargó una embriagadora sensación de autocomplacencia: *"¡Ja! Mirame aquí. Pensar que hace cinco años era un rústico que apenas conocía una reducida área campestre en torno a su casa; la distancia que podía recorrer en dos o tres horas de camino a lo sumo. En cambio desde entonces he salido al gran mundo, conocido países y ciudades."* A ese pensamiento le siguió otro a velocidad de relámpago: *"¿qué tanto conozco en realidad? unos cuantos puertos vistos desde el mar, y la línea costera contemplada desde cubierta. ¿Desde cuándo eso es "el mundo"?"*

Espera... ¿quieres decir que vuestros marineros *también* acostumbran jactarse de "haber visto mundo"? Interesante coincidencia, pero... ¿por lo menos ellos descienden a tierra firme a visitar las ciudades, sus calles, palacios y monumentos, sus sitios históricos o museos? Ah... en tal caso, uno de vuestros marineros veteranos quizás sí tenga motivos reales para gloriarse. Mientras no sea que desembarca para ir a empinar el codo en la taberna más cercana... En cambio nosotros, estando lejos ni siquiera pisábamos los muelles. Era una norma arraigada, tácita pero consensuada que observábamos a rajatabla: no había manera de hacernos abandonar nuestras embarcaciones... salvo en Hísel-Minei, claro. Únicamente renunciábamos a la seguridad de nuestros navíos para hollar suelo patrio. Llámalo mojigatería, si quieres. El hecho es que hasta hoy, nos mantenemos bastante recelosos, especialmente en zonas conflictivas. ¡Y créeme!, no nos faltan motivos. Luego, mi fugaz jactancia estaba absolutamente injustificada, como comprendí de inmediato. Por eso rectifiqué recordándome la existencia de una enorme masa continental habitada por la inmensa mayoría de la humanidad, de la cual apenas sí tenía las nebulosas nociones adquiridas mediante la lectura de historias más o menos antiguas, protagonizadas por Sorien y Maëdern. ¿Qué clase de "conocimiento" o "sabiduría" podía pretender poseer? Me avergoncé de mi jactancia inicial pero simultáneamente, me entró la curiosidad por ir y ver "de primera mano". Me dije que jamás podría considerarme un genuino Maestro si permanecía ignorante respecto a las realidades del mundo y su gente. Me hice pues el propósito de recorrerlo y aprender.

A partir de ese momento y hasta el final de mi contrato, cambié radicalmente mi plan de estudios: ahora buscaba cartografía del viejo Continente Grande, descripciones y crónicas de viajeros, de antes y después de la formación de la Grieta, etc. Me empecé a interesar por los distintos países que preveía visitar, sus usos, tradiciones, historia, instituciones políticas. A medida que iba recabando impresiones acerca de las ciudades y sus posibles puntos de interés, delineaba mi futuro itinerario estudiando mapas, para no ir a perderme. E imagina la sorpresa generalizada cuando, caducado mi contrato, desembarqué sin renovar como de ordinario:

-Cómo, Devri: **¿tú** te tomas licencia?

-Pues, sí... -expliqué- Quiero recorrer el mundo, ver cómo vive la humanidad, y aprender...

Esa respuesta les sorprendió aún más:

-Pero tú... ¿Tienes idea siquiera, de lo que encontrarás allá?

-Pues... -respondí yo, con abierta franqueza- He procurado informarme pero lo cierto, es que voy a la aventura. No: no tengo una idea precisa respecto a lo que me espera.

-Que la Unidad te ampare -replicaron unos.

-Que te devuelva a nosotros sano y salvo -añadieron otros.

Todos parecían entre recelosos y preocupados ante mi temeraria decisión. Pero fuera de esas veladas reservas no insistieron, y yo proseguí con mis preparativos. Retiré una fracción de mis ahorros, lo que juzgué necesario y un poco más "por las dudas", apronté mi equipaje (lo más liviano posible, ya que tenía previsto caminar más que diez jóvenes Sorien en su "prueba de exilio"), tomé prestados un par de libros amenos para el viaje y zarpé como pasajero en el siguiente navío con destino a Aiketh. No te das idea de la rara sensación que sentía, navegando en mi ruta habitual pero sin mover un dedo, porque esta vez no iba como asalariado sino como cliente. Aproveché para estudiar el material de a bordo, reservando mis libros para cuando no tuviese más opción que solazarme en ellos. Es la ventaja de cambiar de buque: cada cual cuenta con su propia biblioteca, única y distinta. No necesariamente lo que hallarás en una estará en las demás. Es deliberado, para ofrecer variedad a las tripulaciones. Creo que nunca disfruté tanto del simple hecho de navegar y estudiar, sin necesidad de preocuparme por nada más. Cuando amas la lectura y has hecho como yo, del mar tu hogar, ¡no puede existir placer mayor!

¿Y sabes qué? Si bien soné excesivamente pesimista al abrir mi discurso de hoy, lo cierto es que mi excursión se inició de la manera más positiva, agradable y alentadora que quepa imaginar.

Porque la empecé en Aïketh, claro. Una ciudad preciosa, situada en una ubicación envidiable, rodeada de bellezas naturales y poblada por gente cordial. Posee nuevamente una numerosa comunidad Maëdi... los Aléyem, sí, que seguimos llamándolos así a pesar de que han pasado siglos desde que se vieran compelidos a evacuar Aleyént... una ciudad que para el caso tampoco existe, pues fue tragada por el desierto tras la formación de la Grieta... ¡Hace más de quinientos años! Es increíble la cantidad de tiempo transcurrido desde que se produjeran eventos que nosotros recordamos como si hubiesen acontecido ayer; pero tampoco te extrañes. No olvides que nuestra Orden es casi tan antigua como la Humanidad, que ha superado las más variadas y aciagas vicisitudes y que al haber preservado íntegro nuestro legado, poseemos por acervo una memoria colectiva muy larga... ¿Qué son quinientos años, en una historia de casi dos mil setecientos?: un suspiro. ¡Casi nada!

Vale, vale, ya me he salido por la tangente, como de costumbre. ¿Y además me he vuelto a vanagloriar? No te lo discutiré: quizás tengo algo de jactancioso, sí. Aunque procuro no hacerlo sin motivo... Decía pues que inicié mi paseo turístico por Aïketh, en la cual debo reconocer, me demoré cuanto pude. Recorrí la ciudad y sus lugares de interés, obviamente visité sus academias Maëdem y aproveché para intercambiar ideas, conocimientos y simples opiniones con la gente, y exploré sus refugios turísticos al pie de las montañas: una región paradisíaca bendecida con densos bosques de coníferas, abundantes torrentes desbocados y pequeños lagos de ensueño en el fondo de sus valles profundos. ¿Entre tú y yo?: es más hermosa que Darei, pero isssh!; no reveles a nadie que te he dicho eso. Sinceramente: si mi licencia se hubiese reducido a unas vacaciones en Aïketh, jamás me habría quejado. Pero a fin de cuentas, mi objetivo era ver y aprender, ¡no, descansar! Y mi periplo recién empezaba.

Por lo tanto, apenas hube dado por finalizadas mis exploraciones en esa ciudad tan hospitalaria, tomé el tren rumbo a Lémléth. No sé si sabes, que se trata de una ciudad de fundación Sorian. Más exactamente, la fundaron Sorien provenientes del Área Central a mediados del S. XXIV, finalizando su aislamiento voluntario. Recordarás que tras el ataque a la Segunda Sorianir y cautiverio de sus habitantes, los que aún vivían tranquilos en otros enclaves secretos se preocuparon y, anticipándose a los hechos, emigraron a Occidente, asentándose a los pies de la gran Cordillera. Fíjate que de hecho, Lémléth está sospechosamente cerca de la ubicación de la primera Sorianir, la de la Edad Imperial. Tal proximidad no pudo ser casual: ellos siempre añoraron su ciudad; había significado mucho para

ellos, y nunca dejaron de dolerse por su destrucción. ¿Y quién sabe?: quizás, de no haber cometido esa masacre gratuita, el Imperio de Irienir jamás se habría atraído la animadversión de la Orden, precipitando su caída...

Un único día de viaje en tren, y estás en Lémleth: ¡una ciudad completamente diferente! Si Aïketh es de clima frío, ella goza de clima templado; si Aïketh está situada en terreno accidentado, Lémleth es una capital rodeada por amplias praderas suavemente onduladas. Ambas, eso sí, están bendecidas por regímenes pluviales generosos. Sus campos son altamente productivos aunque, claro, debido a la diferencia de altitud y clima, se dedican a cultivos diferentes. Si tu salud es particularmente endeble, como la del ingeniero Milie, puede ser tu lugar ideal para vivir.

A nosotros en general, visitar los países de la margen occidental de la Grieta nos ofrece una ventaja adicional, y es que en todos se habla una misma lengua, que fue la de Darei. En Lémleth por su parte, tienen un curioso acento, residuo de su origen soriánico, e incluso algunas palabras peculiares provenientes de la Lengua Saïri. Muchos en Hísel-Minei dominamos la Lengua Occidental o de Darei, que estudiamos por simple afición o nostalgia. Visitarla fue pues muy divertido, no solo porque como en cualquier otra de la Confederación, podía entenderme con los habitantes; sino además, porque con mi hábito Maëdi atraía la atención generalizada. En Aïketh están habituados a vernos; pero aquí, cada transeúnte que cruzaba se me quedaba mirando con expresión solidaria, y me preguntaba algo así como:

-¡Hola, Maëdi! ¿Qué te ha pasado?: ¿te caíste del barco y zarparon sin ti?

Porque estaban habituados a vernos exclusivamente sobre las cubiertas de nuestros navíos... Yo debo haber sido el primer Alumno de Milie que veían merodear tranquilamente por sus calles. Así que, si esa reacción despertaba mi presencia en la ciudad, ¡imagina cuando fui al puerto! Cada cual daba por sentado que me había quedado rezagado en tierra por accidente. ¡¡aja!! Yo respondía:

-¡Oh, no! Solo soy un turista de paso.

Y eso les admiraba todavía más. Pero entonces llegaba la incómoda pregunta de *“¿y cuándo volveréis?”*

La primera vez, no la entendí: hasta donde sabía, no habíamos interrumpido el tráfico comercial. Quiero decir: nuestros buques los estaban visitando con la misma regularidad de siempre. En otras palabras: volvíamos, ¡claro que volvíamos! Nos la pasábamos “volviendo”. Tuvieron que explicarme que no se referían a eso, sino a *“cuándo volveríamos a establecernos en su ciudad”*.

-¡Pero si jamás habéis tenido una Comunidad Maëdi aquí! -exclamaba yo.

-Pero hemos tenido Sorien... ¿Y acaso Sorien y Maëdern no sois dos versiones de lo mismo?

-Pues...

Al principio, me resultaba difícil e incómodo explicar las diferencias y que además, nada nos obligaba a llenar los huecos que los Sorien dejaran vacíos; máxime cuando nuestra Orden había sido previamente proscrita y perseguida. Si carecían de una Comunidad Maëdi no era por nuestra negativa a "volver" donde jamás fuéramos solicitados ni admitidos, sino porque *ellos mismos* habían escogido *deliberadamente*, que no nos querían. Sin embargo esta cuestión, planteada cada vez con tono más perentorio, estaba llamada a acompañarme a lo largo de la mayor parte de mi periplo...
¿Por qué no volvéis?; ¿cuándo volveréis?

A medida que me hartara de escucharla, iría desarrollando una respuesta estandarizada. Incluso así, nunca me dejó de incomodar. *Algo* había cambiado radicalmente en el mundo, desde los períodos mencionados en los libros que leyera previamente, y la actualidad: con la misma intensidad que antes fuésemos denostados y hostigados, nuestra presencia era ahora ansiada y bienvenida. El cambio de actitud me sorprendió. Por lo inesperado y, como decía, por lo radical. Y le iría dando muchas vueltas, analizando el fenómeno del derecho y del revés a medida que me internaba en el Continente y topaba con él una vez tras otra.

Pero todavía estaba en Lémléth, aún tenía casi todo mi periplo por delante, y desconocía lo que me esperaba. Además, Lémléth seguía siendo una localidad *menos extranjera* que las que me aguardaban allende la Grieta. ¡Oh, sí! En realidad, no tenía ni la menor idea de lo que me esperaba más allá. ¡Y mejor así! Entretanto, pagué mi billete y abordé un ferri rumbo a Enoväita...



III

Hay unos quinientos kilómetros desde Lémléth a Enovaïta. La travesía fue relativamente breve, y por primera vez viajé en un navío de otra empresa: la conexión diaria entre ambas capitales corre por cuenta de una línea de pasajeros local. Claro que podría haber esperado a uno de los nuestros que en su ruta de la Grieta, pasara por aquí para ir allá. Pero me entusiasmaba la idea de abordar un buque ajeno y socializar con marineros de otro origen. Y sí que fue una experiencia interesante, aunque me cansé pronto; porque ellos eran multitud y yo uno solo, y también ellos estaban de lo más intrigados respecto a mí; tenían un millón de preguntas y me costaba atender a tantos; no solo por la cantidad, sino además porque si bien entendía lo que me decían, responder en otra lengua ya era otra historia... Debía pensar mucho cada respuesta y hasta que por fin conseguía articularla, ¡záz!: se habían sumado cinco cuestiones nuevas. Me pregunto qué impresión acabé causando, pues para el final ya iba bastante saturado...

Arribado que hube a Enovaïta, corrí a refugiarme en su Torre Hísel-Minei. Empezaba a adentrarme en tierras "más extranjeras", pero por lo menos en esta ciudad seguía contando con reconfortantes puntos de apoyo. No solo mi Torre, en la cual me hospedé mientras permanecí allí, sino además una comunidad Maëdi local: compuesta por Aléyer descendientes de los que el Viejo Almirante devolvió a este puerto amistoso en previsión del desastre. A uno de ellos tomé como intérprete y guía turístico a sueldo, y en su compañía visité los lugares de interés. No son tantos, en realidad: Enovaïta es una ciudad relativamente joven, fundada después de la formación de la Grieta por sobrevivientes emigrados de Vaïta, que se desmoronaba y fenecía año tras año, sacudida por los movimientos telúricos y devorada palmo a palmo por la desertificación creciente. Todavía es posible visitar las ruinas de la antigua Vaïta y yo lo hice, pero enseguida me arrepentí. Ofrece un panorama deprimente y desolador. Tú imaginas lo que debió ser en sus días de esplendor, posas tu mirada sobre los escombros erosionados y descoloridos, y no puedes evitar llorar... ¡Cuánta insensatez! Pobre humanidad...

Sí, ya sé: soy un tierno. ¡Pero no te preocupes! No te montaré una escena sensiblera aquí mismo. Máxime cuando tuve ocasión de contemplar tanta ruina y miseria autoinfligida a lo largo de esa travesía, que acabé hastiándome. ¡Sí señora! Harto e impaciente hacia la estupidez humana,

empecinada en perjudicarse a sí misma negligentemente, con tal de ir a fastidiar a alguien más en el interin. ¿Se puede ser más necio? Así que después de presenciar tanta destrucción y sufrimiento, en algún momento dejé de conmiserarme y comencé a enervarme. Y en esa actitud me mantengo.

Porque veamos: ¿qué fue la formación de la Grieta? Un cataclismo artificial e innecesario, que se podría haber evitado tan fácilmente como... no atacando las bases de la Cordillera con esos horribles cañones especiales. Tú objetarás, *pero el autor fue el Imperio del Centro, gobernado por una élite despótica y empecinada en el exterminio de los Sorien, con la cual era imposible razonar*. Y yo te replicaré, *vale, pero ¿cómo surgió ese condenado Imperio?* Y ahí tienes el quid de la cuestión. En ese proceso estúpido, mezquino e irreflexivo, que me vi obligado a exponer hasta el hartazgo a lo largo de mi paso por las distintas localidades, en respuesta a sucesivos ruegos y quejas... ¡tan similares cada vez! Viendo causas y consecuencias en retrospectiva y concadenándolas en reversa:

La ruina y desaparición de las ciudades ecuatoriales, ribereñas del extinto Río de Aïdi y sus afluentes, no se habría producido sin mediar la desertificación que siguió a la formación de la Grieta. La Grieta nunca se habría formado de no haberse efectuado ese bombardeo sistemático de las bases de las montañas. El Imperio del Centro no habría iniciado ese bombardeo de no haberse empecinado en la aniquilación de los Sorien. Dicho Imperio no se habría constituido, de no haberse producido la Guerra Mundial que le precedió. Materialmente, esa Guerra no se habría podido iniciar, si los Maëdem hubiésemos seguido manteniendo nuestra política solapada de control armamentístico internacional. Y los Maëdem habríamos podido continuar dicha salvaguarda secreta de la paz, ¡si los Sorien no nos hubiesen denunciado, proscrito y expulsado con ayuda de los ejércitos del Área Central, cuyas naciones unieron fuerzas a tal fin! ¿Conclusión?: tuvieron lo que se buscaron. Se lo ganaron con su propio esfuerzo. ¡Todos ellos! Sorien, y países del Centro... Pero al vernos ahora, ponen caras de "pobrecitos", expresiones lastimeras de mendigos implorando caridad, y musitan: *¿cuándo volveréis? ¡Os necesitamos!* Como si *nosotros* los hubiésemos abandonado a su suerte insensiblemente, y no a la inversa, que ellos procuraron nuestra desaparición con empecinamiento criminal, sin razón ni piedad.

¡Claro que estoy furioso! ¿Cómo no indignarme? Hmmm... Vale, lo siento: ya me he vuelto a "encender". Y tienes parte de razón: estoy dirigiendo mis diatribas contra gente que para el caso, lleva siglos cubierta por la hierba. Especialmente en el caso de los Sorien, que incluso como grupo se han extinguido. Llegué a conocer a los últimos "padres Sorien": para cuando nací, los que quedaban eran ancianos melancólicos, impregnados hasta la médula de derrotismo resignado. Se agrupaban en

un rincón del Club de Exiliados, donde pasaban las jornadas enteras. Si acaso, conversaban quedamente entre ellos y apenas socializaban. Ni siquiera con sus nietos. Nos observaban desde detrás de una perpetua cortina de lágrimas. Y en ocasiones estudiaban, pero era evidente que a estas alturas, tampoco la lectura les proporcionaba ningún consuelo. Por eso, ya no se refugiaban en ella.

Era triste verlos: cierto que como Orden fracasaron estrepitosamente, pero como individuos, no olvides que ellos llegaban al final, a cosechar los frutos amargos que sembraran sus antecesores. ¿Hasta qué punto se les podía responsabilizar por su situación? Sin embargo y en lo que al resto de la humanidad respecta, no me enervaría tanto si no fuera porque desde entonces, no parece que nadie en ninguna parte haya reflexionado ni extraído conclusiones, ni se haya decidido a frenar tanta insensatez, o a cambiar de política. Aunque luego verás que por lo menos en el lugar más inesperado, sí conseguí hacerles recapacitar. ¡Pero no nos adelantemos! Entretanto estaba en Enovaïta, emprendiendo mi viaje hacia el interior, en dirección a Anariánt. Ciudades independientes pero aliadas, el comercio y las comunicaciones entre ambas funcionan con fluidez, así que seguía inmerso en mi etapa “cómoda” de la excursión: pude viajar en tren.

¿Sabes? Entre una y otra, media la mitad de distancia que entre Aïketh y Lémléth. Sin embargo, yendo en tren demoras lo mismo... ¿Cómo puede ser? Muy sencillo: las infraestructuras están más retrasadas y deterioradas al Este de la Grieta. Sus estúpidas contiendas consumen los recursos que de otro modo, dedicarían al progreso y bienestar general. Penetrar en el Área Central es como internarse por un “túnel del tiempo” y comenzar a retroceder siglo tras siglo. Dar gracias que no han descendido hasta los niveles de atraso de nuestros Originalistas, pero en otros aspectos no les van a la zaga... Peor aún: en la base de la pirámide social encuentras amplias masas de indigentes famélicos y embrutecidos, en situación de *envidiar* la fortuna de nuestros Originalistas más pobres! He llegado a contemplar situaciones que, de no haber presenciado por mí mismo, habría juzgado imposibles, inconcebibles y eminentemente indignas.

Anariánt fue la primera ciudad realmente antigua que me tocó visitar. Supervivencia que no la eximió de padecer sus propias experiencias traumáticas tras la formación de la Grieta: lo que fuera la mitad occidental de la ciudad, yace hoy sumergida bajo la superficie de un lago otrora inexistente, y que no estaría allí de no haberse producido el cataclismo. Antaño era llamada “la Ciudad Jardín”, pródiga en parques arbolados deliciosamente dispersos por entre las distintas barriadas. Plazas y

espacios públicos que semejaban bosquecillos primorosamente cuidados, abundante verde por doquier a pesar de la densidad urbana y la recia prestancia de sus edificios y palacios. Incluso después de tanta destrucción, conserva gran parte de su pretérita belleza cautivadora: su población se sigue sintiendo orgullosa de su peculiar gusto por el cuidado de la estética urbanística, ponen mucho énfasis en mantenerla a pesar de las dificultades, y en ocasiones consiguen el milagro de hacerte olvidar que siguen en guerra, y sufriendo dañinos bombardeos ocasionales.

No me entretuve más que lo suficiente: consciente de que a partir de aquí debería proseguir a pie, internándome paso a paso en territorios conflictivos, me preparaba mentalmente para una etapa necesariamente fatigosa de mis excursiones. En lo sucesivo y mientras no arribase a zonas más pacíficas, me despediría de las comodidades. En especial, del lujo de viajar en tren. Cargué pues mi morral a la espalda y me introduje con cautela en Qwar, escenario de continuas refriegas entre las camufladas avanzadillas de Anariánt y sus rivales del País del Elde. Caminé con prudente sigilo, ojo y oído avizores, mi radar en alerta continua por así decir. Iba diciéndome para mis adentros que por lo menos gozaba de una pequeña ventaja: desde los albores de la Historia, Qwar es un bosque "salvaje". Esto es, que perdió a su Saïri durante las "Guerras Pacificadoras" emprendidas por los Saïvirien. ¡Qué triste sentir semejante pérdida con alivio! Pero en tal situación de recelo e incertidumbre me debatía: ¿cómo reaccionarían los Saïrien a mi presencia?

Quizás no lo sepas, pero cuando los Sorien nos declararon su beligerancia, alistaron a sus amigos Saïrien, que participaron de nuestro acoso y persecución con irreflexivo entusiasmo. Para nuestra gente constituyó un agravante letal. Urgidos por evacuar el Área Central hacia el Oeste o el Láyed, hallaban bloqueada cualquier posible vía de escape: debían evitar tanto las áreas pobladas por temor a la gente, como los parajes naturales por temor a los Saïrien; y en especial, por doquier debían andarse con redoblado cuidado de los Sorien. ¿Cómo escaparían? Así que tarde o temprano eran capturados, y torturados con saña a continuación. Sin embargo, inada era más terrible que caer en manos de un Saïri! Porque no conformes con castigarte, prolongaban tu martirio reviviéndote de continuo... Sí: claro que tienen ese poder. ¡De ellos lo adquirieron nuestros Médicos y Trovadores Regeneracionistas! Eh... bueno: quiero decir, de sus hermanos más cordiales del Láyed.

Decía, que si tenías la desgracia de caer en sus manos se divertían pulverizándote paso a paso, pero prolongaban tu vida más allá de lo humanamente soportable, sometirtiéndote a un suplicio interminable que te conducía a la desesperación y la locura. Aléyern y Malméniern conservan

escalofriantes crónicas de aquellos años aciagos, relatos terroríficos que te erizan la piel, algunos de los cuales hube de leer como parte de mi preparación previa al viaje. Que no te extrañe pues, que el saber que por lo menos no cruzaría a ningún Sāiri todavía, constituía para mí un consuelo y un alivio... ¡A pesar de la latente amenaza de los comandos forestales emboscados!

Había algo más: en lo que respectaba a los humanos, confiaba en el tácito salvoconducto que me proporcionaría mi hábito. Pues por donde quiera que fuese, empezaba a constatar que la gente nos estimaba y deseaba nuestro "regreso". Luego, ¡no me atacarían! Por lo menos, no con alevosía. Podía caer víctima de una bala perdida, sí. Y por eso debía avanzar con cuidado. Pero no era de esperar que un soldado dijese: *¡mira, ahí va un Maëdi!*, y su compañero le replicase: *¡mátalo!* Y por lo menos en eso, tenía razón... No obstante lo cual, ¡resulté abatido!

Esto... no en vano me he sonrojado: ahora me avergüenza reconocer mi ingenua ignorancia juvenil. Sucede, que desconocía la mera existencia de cierto artificio tecnológico crucial. Más tarde, cuando relaté mis peripecias, nuestros ingenieros de a bordo me escucharon con curiosidad, para a continuación explicarme en qué consistía y cómo funcionaba. Se trata de lo siguiente: los batidores se movían por la noche, provistos de un "dispositivo infrarrojo de visión nocturna". El artificio les permite "ver el calor", ofreciendo a sus ojos un cuadro monocromático en distintas intensidades de luminosidad. Significa que, según un cuerpo u objeto irradie un calor más o menos intenso, con mayor brillo y nitidez será percibido a través del visor; mientras que los objetos fríos, se difuminan entre las sombras. Luego, aquellos comandos no podían ver "un Maëdi", sino "un tío sospechoso encaramado a un árbol". Y en consecuencia, el diálogo debió producirse más o menos en estos términos: *¡mira, ahí hay alguien!*; a lo cual el otro habrá replicado: *¡cúbrete y dispara, antes de que nos mate!* Tras lo cual abrieron fuego... y yo me desplomé como un saco de patatas.

Recién una vez abatido se habrán aproximado con cautela, para verificar a quién habían cazado. Y entonces sí, se habrán quedado dudando confundidos: *¿un Maëdi por aquí... ¿no es extraño?* *¿Y si fuera un espía disfrazado?* *¡Hay que dar parte!* Y habrán dado parte, no más. La prueba es que no morí desangrado... ¡y estoy aquí para contarlo! Aunque prefiero dejarlo para mañana...

DEIX

Desperté... no me preguntes cuánto después. Seguía debilitado por la cantidad de sangre perdida. La herida aún me ardía, a pesar de que ya había sido lavada, desinfectada y curada. Pero claro: no hay punto de comparación entre *nuestra* medicina y la ajena... La de ellos ofrece una engañosa apariencia de sofisticación, merced a la complejidad del instrumental clínico. Pese a lo cual, la nuestra es por lejos más eficiente.

Apenas conseguí mirar en derredor, distinguí a un par de custodios uniformados, firmes y armados a ambos lados de mi cabecera. Me desanimé: *‘luego, estoy prisionero’*, me dije. Sin embargo y por raro que parezca, no me asusté. Mi actitud oscilaba entre la resignación y la indiferencia. Una pasividad alarmante que solo puedo explicar por el soberano cansancio que me atenazaba. ¡No te preocupes! Ya me iría volviendo más despierto y combativo, a medida que recobraba la lozanía.

Mi recuperación fue lenta, pero constante. Supongo que en gran medida, gracias a mi juventud. Recuerda que sólo tenía diecisiete años: ¡ni siquiera tenía pelos en el bigote! Jajaj. Cierta mañana al despertar, abro los ojos y lo primero que veo, es un viejo de rostro amable sentado junto a mi lecho e inclinándose sobre mí. Quizás me viniese llamando desde antes, no lo sé. En expectante silencio, fijé mi mirada en él. Él abrió el diálogo preguntando en la Lengua Saïri:

-¿Eres un Maëdi auténtico?

Respondí con torpe dificultad, en un susurro débil:

-Y Usted debe ser un profesor... -él confirmó con un gesto sonriente, satisfecho, yo añadí con la lentitud esforzada del convaleciente al que cuesta hablar- Yo... ¿He de considerarme prisionero?

Al parecer, el hombre no esperaba una pregunta tan directa e inmediata. No venía preparado. Se tomó unos instantes para calibrar su respuesta antes de decir:

-No puedo saberlo todavía: tu situación depende de tu identidad. ¡Antes debemos confirmarla! ¿Cómo sabremos sin lugar a dudas, que eres un Maëdi auténtico?

-Nada más sencillo -repliqué-: portaba mi documentación al ser capturado.

Él contraatacó al instante:

-¡Eso se puede falsificar!

Yo no me dejé avasallar.

-Pero también se verifica con facilidad. No hay más que preguntar por mí en la Torre Hísel-Minei... Vale: la de Enovaïta está más cerca, pero cae fuera de vuestro radio de acción -cavilé, recordando que están enemistados-. Pero debéis tener una Embajada en Aiketh -él asintió con un gesto, yo continué-. Luego, preguntad allí. Les alegrará recibir noticias mías por vuestro conducto, pues yo no los he importunado desde que me adentré en el Área Central. Estuve hospedado en nuestra Torre de Enovaïta antes de viajar rumbo a Anariánt. A partir de ese día, no han vuelto a saber de mí.

Él asintió otra vez, insistiendo en que mi situación se aclararía junto con mi identidad, y salió. Un alivio para mí, que nada necesitaba con mayor urgencia que el reposo.

Al día siguiente volvió más cordial, aunque seguía manteniéndose suspicaz y distante. Al parecer, mi identidad ya estaba confirmada, pese a lo cual conservaban ciertas dudas respecto a mi inusual presencia en el país. Sin embargo, nada apuntaló más mi ánimo, que el hecho de que trajese mi pequeño bagaje consigo. Bien: se habrían cansado de hurgar buscando nada sospechoso, y hallándolo inocuo y resuelta la cuestión de mi identidad, ya no veían motivo para seguir reteniendo mis escasas pertenencias. Lo interpreté como señal promisorio, además de que me alegré sinceramente. En especial, por mis mudas de ropa y los libros. Dos componentes clave de mi equipaje, a los cuales no me podía permitir renunciar. Entró saludando sonriente mientras me extendía mi morral:

-¡Buenas noticias, Maëdi! Ahora que sabemos que eres quién pretendes, podemos tener un diálogo distendido. ¡Y lo necesitamos! Pues nos queda una incómoda intriga por dilucidar, *Hiseili-Mineyu* -remarcó el toponímico con tono insidioso-: ¿qué busca por aquí alguien como tú? No me andaré con rodeos: lleváis décadas evitando nuestro puerto. Luego, debes tener motivos muy... ¿cómo expresarlo? Créeme: no alcanzamos a figurarnos qué clase de misión tan importante pudo inducirte a vencer vuestra incommovible reticencia, arriesgándote a caer solo y desarmado, entre unas gentes tan indignas como nosotros...

El hombre sonó tan consternado como agraviado. Sí: nuestra negativa les hería en su amor propio. Se sentían insultados, a la par que desfavorecidos. Más adelante, ya volverían a la carga con el tópico. Por lo pronto, lo principal era aplacar sus naturales sospechas respecto a mis motivos.

Afortunadamente, mi salud seguía repuntando. Esa mañana me sentí con fuerza suficiente como para sentarme sobre el lecho, y explicar con calma:

-Verás: soy un joven de natural curioso. Nací en el interior de mi isla en un área rural, y durante mi niñez no conocí más que la campiña en torno a mi hogar. Hasta que una mañana luminosa me llevaron de excursión al puerto: para mí, fue como descubrir un mundo nuevo e insospechado. Desde entonces, he pasado mi vida navegando. No conozco otra cosa que el mar infinito y los puertos de la Confederación y de la Grieta, contemplados desde cubierta. Así que un día me planteé la cuestión de cómo sería el resto del mundo, ese Continente Grande habitado por la inmensa mayoría de la Humanidad... Y desde que me entró esa inquietud, no pude con mi genio. No me contenté con simplemente leer, porque nuestros libros están desfasados: sus descripciones y relatos valen para hace trescientos o cuatrocientos años. Y además, no es lo mismo leer que ir, ver y vivir los lugares y la gente en persona. Soy consciente de lo inaudito de mi empeño: no conozco otros Maëdem que hayan emprendido nada similar. Hmmm... *Los Sorien* tenían sus pruebas de exilio voluntario, y salían a recorrer el mundo más o menos a mi edad. ¿Pero nosotros? -me detuve reflexionando intrigado, indagando las raíces de mi insólito empeño. ¿Quizás a pesar de todo, hubiésemos recibido de nuestros "padres Sorien" algo más que la simple oportunidad de renacer? ¿Y si en cierto modo los Minéyem, sin apercibirnos, nos estuviésemos "sorianizado"? Valía la pena analizar el punto, pero debería aplazarlo. Concluí abochomado:- bien haréis en considerarme una especie de turista en tránsito.

Él: -¿Y puedo saber tu itinerario previsto?

Yo: -No veo razón para ocultarlo: desembarqué en Aïketh, desde allí viajé a Lémleth. Crucé a Enoaïta y luego pasé por Anariánt. Después me introduje en Qwar con la intención de llegar a Neir. Hasta aquí, son hitos que podéis verificar por vosotros mismos. A continuación y si me permitiréis seguir, mi intención es visitar Laïr, Evnir, Usnir, y las ruinas de Irienir. Desde allí vería el modo más idóneo de continuar hacia mi patria ancestral, el Láyed que vosotros llamáis Héilenar. Luego podría tomar un tren a Tárgrat, y de allí un navío de la Malmeniént en dirección al Continente Pequeño. Mientras voy sorteando islas en mi regreso a Hísel-Minei podré visitarlas también, pues la verdad sea dicha: ini siquiera conozco bien mi país natal!"

Él: -Luego, los mapas que traías contigo...

Yo: -Me haréis un inmenso favor si me los reintegráis, porque no me pertenecen: los tomé prestados en la Biblioteca de la Torre, y si no los restituyo tendré que dar explicaciones... Por otra

parte, poco provecho obtendrías confiscándolos: llevo días y noches memorizándolos. A estas alturas, puedo recrearlos en detalle con los ojos cerrados.

Él: -Transmitiré tus palabras. Yo, sabes, no soy más que un intérprete. No decido nada. Me limito a enlazar entre tú y mis jefes...

Dicho esto se levantó y salió, dejándome pensativo: había imprimido al término "enlazar" una inflexión tan peculiar, que me condujo a sospechar que la usó en su acepción sorriánica tradicional. No olvides que estábamos hablando en la Lengua Saïri... Y en ocasiones, estos profesores llegan a sentirse genuinos herederos de los Sorien, aunque nunca hayan visto a ninguno y además, sean completamente incapaces de replicar cualquiera de sus (es decir, *nuestras*), técnicas más básicas.

A la mañana siguiente desperté sintiéndome casi completamente recuperado. Había aprovechado la tarde y noche anteriores para inducirme a un sueño de restauración profunda, muy efectivo a pesar de la ausencia de un Reconstituyente que potenciase la técnica. Pues sí, ya la dominaba. La había aprendido a bordo, de nuestras oficiales de seguridad; junto con otras habilidades y conocimientos adquiridos durante cinco años de servicio. No olvides que a fin de cuentas, ¡para eso me había enrolado! La marina mercante puede ser una escuela insuperable, mientras arribes a ella como yo, con ánimo de escuchar y aprender de cuántos te rodean. Además, ya has comprobado que soy de carácter sociable. Y era tan atento y aplicado, que a mis eventuales maestros les complacía enseñarme.

Entrando esa mañana, el profesor me encontró sentado sobre el lecho al modo Maëdi. Traía mis mapas, que me devolvió con una sonrisa. Lucían muy manoseados, pero no habían perdido su utilidad. Igual me vería en la incómoda situación de tener que excusarme por su estado al reintegrarlos, pero sería menos embarazoso que haberlos perdido... Y no venía solo: lo escoltaba un sujeto tan cubierto de chapas refulgentes, que lo asumí con acierto como un jefazo militar. Y otro tan emperifollado que lo tomé erróneamente por algún príncipe, y resultó ser un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores: esto es, un diplomático de carrera.

Al parecer, ambos sostenían diferencias respecto al trato que convenía dispensarme, y venían dispuestos a dirimirlas en mi presencia. Tuvimos pues una conversación en extremo aparatosa, con el profesor traduciendo hasta el agotamiento en tres direcciones. El hombre, que no daba abasto para mantenerse al ritmo dinámico del interrogatorio, acabó tan aturdido que incluso llegó a traducir frases que en principio, no se suponían dirigidas a mí... ¡Jaj! Peor todavía: en determinado momento

estaba tan mareado, que a mí me hablaba en Éldaan y a ellos en la Lengua Sāiri; nadie entendía nada, y ni siquiera él comprendía por qué lo mirábamos con esas caras de estupor. ¡Jaja! Pobre profesor...

Dispénsame de reproducir textualmente la aparatosidad del diálogo, con sus traducciones y equívocos reiterados. Ni yo lo sabría recrear con fidelidad, por eso me limité a describirlo en términos generales. En cuanto al contenido, transcurrió más o menos así. Abrió el diálogo el militar condecorado, el más antipático de los tres, planteando sin rodeos lo que yo más temía:

-Supongamos que te retuviésemos prisionero. ¿Cuánto daría tu Empresa por ti?

Ahora entiende: precisamente por ser la posibilidad de la cual más recelaba, le había dedicado horas de reflexión. Ante el estupor general, respondí con calma:

-Nada -y viéndolos consternados, expliqué de inmediato-; no estoy aquí cumpliendo ningún deber. No es que me hayan enviado, y deban velar por mi integridad en consecuencia. Estoy de licencia, no me encuentro bajo la autoridad de nadie, y soy el único responsable por mi vida y destino. Que además, inicié este periplo bien a disgusto de los demás. Y ni siquiera soy nadie importante. ¡No soy más que un marinero raso, simple personal de cubierta!

Esa respuesta despertó un acalorado debate entre los jefes. Cuando la breve borrasca se aplacó, el diplomático se dirigió a mí con amabilidad edulcorada:

-Lo de tu importancia es relativo: depende de quién y desde qué ángulo lo mire. Para ti puedes ser poca cosa, uno más entre miles de marineros de tu empresa; pero para nosotros... Entiende: eres el primer Maëdi en pisar territorio patrio en muchos siglos; un fenómeno más singular que el paso de un cometa...

Yo abría la boca como para responder, pero el militar intervino antes:

-¡Y eso no es justo! Os ensañáis con nosotros deliberadamente... ¡Maldita sea! Os decís neutrales... ¿Dónde está vuestra neutralidad, si proveéis holgadamente al enemigo, mientras a nosotros nos condenáis al desabastecimiento más amargo?

-Tengo entendido... -empecé a responder. Pero me vi interrumpido:

-¡Tenéis que volver!

Así, tal cual. Decir que no estaba en la posición más holgada como para enervarme, pero créeme que me empezaba a fastidiar. Volver... ¿Volver a *dónde*, si jamás habíamos poseído una Comunidad allí? O si se refería a restablecer relaciones comerciales... Decidí responder con la mayor calma posible, aclarando esa cuestión en primer lugar:

-Señor... en principio, no oponíamos objeciones al comercio con vosotros. Pero, ¿qué hacer si cada vez que fondeábamos en vuestro puerto, nos asaltabais para decomisar mercancía? ¿Qué hacer si no conformes con tal agravio, a continuación empezasteis a perseguirnos emboscarnos y atacarnos también en aguas internacionales?

-Es nuestro derecho... -empezó a argumentar él, pero no sé que más habrá dicho, porque yo empezaba a perder los estribos, e interrumpí la traducción en ese punto.

-¡Ningún derecho! -estallé- Nuestros buques son una extensión de nuestro territorio soberano. Ningún derecho os asiste a atacarnos sin previa declaración de guerra. Pero si queréis guerra, luego no esperéis comercio... Agradeced que no os devolvamos vuestro hostigamiento con otro tanto. Agradeced, sí: ¡agradeced que somos Maëdern! ¡Que a pesar de poseer un poder incontestable, no lo esgrimimos para amedrentar ni someter a nadie!

Fue una respuesta tan dura, que los sacudió. Palidieron, y vuelta a debatir entre ellos. El militar volvió a intentarlo, atenuando su belicosidad:

-Eso fue hace mucho. ¿Hasta cuándo nos castigaréis?

Yo: -Cierto: fue hace medio siglo, pero desde entonces perdisteis nuestra confianza. Y no es reteniéndome en calidad de rehén, como la recuperaréis...

Él: -¿Y qué recomiendas tú?

No me apresuré a responder. Me sentía abrumado por una situación que excedía mis atribuciones. Recuerda: era un joven imberbe; no era un diplomático, ni un directivo empresarial, ni ninguna autoridad habilitada para negociar... ¿Hasta qué punto no me exponía a extralimitarme? Súbitamente consciente de la peligrosa crispación a cuyo aumento yo mismo había contribuido, decidí apaciguar los ánimos en la medida de mis posibilidades. Y a tal fin... apelé a la anécdota que te comenté la otra vez:

-En realidad, tampoco os somos tan adversos como nos pintáis... Veamos: todavía recuerdo aquella vez en que rescatamos del mar a vuestros hombres, al parecer tras una batalla naval. Tuvimos que protegerlos a capa y espada, ¿sabes? Porque siempre y sin importar ante quién, defendemos la inviolabilidad soberana de nuestros navíos. Vuestra gente se había acogido a nuestra bandera; nuestro deber era ampararlos, y eso hicimos. Los defendimos dondequiera los quisieron apresar, hasta dejarlos sanos y salvos en Ajnu Dúir. ¿Nos habéis agradecido? Y creedme: estuve allí, y no fue tarea sencilla. No fue fácil resistir incólumes a las presiones y demandas de autoridades

extranjeras, ni fue llevadero mostrarnos hospitalarios ante vuestros efectivos rescatados, porque estaban nerviosos y en ocasiones nos trataban con rudeza y acritud.

Él: -Tú... ¿Tú ibas en ese buque?

Yo: -Así es, señor.

Eso pareció desarmarlo. Se lo veía conmovido. No creo que él mismo haya estado entre los náufragos rescatados, pero sí que no conseguía eludir una embarazosa sensación de gratitud. Porque nuestro acto había sido valeroso y generoso, dada nuestra situación de meros civiles navegando un mar plagado de escuadras en combate. Que además, ¡no les debíamos nada! No hacíamos más que atenernos a nuestras reglas, tan inflexibles en ocasiones a ojos de los demás, tan discordantes con las consensuadas entre el resto de un mundo con cuyos principios y normas disintimos. Esas mismas reglas cuyo respeto reclamábamos como condición irrenunciable a quienquiera deseara comerciar con nosotros, y que al País del Elde tanto había costado aceptar.

El debate entre los representantes del estamento militar y el diplomático se redobló y, por error o deliberadamente, el profesor me tradujo varios fragmentos reveladores. Se discutía el estatus que convenía concederme, qué clase de tratamiento aplicado sobre mi persona, redundaría en mayor beneficio o perjuicio para ellos. Por fortuna, el diplomático ganó la polémica. Así lo entendí cuando, una vez acalladas las deliberaciones, se volvió hacia mí para anunciarme entre ampulosas reverencias:

-Considérate pues, un huésped de honor; un Embajador de tu gente entre nosotros. Y quiera tu visita limar las asperezas entre ambos pueblos, y augurar el inicio de una relación más fluida y cordial. Y ahora dime: ¿qué lugares te gustaría visitar?

-Pues... -respondí con timidez- Yo esperaba recorrer las barriadas tradicionales, el casco antiguo de la ciudad, los museos y edificios emblemáticos y, por supuesto, conocer gente común y corriente... Tomar mis comidas en una taberna, por ejemplo, donde codearme con personas sencillas.

Él: -Me parece un itinerario honesto. Déjalo por mi cuenta. Organizaré tu agenda de la manera más provechosa, y al término de tu paseo podrás partir feliz y satisfecho. A cambio, solo te pediremos que nos recuerdes para bien. Que regreses a los tuyos como un emisario de nuestra buena voluntad. Y ahora -culminó incorporándose-, solo me resta conseguirte el alta médica. Culminada dicha formalidad, serás trasladado a los pabellones de honor del Ministerio, como demanda tu estatus diplomático.

¡Y eso hizo! No imaginas lo torpe que me sentí, con mi humilde hábito Maëdi y mi morral de caminante a la espalda, cuando me subieron a un automóvil lujoso escoltado por una guardia motorizada, y me condujeron con pompa ceremoniosa a las habitaciones palaciegas de un edificio majestuoso, en el área más opulenta de la ciudad. A partir de ese día y hasta que abandoné el Elde, aquel profesor fue mi intérprete y guía turístico oficial. Por supuesto, me conducía a donde sus jefes le indicaban. Pero como el trato era bueno y me llevó a lugares interesantes, no opuse objeciones. Su mayor temor, supongo, un recelo que quizás nunca los abandonó, sería que yo no fuese sino un espía solapado. Por lo tanto, se mostraban serviciales pero simultáneamente, velaban porque no entrometiese mis narices en lugares estratégicos o sensibles. Entre tú y yo, un empeño harto fútil: de haberlo querido, los habría espiado de cabo a rabo mediante mi técnica de Consciencia Extendida.

A pedido mío, esa noche cené en una humilde taberna que a poco de entrar yo, se vio invadida por curiosos. Media hora después, había incluso reporteros de radio, TV y prensa, con cámaras, micrófonos, grabadoras y el resto de la parafernalia. Esto me incomodó, pero lo asumí con resignación comprensiva. En efecto, para ellos era como un raro suceso astronómico: como la colisión de dos cometas, por ejemplo, o ve-tú-a-saber qué... Debía mostrarme paciente. A cambio, la gente fue realmente cordial. Y no por indicación de nadie. Estaban emocionados, no cesaban de tomar instantáneas, me querían tocar, me hacían infinidad de preguntas. ¡Uf! No imaginas lo incómodo y extraño que fue. Terminé esa jornada agotadísimo. Me consuela pensar que por lo menos, debo haber beneficiado al tabernero: su local se habrá vuelto famoso y solicitado de la noche a la mañana! Jajaj. Lo mismo, a partir de entonces le cambió el nombre, y empapeló las paredes con fotografías mías... ¿Quién entiende a la gente?

A la mañana siguiente me sirvieron un desayuno excesivo. Dejé intacta más de la mitad y en atención a mi solicitud, salimos a visitar las barriadas tradicionales: el casco antiguo de la ciudad. ¿La verdad?: lo hallé deteriorado. Y no tanto por el paso de los siglos, como por las guerras, los bombardeos, esas desgracias innecesarias que la humanidad se provoca a sí misma con intempestiva frivolidad. Vi gente malviviendo entre las ruinas; personas desposeídas para las cuales, una montaña informe de escombros seguía constituyendo un refugio preferible a quedar directamente a la intemperie. Mi guía, que captó mis preocupaciones enseguida, murmuró una estúpida respuesta insulsa y trillada, del estilo: *¿qué se le va a hacer? ¡Así es la vida!* A la cual preferí no responder. Pero iba triste, meneando la cabeza con evidente desaprobación.

Para el mediodía, me aguardaba una recepción oficial en los amplios salones del Ministerio. Ahora sí que vi príncipes, amén de ministros, magnates, diplomáticos, jefes militares, jerarcas y otros potentados, acompañados de sus esposas. Se sirvieron cantidades obscenas de comida. Lo de "obsceno" venía a cuento, porque yo no podía cesar de recordar las imágenes de miseria humana contempladas horas atrás. Apenas sí toqué nada. Y para peor, la conversación con mis anfitriones muy pronto se había deslizado hacia terrenos cenagosos. No tardaron casi nada en salir con su reclamo habitual... Que a mí podía parecerme "poco diplomático", pero para ellos constituía el motivo principal de los agasajos de que me hacían objeto. Buscaban ganarse mi buena voluntad. Querían arrancarme concesiones. ¡Como si yo tuviese autoridad! Pero no olvides: era el primer Maëdi que tenían a mano en siglos. No era una oportunidad que pudiesen permitirse desperdiciar. Así que se aplicaron a fondo. Y precisamente mi reticencia a consumir los alimentos, fue el detonante utilizado para dinamitar mi posición.

Ellos: -¿Por qué no comes? -¿Te parece demasiado exótico? -Créeme: es sabroso y nutritivo.

-¡Prueba esto, por ejemplo!: es un plato tradicional... -¿Qué te cierra el apetito?

Yo: -Lo siento. No consigo quitarme de la cabeza a la gente andrajosa reptando entre los cascotes. No soy capaz de atiborrarme despreocupadamente, sabiendo que ellos quizás subsisten a base de desperdicios y escarabajos.

Uno de ellos: -¿Pero cuándo y dónde viste eso?

Yo: -Esta mañana, al viajar hacia la Ciudad Saïvir.

El hombre murmuró para sí algunas palabras contrariadas que no me fueron traducidas. Supuse que estaría indignado con mi chófer, pensando que debió buscar una ruta alternativa, para evitarme semejantes panoramas. Su semblante se nubló. A la ira, siguió la tristeza. Me dijo:

-Sabes que llevamos siglos en guerra... Con altibajos, ha sido nuestra realidad constante, prácticamente desde la caída del último Imperio, el del Centro. En ocasiones conseguimos una tregua y entonces gozamos de cierta calma, que puede extenderse por una o dos generaciones. Pero tarde o temprano las hostilidades se reanudan, recrudescidas. Tenemos buenos sistemas de defensa antiaérea, pero claro: no son infalibles. Y si el acoso es nutrido y sostenido, por más que lo intentemos no podemos evitar que nos perjudiquen.

Otro aprovechó para añadir: -Por eso nos duele tanto vuestro abandono...

Y un tercero: -Si quieres aliviar a los menesterosos, no es privándote ahora como lo conseguirás, sino atendiendo a nuestras rogativas. ¿O crees que a nosotros nos son indiferentes? ¡Es por ellos, por el sufrimiento de nuestro pueblo que clamamos! No podéis ser tan insensibles...

Oh... ¡No imaginas lo incómodo que me sentía! No olvides que "soy un tierno", en tus propios términos. Y ellos estaban disparando su artillería pesada bajo mi línea de flotación. Por poco no me echo a llorar ahí mismo. Empecé con seria lentitud, a desgranar mi argumento habitual:

-Ya sabéis que en principio, no os guardamos animadversión. Sucede, que tememos acercarnos a vuestro puerto de Íreth, porque no sabéis conteneros de intentar tomarnos por asalto. ¡Hemos sufrido bajas en esas refriegas! Y no es justo: somos mercantes, no militares. Y no estamos en guerra. No deberíamos ser agredidos. ¡Pero jamás dejaremos de defendernos! Si no aprendéis a aceptar y respetar la inviolabilidad soberana de nuestros navíos, no os quejéis luego de que nos mantengamos a distancia.

Uno de ellos: -Y nos causáis un daño terrible, ¿sabes? Porque proveéis a nuestros rivales, pero nosotros nos quedamos aislados y desabastecidos, rodeados como estamos de enemigos...

Yo: -¿Desabastecidos? ¡Pero si poseéis vuestra provincia agrícola de Ómedir!

El mismo que antes: -Está en litigio. Y hay rebeldes locales soliviantados por nuestros contrincantes. Cometen atentados, ataques, destrozos, sabotajes... No... no lo tenemos tan fácil. Y vosotros aportáis vuestra propia contribución a nuestro estrangulamiento. ¡Es un milagro que a pesar de tanto encono, todavía resistamos!

Yo: -Pero entonces, ¿cómo obtenéis vuestros suministros?

Él: -Básicamente, gracias a los contrabandistas. Ellos nos proveen, aunque a precios prohibitivos. A cambio, procuramos protegerlos en la medida de nuestras posibilidades.

Yo: -¿Os habéis convertido en refugio de piratas?

Él: -Cada cual busca ayuda donde puede. ¡Queremos sobrevivir! Pero si vosotros nos abastecieseis, el precio de los alimentos bajaría tanto, que hasta los menesterosos podrían comer más y mejor... Así que no ayunes ahora, que eso no beneficia a nadie; pero mira de ablandar a tus directivos cuando vuelvas a casa.

Asentí cabizbajo; me sentía como un párvulo travieso sorprendido en medio de una trastada, y amonestado por sus maestros. Un diplomático aprovechó mi embarazosa situación para redoblar el ataque:

-Pero no es solo eso... A consecuencia de los esporádicos bombardeos, abundan los ciudadanos sin techo. Contamos con una buena defensa antiaérea, aunque no exenta de limitaciones: la puedes doblegar si tu presión supera su capacidad de respuesta. Conscientes de ello, nuestros enemigos organizan ataques conjuntos, y nos machacan. ¿Y lo más enervante? Que especialmente a *Enovaïta*, líder de la coalición: a ellos no los podemos tocar. ¿Sabes por qué? Porque *sus Maëdem* los protegen. ¡Eso es injusto! ¿Os declaráis neutrales? ¡Patrañas! A ellos los amparáis; a nosotros no. Por eso la lucha es tan desigual.

Sorprendido tan lejos de mis argumentos prefabricados, callé mientras trataba de ordenar la cantidad ingente de objeciones que surgían con rebeldía en mi mente. En particular, me fastidiaba que el mundo cometiese necedades; que aun disintiendo, nosotros mismos debiésemos sufrir sus coletazos, y luego para colmo, ¡se nos responsabilizase! Eso no tenía pies ni cabeza. Pero la madeja estaba tan embrollada que me detuve a reflexionar, buscando una punta del ovillo a partir de la cual comenzar a desmadejar... Ellos lo habrán interpretado como señal de mi pronta derrota, porque alcancé a percibir más de una sonrisa triunfal entre mis anfitriones. Pero se habían apresurado.

-Veamos... -empecé con calma reflexiva-. Aquí conviene aclarar varios puntos. Con vuestra venia... -ellos asintieron, yo empecé a enumerar- En primer lugar: en *Enovaïta* hay *Aléyem*, mientras que nosotros somos *Daráyem*. En segundo lugar: ellos llegaron allí huyendo de una masacre, como arribaron a otros puertos que aceptaron acogerlos. En tercer lugar: nunca habéis tenido una Comunidad *Maëdi* y además, nosotros somos occidentales: ¡no se nos perdió nada en *Neir*! Si acaso, nos debemos a la Confederación de *Darei*. Y en último lugar, pero no menos importante: los *Maëdem* nos hemos visto proscritos del Área Central. Vuestra Comunidad de Naciones participó activamente de nuestra expulsión, arrasando nuestra patria ancestral. Con un agravante crucial: los *Sorien* alistaron contra nosotros a sus amigos *Särien*. Luego, aún si vosotros habéis renunciado a vuestra hostilidad, y aunque tampoco queden *Sorien* para combatimos; incluso así persiste un escollo insalvable: los *Särien* del Área Central. Hasta dónde sé, jamás se retractaron. ¿Quién nos asegura que no mantienen su beligerancia? No podríamos asentarnos con seguridad en ninguna parte contra su voluntad: sólo nos atraeríamos dificultades.

Ya ves: ¡de algo sirve estudiar los temas relacionados antes de emprender viaje! Ellos no esperaban una argumentación tan nutrida. Ni rastros quedaban de las satisfechas sonrisas complacientes que exhibieran antes. Me miraban con estupor. Uno amagó objetar:

-Pero estáis apoyando activamente a Enovaïta...

-Ahora iba a eso -respondí sin inmutarme-. Verás: cuando supimos que nuestro destino estaba echado, que se avecinaba una masacre sin paliativos, nuestros Rectores se empeñaron en evitar que los Aléym pereciesen con nosotros. Comprende: históricamente, no guardan relación alguna con Darei; no tenían por qué pagar el odio que aquella nos jurara a sus exiliados. En principio, se deben a Aleyént... que ya no existe: el desierto la tragó tras la formación de la Grieta. Pero la vieja Capital posee herederas: la Pentápolis Neku y su Puerto Mancomunado. Allí los enviamos, además de a Aïketh y Enovaïta. ¿Por qué a esos puntos concretos? Porque con ellos manteníamos relaciones cordiales, sabíamos que los recibirían de buen grado, podíamos esperar que no los oprimieran. Era lo único que nos interesaba en esa coyuntura: evitarles la masacre. ¡Y lo conseguimos! El País del Elde no movió un dedo por acogerlos entonces. ¡Haberlos ofrecido! No os habríamos rechazado; porque nuestra prioridad era dispersarlos, cuanto más mejor. Así, si por cualquier imponderable eran perseguidos en un lugar, por lo menos sobrevivirían en otros.

Abatido, mi irreductible interlocutor meneaba la cabeza al objetar:

-En síntesis: Enovaïta obtuvo su protección de manera hartó fortuita, nosotros la hemos perdido por simple distracción, y ahora nos tenemos que aguantar... Fíjate que tus excusas y razones históricas, en nada contribuyen a aliviar las penalidades de los desamparados que contemplaste esta mañana. ¡Y yo creyendo que te preocupaban! Vuelve a considerarlo, Maëdi.

Amagué un descargo: -Pero yo... ¿Quién pensáis que soy?: no más que un marinero raso, ¡simple personal de cubierta! Estas cosas deberíaís negociarlas con los altos representantes de mi empresa, en la Torre de Aïketh.

Él: -¿Crees que no lo hemos intentado? ¡No nos reciben!

Otro: -Reconoce, Maëdi, que podéis ser terriblemente inflexibles cuando os empecináis.

Yo: -Pero, ¿qué esperáis de mí exactamente?

El primero: -Sé nuestro Embajador. Aboga por nuestra causa. Necesitamos la reanudación del comercio con desesperación. Pero más nos urge que establezcáis Comunidades en Axeirra Elde y Laïr. Es nuestra única esperanza de sobrevivir.

El otro: -Además, sería de justicia. Os habéis llevado a nuestros últimos Sorien. ¡Asumid pues, su reemplazo!

¡Esa era una acusación nueva! Vaya si la necesidad no vuelve *creativa* a la gente... Reflexioné unos instantes antes de replicar en voz lenta y baja, no exenta de tristeza:

-Los Sorien... Sabéis que estaban feneciendo como Orden. Estaban acabados: esa era la última generación. En estos momentos y hasta donde sé, solo sobreviven dos, decrepitos y derrotados. Suponiendo que los hubiésemos dejado atrás, no llego a concebir de qué utilidad os estarían siendo. De hecho, ni siquiera sé si los dos que todavía subsisten, proceden del Elde o de ciudades occidentales.

Él: -Incluso así. Legalmente, sois sus herederos! ¿No nos hemos granjeado ninguna consideración merced a ellos?

Yo: -Insisto en que si acaso, deberíais invitar a mis hermanos del Láyed. Porque históricamente, nuestra Orden se expandió siempre a partir de nuestra patria ancestral: de Héilenar acudieron los primeros colonos a ocupar el vacío dejado por los Sorien en Aleyént; de Héilenar vino el Rector Fundador de nuestra Orden en Darei; incluso Maëdi Nyei Leveri partía de Héilenar, a reunir y formar nuevos discípulos en cada ciudad, dando origen sin proponérselo a la Orden Sorian; porque él fue Illei Da'iei Sorian, y era Maëdi de origen, aunque el mundo lo haya olvidado cuando decidió volvernós la espalda. Héilenar es nuestro baluarte: allí nacimos, desde allí nos extendemos. Luego, a ellos deberíais convencer de establecerse en vuestras ciudades.

"Sin embargo -añadí- el Guardián de Qwaïda sigue constituyendo un escollo insoslayable. Ningún Maëdi se arriesgará a asentarse en un lugar, si teme la ira de su Saïri. Veréis: Arinaïlé fue particularmente activo en la persecución de mi gente. Se complacía emboscándonos, triturándonos y manteniéndonos cautivos durante años, sometidos a tormentos infernales, pero prolongando nuestras vidas día a día de manera artificial, para impedimos liberarnos demasiado pronto. Aléyem y Malméniern conservan testimonios espeluznantes al respecto. Entended nuestra situación: puede que vosotros estéis harto arrepentidos de vuestros errores pasados. Puede que estéis ansiosos por dar vuelta la página e iniciar una etapa nueva, signada por relaciones hospitalarias y amistosas. Pero, ¿y qué hay del Saïri? ¿Cómo sabríamos que no persiste en su hostilidad? Él es uno y el mismo, desde entonces y hasta hoy. Y los miembros de las Primeras Razas no son tan volubles como los humanos. Mantienen lealtades y enemistados a través de los siglos, sin mudarlas."

Él: -¿Significa que por culpa del Saïri, ni siquiera lo intentaréis?

¡Pobre hombre!: se lo notaba desesperado y al borde de las lágrimas. Estábamos en un atolladero. Un callejón sin salida. Entendí que les debía alguna muestra de buena voluntad. Haciendo de tripas corazón, me ofrecí a dilucidar esa duda, aún a riesgo de mi vida:

-De acuerdo: iré, lo invocaré y aclararé estas cuestiones en persona. ¡Ya es hora de que Saïrien y Maëdem nos sinceremos! Sólo os pediré encarecidamente, que os mantengáis al margen. Suceda lo que suceda, ¡no intervendréis! No podéis tocar al Saïri: es el protector de vuestro país. Nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia debéis atentar contra él. Ningún enemigo habido o por haber, os podría causar un daño mayor.

Mi público se quedó pasmado. Leí cantidad de reacciones en sus rostros mudos: algunos se estremecían, calibrando el peligro que acababa de asumir sin que nadie me lo pidiese. Otros parecían dudar: quizás cuestionaran la mera existencia de los Saïrien. Nunca faltaron escépticos: siendo los Guardianes de la Naturaleza tan reacios a mostrarse, la gente acaba considerándolos “cuentos de abuelas”, “supersticiones de Sorien y Maëdem”, y así por el estilo. Tú sabes: lo que no se ve, ¡no existe! Pero yo, que temblaba de miedo interiormente, los urgí. Cuanto antes empezar y acabar, tanto mejor. Mis nervios no aguantarían la acumulación de tensión minuto a minuto, día tras día.

-Vayamos ahora mismo. De paso, visitaré el Durrexu Elde Lenn. Solo recordad: os mantendréis *bien* alejados, y suceda lo que suceda, os contendréis. ¡No podéis defenderme contra el Saïri! Es vuestro protector. Haga lo que haga, debéis respetarlo. Nada podría seros más funesto, que alzar un solo dedo contra él.

¡Dicho y hecho!: nos levantamos y partimos... Pero me estoy quedando ronco, y he perdido la noción de las horas que llevo monologando. Dispénsame por hoy, ¿quieres? Continuaré mañana.



Amoretti Hande al Datori...

101
3





¡Hola! Nunca te cansas de escuchar, ¿ah? Pues sigamos por dónde habíamos quedado: me subieron a uno de esos automóviles lujosos reservados a los huéspedes preferentes del Servicio Diplomático, y enfilamos hacia las montañas. Yo iba silencioso y retraído, temblando de pies a cabeza como un condenado a morir en la rueda: atroz tormento que apareja una muerte desdichada, humillante y lenta. Algo así pero peor, creía vislumbrar en mi horizonte. ¡Y ese sería el fin de mis andanzas! ¿Quién me había mandado a salir a conocer el mundo, ah? Con lo bien que estaba a bordo, entre amigos... ¡Qué idea más estúpida! Créeme que me arrepentí, y a lo largo de ese breve trayecto con visos de ir a acabar tan mal, no cesé de fustigarme. ¡Y no sería la última vez!

Entretanto, dejábamos atrás los derruidos cimientos de la antigua muralla, y nos adentrábamos en los vecindarios de extramuros. Avanzando con precaución entre los pedruscos de unos caminos que llevaban siglos descuidados, fuimos dejando atrás el calamitoso panorama del abandonado barrio minero, del que apenas subsistía nada. Hacía tiempo que, castigadas sin misericordia por el viento, la nieve y las lluvias, las viejas casuchas de madera se habían ido pudriendo y desmenuzando hasta no dejar rastros. En comparación, el desértico Durrexu Elde Lenn lucía mejor. Era una ciudad fantasma, cierto; pero casas y talleres resistían incólumes, desafiando los milenios y las vicisitudes sufridas, atestiguando con su muda presencia la superioridad funcional de la recia aunque austera arquitectura Sorian original.

Aribamos a un predio amplio frente a las Sierras, y nos detuvimos. *La plaza del Mercado*, me dije, barriéndola con una mirada curiosa e inquisitiva mientras descendíamos. Las bases de las montañas estaban tan próximas, que casi las podía tocar. Encaré a mi comitiva con rostro adusto, les señalé el extremo opuesto del terreno y les ordené con la mayor firmeza que conseguí reunir:

¡Atrás! Apartaos lo más lejos posible, quedaos sentados y no molestéis. ¡Estáis advertidos! No debéis interferir bajo ningún concepto.

Esperé con aparente tranquilidad a que cumplieran mi mandato, mientras el corazón se comprimía en mi interior. ¡Mi suerte estaba echada! Reprimiendo con brutalidad implacable mi impulso instintivo de poner pies en polvorosa, me planté de cara a las alturas e invoqué al Saïri, recitando el llamado tradicional con voz suave pero decidida:

-¡Maëdi Enuil Nirié, h'saïné Arinaïlé Saïri!

Silencio. Lo intenté por segunda vez, sin alzar la voz ni exteriorizar impaciencia. Un Saïri es capaz de escuchar con nitidez, el más leve susurro producido en sus dominios. Aunque desafíe nuestra intuición, no hay necesidad de gritar para llamarlos... Esa segunda invocación tampoco obtuvo respuesta. Tras una pausa insistí por tercera vez... entonces se materializó: lo vi ir adquiriendo consistencia, sentado de piernas cruzadas con la espalda apoyada en la ladera. Ya corpóreo, me llamó ensayando un ademán amistoso.

¡Un comienzo alentador! Sus modales eran tranquilizadores... por lo menos, lo suficiente como para que me arriesgase a acercarme. Comprende: en el lenguaje simbólico de las Primeras Razas, el acto de recibarte sentado se ha de interpretar como una declaración de no-beligerancia. Eso, sumado al hecho de no haberse atolondrado avalanzándose de manera súbita y arrolladora, venía a sugerirme que el coloso se presentaba en actitud mansa. Recuerda por ejemplo, el célebre caso de Aïnilé, cuando acudió al llamado desafiante de los Saïvirien: tampoco se apresuró a irrumpir a gritos, sino que se materializó sentado entre los pastizales, e inició una melodía...

Aliviado aunque sin descartar cierto grado de desconfianza alerta, me fui allegando con lentitud marcial hasta casi rozar su vestimenta con la mía. Lo miré a los ojos largamente, sin vacilar. Ante mí se sucedieron por centenas, las imágenes pavorosas de los suplicios de tantos Maestros virtuosos, leídos en las crónicas de los exiliados de Aleyént y del Láyed. Me sacudí en un espasmo conmocionado, e incapaz de contener el torrente, me arrojé contra sus piernas plegadas y lloré...

Lloré, lloré, lloré... Oh, ¡si supieras cuánto lloré! Sin darme cuenta al principio, incluso comencé a aporrearlo. Ahora que lo pienso, ¡qué locura temeraria! Tan transido de ira y dolor me hallaba, que no calibraba las posibles consecuencias de mis actos. ¡El Saïri podría haberme triturado como a un insecto! Ni siquiera se me pasó por las mientes. Ciego a cualquier otra cosa, le daba inocuos golpes a las piernas, lo único de su cuerpo al alcance de mis puños, mientras clamaba con desconsolada desesperación:

-¿Por qué, Saïri? ¿Por qué?, ¿por qué?, *¿por qué???*

Él se dejó hacer y esperó... Aguardó en silencio a que yo me serenase. Solo entonces me tomó con suavidad y me alzó hasta la altura de sus ojos, para decime compungido:

-Lo siento mucho, Maëdi. ¡Créeme que lo siento! -y le creí, pues pude ver que él también lloraba-. Sé que merezco plenamente tu odio y desprecio, pero te ruego y suplico: ¡apiádate de mi

desgracia! He tenido siglos para pagar por mis errores y arrepentirme de ellos. ¡Demasiado tarde! Cuando ya no había manera de enmendarlos. Cuando tampoco tenía de quién implorar perdón, o ayuda. Porque desde entonces, mi necedad ha sido castigada con creces, ¡no lo dudes! Y os necesito... No pasa un día sin que mis dominios se sacudan peligrosamente. Los sostengo como mejor puedo, pero a veces las fuerzas que me presionan amenazan partirme el espinazo. Descarga sobre mí los justos reclamos que tú y tu gente hayáis acumulado; los escucharé con contrición. Pero luego, por favor, no te ensañes conmigo. ¡Hagamos las paces!

-La Grieta -empecé yo, sin ocultar mi amargura-: la Grieta se podía evitar, ¿sabes? *Nosotros* estábamos trabajando en eso: en impedir la proliferación de armas letales. ¡Y por eso fuimos perseguidos y expulsados! Aunque no nos engañemos: la intención original fue exterminarnos. La de los Sorien y sus aliados, entre los cuales tuviste el placer de contarte. Solo a duras penas nuestro destino se limitó a una mera expulsión, porque atinamos a huir salvando el pellejo. Las guerras posteriores, la Grieta, la extinción de los Sorien: piensa en cuántas muertes, sufrimiento y destrucción gratuitos podríais haber evitado, con tan solo respetarnos y dejarnos seguir en lo nuestro con silenciosa discreción. ¡Perjuros! Habéis violentado vuestro Condicionamiento Original [prohibición recibida por los Saïrien al momento de su creación, que les vedaba esgrimir su poder contra los humanos]. Y obtuvisteis lo que queríais. ¡Disfrutadlo!

No pude continuar, porque el dolor volvió a doblegarme y lloré otra vez; hasta que me venció el cansancio y me adormecí acurrucado en el puño cerrado del Saïri, que me depositó con delicadeza sobre su regazo. Me despertó el sobresalto ocasionado por una gota descomunal que, cayendo desde las alturas, fue a estamparse de improviso sobre mi cara, empapándola. Me sequé con una manga y me quedé sorprendido, la vista fija en el rostro del Saïri, que se sacudía y lagrimeaba compungido, murmurando con voz entrecortada:

-¡Buena gente!, ¡buena gente! Siempre que tuve el honor de transportar a cualquiera de vosotros, sucedía lo mismo: ¡os dormíais en mis brazos! Oh, ¿cómo pude olvidar esa sensación de placer sublime? ¡Buena gente! Depositabais en mí una confianza tan plena, que os dejabais arrastrar de inmediato al insondable mundo de vuestros sueños, liberándoos por completo a mi arbitrio. El fenómeno solo me ocurría con Maëdem, y jamás dejó de admirarme. Oh, buena gente.... ¡Cuántos siglos desperdiciados!

-Ya está hecho -lo interrumpí con acritud. Descendí deslizándome de su regazo, para volver a plantarme frente a él, firme y de brazos cruzados-. Hemos concedido a las lágrimas y el lamento cuanto cabía conceder. Ahora, seamos constructivos: ¿qué haremos en lo sucesivo?

Inclinó el rostro con expresión de humilde arrepentimiento. Al cabo, respondía con suavidad sumisa:

-Podrías perdonarme, yo te prometería no reincidir y quedaríamos en paz, para reanudar nuestras antiguas relaciones de cooperación y confianza mutuas.

Meneé mi cabeza lentamente, en gesto agobiadoramente negativo:

-Saïri, olvidas que soy Nirié: un humano frágil y mortal, de baja estatura y corta vida. Cometiste tus crueldades y bajezas contra otros que quizás se me parecían, pero no contra mí. ¿Cómo las podría perdonar, si no las sufrí? Y has olvidado también, que estabas juramentado desde tu primer despertar, y violaste el mandato de Alguien más grande y terrible que cualquier criatura viviente. Una vez perjuró, ¿qué garantía me ofrece cualquier promesa tuya?

Mi discurso fue tan inesperadamente severo que, captando de súbito la inmensidad de su culpa, Arinaïlé se vio súbitamente sacudido de espanto; un estremecimiento de tal magnitud que se contagió a sus dominios. Qwaïda temblaba. Desde sus posiciones al otro extremo de la explanada, mi comitiva de diplomáticos y príncipes Eldaané contenía la respiración, y se mordía las uñas con una abrumadora falta de elegancia: incapaces de escuchar o dilucidar siquiera lo que se trataba, temían una catástrofe en ciernes.

-Vale, Saïri -procuré apaciguarlo:- ¡ya está hecho!

El coloso temblaba y lloriqueaba de manera lastimosa, repitiendo sin cesar:

-¡Lo siento! ¡Lo siento! Oh, ¡cuánto lo siento! ¿Qué haré ahora?

Lentamente trepé hasta su regazo, tomé un dedo de su mano posada sobre él, y le dije:

-Abstente de prometer: no tendría sentido ni validez. Pero hazte el propósito interior de demostrar la sinceridad de tu arrepentimiento, con hechos contantes y sonantes. En tu poder está reconstruir y recuperar retazo a retazo, la confiabilidad que en buena ley has perdido. A título personal, yo puedo ofrecerte una oportunidad... -él pareció ansioso por escuchar y complacerme, yo continué- Verás: por lo pronto estoy de visita en Neir. A continuación, espero pasar por Laïr. Pero después... Me ilusiona conocer Dúar. Sabes: el antiguo refugio de mi Orden, cuando se apartó de las ciudades centrales por primera vez. ¿Serás tan amable de transportarme cuando te invoque?

El coloso se sorprendió: a saber qué misión monumental e imposible pensó que le impondría, para que la pequeñez insignificante de mi pedido le asombrase tanto. Casi se pone a bailar de pura alegría, al responder con solicitud:

-¿Sólo eso? Por supuesto. ¡Faltaría más! Será un placer transportarte a dónde quieras, revivir nuevamente aquellos viejos buenos tiempos, recuperar tantas sensaciones agradables perdidas... Créeme: ¡el favor me lo estarás haciendo tú a mí, más que a la inversa!

-Te tomo la palabra -concluí, palmeando amistosamente su rodilla izquierda, tras lo cual volví a deslizarme regazo abajo, me di la vuelta y me fui caminando en dirección a los hombres que viéndome volver ileso, suspiraban aliviados. A mis espaldas, el Saïri se desvanecía en el éter. Entonces, mi comitiva se incorporó de un salto y corrió a mi encuentro en tropel, preguntando atolondradamente:

-¿Y? ¡Cuéntanos!, ¡cuéntanos!: ¿qué pasó? ¿Te agredió? ¿Lo doblegaste? ¿Qué motivó el seísmo?

-Vale, tranquilos... -los aplaqué-. Ya os explicaré...

Y eso hice a lo largo de nuestro trayecto de regreso y durante la cena de esa noche, hasta que exhausto, caí dormido en mitad de una frase. Para la mañana siguiente, mis exultantes anfitriones me habían preparado una ruidosa celebración. Consideraban que habiendo sido exitosa, mi entrevista con el coloso auguraba una nueva era de entendimiento y cooperación mutuos por venir. Y si antes habían sido solícitos, a partir de ese día fui agasajado cual héroe nacional. A dónde quiera lo pidiese era conducido en volandas, y por dónde quiera que fuese, una multitud exultante me vitoreaba esperanzada. Y yo... Yo no acababa de adaptarme a la situación, rayana en el ridículo, en la cual había caído. Evocaba mi infancia de rústico paupérrimo y mi juventud de simple marinero raso; me miraba en la austera simpleza de mi hábito Maëdi, y no alcanzaba a entender la pomposidad exagerada de los lujos y honores con que tantos personajes importantes me festejaban. A mí: ¡a un Don Nadie! Decir que no soy propenso a aprovecharme... Me atuve a mis costumbres sencillas, no demandé atenciones abusivas, continué mis visitas con la mayor naturalidad posible y, tras concluir mis paseos por Neir, hice lo propio en Laïr.

Me acompañaba el mismo profesor como guía e intérprete, convertido en una celebridad por mi causa. Y aunque gran parte de la excursión se echó a perder debido al revuelo que mi presencia levantaba por doquier, por lo menos llegué a conocer el país y a sus habitantes; que a fin de cuentas, tal era mi propósito. ¿Y sabes lo que más me impresionó?: descubrir que en esencia, eran buena gente. ¡Todos hasta ahora, eran buena gente! Los de Enovaïta y los de Anariánt, los de Neir y los de

Laïr: todos. ¡Todos ellos! ¿Por qué entonces se empeñaban en matarse inútilmente los unos a los otros? ¿Por qué? ¿Por qué demonios se combatían? Créeme: hoy soy un Maëdi viejo, experimentado y versado; un Guardián de la Tradición. ¡Y todavía no los entiendo!

Oh... No negaré que exista la maldad. Pero a lo largo de mi periplo y en mis investigaciones posteriores... Los Aléyer en especial, poseen una literatura prolífica al respecto. Así he llegado a confirmar mis observaciones sobre el terreno: la mayoría de los abusos, injusticias y atropellos no se cometen por genuina maldad; sino por descuido, por mezquindad, o incluso por error. En particular, las venganzas originadas en malentendidos. El sujeto más bueno y pacífico puede volverse insensiblemente sádico cuando se cree agraviado, y asistido por la justicia. ¡Qué despropósito!

Pero entretanto, yo visité Laïr, donde Qwaïda alcanza su altura máxima. La ciudad se yergue sobre unas colinas bajas al pie de las Sierras, protegida por un muro imponente y un ancho canal posterior de drenaje, cuyo objeto es desviar hacia el valle cualquier eventual vertido de lava, ya que la zona es volcánica. La solidez de los muros es formidable. ¡Recuerda que tienen tres milenios de antigüedad! Y a diferencia de los de Neir, se han mantenido incólumes a pesar de los siglos, las guerras y los terremotos. Hasta dónde sé, Inaïda ha resultado el más eximio Constructor de entre los Saïvirien. ¡Y nosotros lo tenemos ahora! Si hasta lo vi participar en las obras de Darei... No hay manera humana de calcular la enormidad de la deuda, que los Minéyer hemos contraído con mi abuelo, el Viejo Almirante.

¿Laïr...? ¡Ah, perdona! Ciertamente: estábamos con mi visita a Laïr. Piensa que fue fundada con pretensiones de gran capital. Y al principio lo fue... ¿Cómo se dejó superar y relegar por Neir? ¡Cosas que pasan! La suerte es caprichosa y cambiante. O quizás debería decir, que las acciones humanas son impredecibles y sus consecuencias, imponderables. Sin embargo, casi tan impresionante como la ciudad, lo es el antiguo vecindario de los Sorien: enteramente tallado sobre las altas laderas graníticas, deja pequeño y miserable al tan ponderado Durrexu Elde Lenn. Los Mineros Sorien de Laïr explotaban el hierro, no la plata como sus colegas Neurothien. Eran de complexión más robusta si cabe, y su admirable arquitectura lo atestigua. ¡Qué lástima que ya no estén!

Oh, sí: ¡claro que lo lamento! Y no porque sea un tierno, como te gusta afirmar. Sino porque fueran una gran Orden, e hicieron invaluable contribuciones. Tú misma, que los conociste en épocas más felices: ¿acaso no lamentas su extinción? Piensa en el Emperador Penitente, por citar un caso emblemático: ¿quién habría redimido su alma atribulada, de no haber existido Sorien? Eh... ¿Cómo

dices? Oh... ¡Qué horror! ¡Qué espanto! ¡Tienes razón! Váncur tampoco habría sido lo que fue, el Imperio de Irienir no habría tenido razón de surgir y en suma... ¿quién se figura lo que habría sucedido? Ciertamente: para bien o para mal, ¡podríamos haber tenido una Historia tan distinta! Pero incluso así, es indudable que haciendo un balance general, los Sorien han hecho un aporte positivo a la Humanidad...

No. ¡No! ¡No digas eso! Eso no es justo. ¡Me niego a seguir escuchando!!!





Permiso... Espero disculparás mi atolondrada deserción de la otra vez, y mi sostenida ausencia posterior. ¡Recuerda que soy impulsivo! Y no: no es que me haya enojado. Es que por decirlo de alguna manera, me sacudiste los cimientos, y necesité tomarme una pausa de varios días para recapacitar. Quizás tienes razón, ¿sabes? No en vano los Sabios de mi Orden están tan empeñados, en que jamás reincidirán en el error de fundar nada parecido a otra Orden Sorian. No por ello dejo de lamentarlo. Los conocí ya viejos y resignados, sabes. Seré un tierno si quieres, pero no pude evitar condolerme por su sino. Y todavía me conduelo. Fueron una gran Orden. Nada que digas cambiará mi veredicto. Además y siguiendo tu misma línea de razonamiento, he descubierto que sin la intervención de los Sorien, nuestra Comunidad Maëdi de Darei tampoco habría existido, ¡cuánto menos Hísel-Mineil! ¿Fracasaron? Vale: ¡eran humanos! Lo mismo que yo, que tú, que cualquiera. ¿Qué humano está exento de tropiezos? ¿O acaso jamás cometiste un error que luego lamentases?

¿Que el error fue de Leverí? Eso te lo habrán dicho en Malmeniént... Los Layedem dejaron las Shénelien sembradas de cadáveres en su desesperada huida hacia el Norte. Cuentan que avanzaban día y noche a marchas forzadas, mordidos por la incesante ventisca helada, llorando a voces y cubriendo la memoria de Leverí de airados denuestos. *¿Qué nos hiciste, Leverí?*, clamaban en su dolor. Desde entonces, nunca le perdonaron la involuntaria fundación de la Orden Sorian. Pero aunque comprensible, su encono a posteriori es injusto: él actuó movido por la generosidad, y no tenía modo de prever tan desgraciadas consecuencias. Pero veo que los Malméniem se me adelantaron, han sembrado esa pésima opinión en tu mente, y ya no la desarraigaré... Así que mejor dejémoslo estar, y volvamos a mis andanzas por el Continente Grande.

Te había comentado que mis últimos días transcurrieron en furor de multitudes. A tal extremo, que adelanté abruptamente mi salida de Laïr... Dicho de manera franca y directa: estaba hastiado; necesitaba descansar. A fin de cuentas soy un Maëdi, y aunque de natural sociable, requiero mis momentos de recogimiento, silencio y reflexión. Y de eso había estado escasísimo desde mi captura en Qwar. Avisé pues de mi partida y me llevaron en volandas, como ya era habitual, hasta la falda de las sierras. A continuación, más por temor que por indicación mía, retrocedieron y permanecieron contemplando la escena desde la distancia. Por mi parte invoqué al Saïri que según lo convenido,

pasó a recogerme. Mientras iniciábamos el cruce de las montañas hacia el valle de Dúar y tras las formalidades de rigor, aproveché para reanudar nuestras cuestiones pendientes, ya desde un ánimo más distendido que en nuestra entrevista anterior. Le dije:

-¿Sabes, Saïri? Hay todavía un par de cuestiones que requieren tu intervención. Verás: he emprendido un viaje de exploración, con la intención de conocer el mundo. Bueno... te seré sincero: ya no estoy tan seguro de que aún lo quiera conocer. Pero estoy embarcado en esta aventura, y la continuaré hasta el final. Sin embargo, dudo que pueda llevarla a término sin ayuda de tus hermanos. Y ese es mi primer inconveniente: no sé cómo reaccionarán a mi presencia. Y constituye también mi segundo problema: he notado que allí donde voy, la gente reclama nuestro 'regreso'. Ve tú a explicarles que difícilmente podamos 'regresar' a dónde nunca estuvimos... Ellos nos consideran una versión "silvana" de la Orden Sorian. Así que si antaño tuvieron Sorien y ahora no, nosotros deberíamos llenar el vacío. Eso es más dudoso de lo que se figuran: *nosotros* somos Minéyem. Quiero decir: yo soy un marinero, mi hogar está en el mar, y mi patria en el Continente Pequeño, allende el océano. Ni yo ni mis compatriotas nos sentimos ligados al Área Central. Si acaso, habrá que solicitar que los Layédem tengan a bien ocupar esos huecos. Pero tampoco lo harán si temen despertar la oposición de tus hermanos. Esto hay que aclararlo, cuanto antes mejor. ¿Podrás negociarlo por mí?

Arinaïlé suspiró.

-El Continente Pequeño... -susurró con dolida melancolía- ¡Os habéis marchado tan lejos! La gente tiene razón: os necesitamos de regreso. Traeríais bendición, quizás incluso sabríais mediar entre las naciones y mitigar sus conflictos. El Área Central no ha conocido un instante de paz desde que la dejasteis huérfana. No me malinterpretes: ¡no os culpo! Ni por un instante cese de tener presente mi propia contribución criminal a vuestro abandono. Solo procuro expresar hasta qué punto entiendo a tus anfitriones, y comparto su criterio. Porque es cierto: no solo los Sorien han decaído hasta extinguirse; el Continente Grande en general, y su Área Central en particular, no hacen más que agostarse y fenecer, dondequiera persistís en vuestra ausencia. Incluso estando en guerra, allí donde habéis establecido Comunidades, ¡son más ricos y felices! En las Neku resalta con chocante nitidez: no solo están enemistadas entre sí y con sus vecinos, sino que además viven aquejadas por luchas intestinas de facciones políticas y clanes militares. ¡Y sin embargo prosperan, gracias a la renovada presencia Maëdi! Es increíble lo que vuestra gente es capaz de conseguir. Habría que estar ciegos para no percatarse. En consecuencia, supongo que no me equivoco al afirmar que a estas alturas, la

inmensa mayoría de mis hermanos estará tanto o más arrepentida que yo. Lo conversaré con ellos mientras te detienes en Dúar. Espero tener una respuesta para cuando pase a recogerte.

Escuchado esto, me acurruqué en sus brazos arrebujándome entre los pliegues de su manto, y me dejé vencer por el cansancio durmiéndome al instante. Iba en sueño de restauración profunda; un estado bastante próximo a la suspensión anímica. Por eso, concluido el cruce horas más tarde, al Saïri costó denodados esfuerzos despertarme. Entiende: por una parte, debía vocear y sacudirme si quería devolverme a la realidad consciente. Pero por la otra, temía mostrarse brusco o agresivo. Así que en eso estuvo: zarandeándome con suavidad y gritando en susurros hasta que abrí los ojos. Desperté de un humor inmejorable, risueño y chispeante. ¡Esas horas de sueño reparador me habían beneficiado tanto! Agradecí sus atenciones exhibiendo una amplia sonrisa y, una vez me depositó en tierra, ensayé ante él una ampulosa reverencia al mejor estilo Saïri; esto es, una intrincada sucesión de malabares y piruetas que lo hizo prorrumpir en sonoras carcajadas. Feliz de haberle alegrado el día, lo despedí con gesto amistoso y le di la espalda, descendiendo el valle selvático en dirección a su lago central.

Fueron horas y más horas de caminata tranquila bajo la espesura. Buscaba las ruinas del asentamiento Maëdi que, sabía, debería ser capaz de hallar en las tierras bajas, frente a Gah'a. Pero mi búsqueda fue estéril. Dediqué días enteros a peinar el terreno a conciencia, infructuosamente. Por fortuna estábamos en pleno verano, así que la falta de refugio no me afectaba.

¿La estación del año? Perdona si no la mencioné antes, pero se infería con tanta facilidad que la di por sobreentendida. ¡Hagamos cuentas! Sabes que cumplo años al principiar la primavera. Y sabes que mis doce los festejé a bordo, en mi primera travesía. También sabes que mis contratos duraban casi medio año, y los renovaba de inmediato cada vez; sabes cuántos firmé y cumplí... ¡Cuéntalos! fueron diez en total. Acababa de cumplir diecisiete años cuando desembarqué en Aïketh, iniciando mi periplo. Luego, en Hísel-Minei empezaba la estación primaveral. Pero tras tantas vicisitudes, al ingresar en Dúar me acercaba a mitad del verano. Fue una circunstancia harto favorable, porque salvo el manto de hojarasca perpetua o la nutrida maleza, no había dónde resguardarse. Tras el paso de un milenio y falta de atenciones, la edificación Maëdi se había ido desintegrando paulatinamente hasta desaparecer, carcomida por la erosión natural y engullida por la selva. No olvides que en el valle, se había construido en madera. No como en las tierras medias y altas, donde se asentaron los Sorien. Dado que ellos edificaron casas y Academias aprovechando la piedra que retiraban de las

montañas al tallar en ellas sus construcciones más osadas, calculo que aquello debe subsistir, como han sobrevivido sus modelos más antiguos de Laïr y Neir. En cualquier caso, yo no fui a verlo.

Tras una semana dedicada a la búsqueda infructuosa me di por vencido, encaminándome al Norte, de regreso a las montañas. Iba aplastado por el desánimo, lamentando aquel retazo de Historia Maëdi borrado de la superficie para siempre. Acudiendo a mi invocación días más tarde, el Saïri se apenó al notar que lagrimeaba melancólico. Me alzó con delicada dulzura y me dio unas inusitadamente suaves palmadas a la espalda mientras me consolaba. Es increíble, isencillamente admirable lo extremadamente sutil que un Saïri puede llegar a ser, cuando se lo propone! Le sonreí con gratitud, entonces preguntó:

-¿A dónde quieres que te lleve? -A lo cual respondí:

-Deseo conocer Qweillir en Evnir; he leído descripciones maravillosas de ese lugar. Y a propósito: ¿cómo fueron tus pesquisas entre tus hermanos?

Él: -Mejor de lo que esperaba. Ni uno solo mantiene su pretérita beligerancia. ¡Al contrario! No ven la hora de toparse con cualquiera de vosotros, a fin de suplicar la reconciliación. Somos conscientes de que también vosotros habéis bebido vuestra copa de amargura, pero creednos: nosotros tampoco nos hemos liberado. Incluso siendo justo, el castigo nos ha conmocionado y continúa afligiéndonos. Luego, donde quiera que vayas hallarás a mis hermanos solícitos y bien dispuestos. ¡Cuenta con ello!

Yo: -¡Gracias, Saïri! Acabas de liberarme de un peso colosal. Condúceme entonces en dirección a Usqwaïth y entrégame a su Guardián. Prefiero realizar esta etapa en solitario, apartado del bullicio y los reflectores...

Él: -¡Como gustes!

Y me condujo con feliz entusiasmo a grandes trancos, brincando de cúspide en cúspide a la velocidad del viento, para descender las serranías antes del crepúsculo. Entonces, mal que me pesase, nos tuvimos que detener.

-Hay gente en el valle -me explicó con sáïrica timidez-; no debo dejarme ver. Será mejor esperar aquí y continuar más tarde, amparados en la oscuridad profunda y con el terreno despejado.

Asentí con un gesto y tras encender un fuego y poner agua a calentar, me senté a beber té con galletas, mientras dejaba transcurrir las horas meditando despreocupadamente. La noche envejecía cuando Arinaïlé volvió.

-¡Ahora es el momento! -anunció triunfante-: la gente duerme, y nadie nos verá.

Dicho lo cual me alzó nuevamente con cariño, me cobijó como una gallina a sus polluelos entre los pliegues de su manto, y reemprendió su briosa carrera a grandes trancos. Un par de horas más tarde, nos deteníamos a los pies de las bajas serranías carboníferas, y Arinaïlé invocaba a su hermano. Ausqwilé, resultó llamarse, y venía con el pétreo rostro bañado en lágrimas. Temblaba con reverente contrición al acogerme en sus brazos e iniciar la marcha en la dirección solicitada. A lo largo de las jornadas siguientes, no le escucharía articular nada inteligible fuera de compungidos *"buena gente"* entre pesarosos gemidos de arrepentimiento tardío. Y por más que lo intenté a conciencia, no conseguí curarle las lágrimas. ¡Al contrario! Tuve que desistir, porque cuanto más me empeñaba en consolarlo, con mayor desdicha se lamentaba él. ¡A saber las toneladas de delitos sangrientos que el coloso estaría cargando a sus espaldas! Casi me alegré de haber arrojado mis furibundas diatribas contra Arinaïlé y no sobre este otro Saïri, al parecer mucho más culpable... lo menos resistente!

A los dos días me depositaba con delicadeza en la falda oriental, hacia el extremo Norte de sus dominios, prácticamente a los pies del viejo castillo señorial, una de las atracciones que me proponía visitar. Conocía detalladas descripciones del área merced a la antigua leyenda de Lútheltehr, todavía muy popular entre los exiliados de Darei. Claro que las descripciones provienen del fin de la Edad Imperial, hace casi dos mil años... Pero aunque no lo creas, me sorprendió agradablemente descubrir que en ese paraje apartado, el paisaje apenas sí había cambiado.

Más tarde sabría que en realidad, lo contrario había sido cierto: había sufrido severas y sucesivas mutaciones a lo largo de los siglos posteriores, hasta que un intelectual renombrado reconsideró el valor histórico de la vieja fortaleza y su entorno. A partir de entonces, los gobiernos invirtieron grandes esfuerzos de restauración minuciosa, hasta obtener ese delicioso efecto, que genera en el turista la falsa impresión de que *"aquí nada se ha tocado, aquí nada ha cambiado, aquí el reloj del Tiempo se ha detenido con la caída del Imperio."*

El antiguo castillo señorial se yergue sobre la cima aplanada de una montaña poblada de arboledas. Se accede a él ascendiendo una angosta senda espiral, que va dando vueltas desde su base y hasta acceder a las puertas de la fortaleza. Fue pensado para ser un camino expuesto, facilitando la defensa de la plaza. Ahora es un museo, una concurrida atracción turística. Pero intentar el ascenso por la senda me habría expuesto tanto o más que a cualquier atacante de antaño, a miradas incómodas que prefería evitar. Así que acometí el asalto por la ladera.

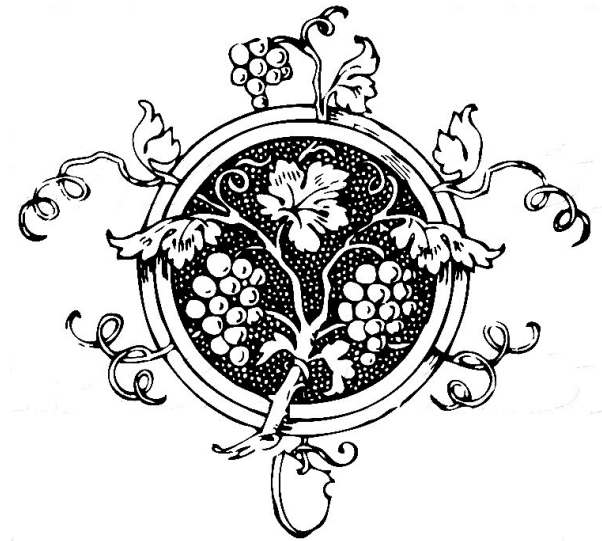
Bosques espesos cubren el área, los riscos y los valles en una amplia extensión. Ideal para camuflarme y pasar desapercibido con mi hábito Maëdi. Subía saltando entre los troncos a ágiles brincos, imitando la destreza Säiri que ya observara en Arinailé y su hermano llorón, Ausqwilé; aunque en mi caso, no la adquirí de ellos sino antes, de las oficiales de seguridad de a bordo. Sólo cuando mi ruta en línea recta se cruzaba necesariamente con la senda despejada, aguardaba unos instantes agazapado tras los últimos árboles de las lindes, para mirar y escuchar con atención. ¿Vía libre? ¡Adelante!: abandonaba mi escondrijo a la carrera, cruzaba el camino más raudo que una flecha y volvía a internarme presto, perdiéndome entre el verde forestal, continuando el siguiente tramo ascendente.

Para el mediodía había conquistado la cima y, buscándome un refugio discreto entre las rocas que sustentaban las bases de los muros, lejos del concurrido y vigilado acceso general, me senté tranquilo a respirar el aire puro en profundidad, a descansar y disfrutar del soberbio panorama. A mis espaldas, amén de las frías murallas enmohecidas y el elegante castillo de torres blancas, se alzaban las serranías. A mis pies se extendía la foresta hasta la Gran Cornisa, la larga falla natural que funge de límite entre las tierras de Usnir y las de Evnir. Según los relatos que nos llegaron de antaño, el río Ernäineh' se despeña por la pared rocosa, formando una preciosa cascada de aguas aturquesadas, que la gente llama Cortina Esmeralda: otra maravilla inspiradora que me proponía explorar.

Me había adormecido masticando indolente el cabo de un yuyo silvestre, cuando un insistente ruido de motores me devolvió bruscamente a la realidad. Palidecí, acurrucándome instintivamente en mi sitio mientras buscaba el origen de lo que parecía ser una amenaza. ¡Y no me equivocaba! Enseguida lo pude ver, prácticamente sobre mi cabeza, volando en amplios círculos como si buscara algo: ¡un helicóptero horrible! Sin pensarlo dos veces me lancé ladera abajo, corriendo desbocado aún a riesgo de causar una avalancha y salir despedido con el derrumbe; dudosa aventura que podría haberme dejado aplastado y con la osamenta pulverizada.

Aturdido por la sensación de peligro inminente, corrí tan raudo que pronto estaba a los pies de la montaña y proseguía mi huida, alejándome al amparo de los bosques en dirección al Este. Sin embargo, mi conciencia de la amenaza aumentaba en lugar de decrecer con cada paso. Sin detener mi carrera, intenté explorar la zona echando mano de mi técnica de Conciencia Extendida. No hubo caso: nunca llegué a ver a mis potenciales agresores, ni con mis ojos físicos ni con el Ojo de mi mente. Pero algo más arcaico y rudimentario en mi interior, una intuición ensordecedora los percibía con

creciente nitidez, estrechando el cerco de manera inexorable. Hice un último empeño denodado por redoblar mi velocidad a fin de escapar a la emboscada, pero ya era tarde. Un dardo certero se clavó en mi pecho y me hizo caer, atenazado por la angustia, paralizado de terror. La enormidad del inútil esfuerzo realizado en los últimos minutos se cobró entonces su precio: entre la náusea, los mareos y la extenuación me retuvieron indefenso en el suelo hasta quebrar mi última resistencia. Entonces ya no vi ni oí más nada.





Jajaj... ¡No pongas esas caras, mujer! A fin de cuentas, si estoy aquí contándote, es que tampoco fue tan grave. Como pronto sabrás. Porque un par de horas después despertaba, con la sensación ardiente de algún líquido recientemente vertido a través de mi garganta, y que había dejado su rastro de fuego en su recorrido a lo largo de mi esófago. Evidentemente, un antídoto contra la ponzoña del dardo que antes nublara mis sentidos. ¡Y muy efectivo, por cierto! Abriendo los ojos, recuperé al instante la plenitud de mi vitalidad y con ella, la sensación de apremio, como si continuase envuelto en la interrumpida situación de huida. Hice ademán de levantarme de un salto para salir corriendo, pero muchos brazos me retuvieron con firmeza, sin llegar a ser agresivos. La gente a mi alrededor reía divertida, y yo me sentía aún más miserable. Todavía los consideraba enemigos, y temía lo peor. Por fortuna, no demoraron en disipar mis dudas:

-Buenas tardes, Maëdi, y perdona la rudeza de la recepción -dijo uno.

-Aunque te hemos salvado la vida, sin duda -añadió otro.

-En efecto -confirmó un tercero. Varios rostros se mecieron afirmativamente, en apoyo de la insólita aseveración.

Los miré con estupor. Hablaban la Lengua Säiri, por supuesto, pero no parecían profesores, sino importantes personalidades políticas y militares. Me sentía terriblemente incómodo: debía decir algo, pero con tantos interrogantes pendientes no sabía por cuál empezar. Estaba por ejemplo, la cuestión de mi captura: parecía premeditada. ¿Realmente me habían estado buscando? Y sin embargo, a medida que me serenaba empezaba a percibir la más absoluta ausencia de hostilidad. Entonces, ¿para qué? ¿Y a qué venía esa pretensión, tan jactanciosa como ridícula, de haberme “salvado” de un disparo? Aunque nada me sorprendía tanto como ese dominio generalizado, de la Lengua Säiri.

-Creo -acabé mascullando, ceñudo y contrariado-, que merezco una explicación.

Nueva explosión general de hilaridad. Yo me empecé a exasperar.

-Hombre, Maëdi, ¡no te pongas así! -me dijo uno con semblante afable- Pareces un volcán a punto de entrar en erupción... ¡Mírate! -Y me plantó un espejo ante las narices.

Vaya... ¡No me reconocí! Era la viva encarnación de la ira; un monstruo terrible preparándose para saltar y devorarlos. Me quedé contemplándome azorado y, cuando mi público estalló en una tercera carcajada sonora, me plegué a ellos espontáneamente.

-Tienes razón -reconoció otro, una vez aplacadas las risas-: recibirás cuantas explicaciones desees, pero no aquí. ¡Eres nuestro huésped de honor! Así que adelante: acompáñanos por favor, y ten la bondad de compartir nuestra mesa. Entonces nos complaceremos en satisfacer tus dudas con mayor distensión.

Los seguí pues a un salón contiguo, que parecía el comedor de un cuartel. Extraña hospitalidad, la de mis anfitriones... Nada aquí tenía demasiado sentido. Las contradicciones parecían ser un hilo conductor tan persistente en sus acciones, que quizás ni se apercebían del despropósito de sus palabras y hechos tomados en conjunto. Pese a la lobreguez castrense del recinto, la recepción fue pródiga: torrentes de bebida fueron vertidos sobre montañas de comida. También aquí, el cálculo premeditado clamaba a voces: cada plato exhibido parecía especialmente preparado en base a mis preferencias. No había ni un solo ingrediente que pudiese rechazar por "exótico", "excesivamente elaborado", o cualquiera de las excusas esgrimidas en mis anteriores andanzas. Volví a pasear una mirada atónita en derredor. ¡Y se renovaron las carcajadas! Ni siquiera nuestros ingenieros son tan ruidosos...

-Perdona, Maëdi -se excusó uno-. ¡Es que jamás habíamos visto a nadie tan expresivo! Si pudieses verte a cada instante, también tú reirías con nosotros.

-¿Pero qué muecas os hice esta vez? -pregunté azorado.

-Déjalo, déjalo: no queremos incomodarte -replicó él, recuperando cierta compostura-. Nos alegra contar con tu presencia, ¿sabes? Empezábamos a desesperar de conseguirlo, y eso nos tenía a muy mal traer... El mero hecho de haberte encontrado nos ha puesto los ánimos por los cielos. No te extrañe pues, que la menor tontería nos haga reír.

Era mi oportunidad para resolver la cuestión que más me incomodaba:

-Luego, ¿me estuvisteis buscando deliberadamente? ¿Pero cómo sabíais de mi existencia, o que pasaría por aquí?

Las miradas de mis anfitriones se clavaron con unanimidad en cierto hombre: por su aspecto y modales parecía un alto mando militar; y evidentemente, los demás esperaban que respondiese en representación del grupo.

-Sí: claro que sabíamos de tu existencia, y tus intenciones de visitarnos. Obviamente, merced a las noticias transmitidas por nuestros espías. ¡Oh! Eso es normal -añadió entre risas traviesas, viendo mi desconcierto-: nosotros los tenemos allí, ellos los tienen aquí. Por supuesto, nosotros procuramos identificar y neutralizar a los suyos, y ellos hacen lo propio a su vez. Pero es inevitable: por cada espía que interceptas, posiblemente haya dos o tres más que consiguieron burlar el radar. Lo cual no nos exime de intentar ambas cosas: saturarlos a ellos de informantes a nuestro servicio, y liberarnos aquí de sus infiltrados. Así que es cierto: te esperábamos con ansiedad, teníamos los posibles accesos occidentales permanentemente custodiados, pero abandonaste Laïr y sin embargo, no ingresabas al territorio nacional por ninguna parte. Pasó un día, y otro, y otro más, y seguíamos sin novedades. Empezamos a desesperar, pero nos negábamos a desistir. Así que incluso una semana después, cuando las posibilidades de éxito parecían agotadas, seguíamos buscándote con tesón. Además, teníamos la certeza de que tampoco habías arribado a otro lugar... Luego, debíamos ser pacientes y no bajar la guardia. ¡Y hete aquí! La coronación de nuestra constancia. Un brindis por ti: ¡a tu salud!

Y se zampó un vaso de whisky de un trago.

-¿Y se puede saber -continué yo-, a qué viene esa descabellada pretensión de haberme "salvado", al derribarme tan gentilmente de un disparo? ¡Si casi me matáis del puro susto!

El hombre cesó de reír, adoptando un semblante lúgubre al decir:

-Escucha, Maëdi: esto es serio. Nos hemos tomado nuestro tiempo para averiguar cuánto quisimos acerca de ti, tu historia, personalidad, gustos y costumbres. En consecuencia, podemos comprender tu aturdimiento y falta de adaptación. Tú vienes de una tierra bendita, apartada y segura que solo conoce la paz, resguardada por un océano aliado que preserva vuestros intereses. Tú llegas habituado a los amplios horizontes de unos mares infinitos que consideráis vuestros, que os sentís con pleno derecho a surcar sin intromisiones. Y de súbito penetras aquí, en el Área Central, imbuido de tus sencillas costumbres Maëdem, y esperas recorrerla a tus anchas, con la misma naturalidad con que navegas tu océano. ¿O acaso los miembros de tu Orden no fueron reconocidos viajeros itinerantes, desde tiempos inmemoriales? Y no te falta cierta porción de razón: hoy en día, habría que ser un grandísimo imbécil para conservar cualquier animadversión hacia vosotros. En mi opinión, ni siquiera los Monjes Negros se atreverían ya a denostarnos. Y sin embargo, ¡no puedes permitirte el lujo de olvidar que estamos en guerra!

-Yo no estoy en guerra -mascullé con expresión de fastidio.

-Cierto: tú no estás en guerra, ni nadie lo está contigo. Lo cual no desmerece un ápice al hecho de que las fronteras son peligrosas, que constituyen áreas disputadas y zonas de conflicto, y que no puedes merodear de aquí para allá con negligente despreocupación, confiando en que tu hábito Maëdi bastará para protegerte de las balas. Ese error juvenil, por poco no te cuesta la vida en Qwar, ¡pero no aprendiste! Entiende: no hay manera de cruzar la Gran Cornisa solapadamente, como al parecer pretendías, y vivir para contarlo. Te habrían abatido apenas intentarlo. Es más: posiblemente habrías recibido una balacera tan nutrida y desde tantas direcciones simultáneas que, para cuando nadie comprendiese el error, ya no tendría remedio.

-¿Pero por qué me abatirían? -insistí.

-Porque es una frontera altamente conflictiva -respondió-, y muy vigilada. No existe la menor posibilidad de escabullirse por ella sin ser instantáneamente detectado. Pero además la tensión que se vive en ella es tal, que nadie te daría el alto siquiera. Primero disparan; luego se aproximan a investigar y elevan el parte.

-En ese caso -pregunté azorado-, ¿cómo continuaré mi periplo?

Se recostó distendiéndose contra el respaldo de su silla al replicar con sencillez:

-Habrá que concertar tu cruce ordenado de la frontera. Solo en caso de negativa, deberías ver de modificar tu ruta. Pero dudo que sea necesario: ellos estarán tan ansiosos de recibir tu visita, como lo estábamos nosotros.

Enmudecí desanimado, digiriendo su discurso y calibrando su significado inmediato: adiós a las exploraciones solitarias en áreas salvajes, "a la antigua". Nuevamente volvería a verme apabullado de continuo por multitudes de curiosos parlanchines, de los cuales posiblemente, no hallaría modo de desprenderme... ¿Hasta arribar sano y salvo, si es que lo conseguía, al Láyed? ¡Qué perspectiva irritante! Casi me largo a llorar de pura frustración. Incómodos, mis anfitriones se debatieron entre el impulso de reír y el de consolarme. Reprimieron el primero a duras penas, aplicándose a lo segundo:

-Vale, hombre: disculpa nuestra rudeza. Nos sentíamos obligados a amonestarte, ¿sabes? Pero solo por tu bien. A estas alturas, conmueve topar a alguien como tú: tan ingenuo, tan ajeno a las maldades y amenazas de este mundo. ¡Debíamos prevenirte! No hacerlo, habría sido criminal.

¡Ajá! Era mi oportunidad plateada de expresar otra de mis incógnitas:

-Y me dirás que os tomasteis tantas molestias... esto de vigilar fronteras y caminos en pos de mí durante una semana y media, ¿tan solo para prevenirme del riesgo de cruzar la Cornisa a ciegas?

-Oh, no. ¡Claro que no! -reconoció con inmediata franqueza-. A ese empeño se sumaba nuestro deseo imperioso de conocerte y hablar contigo.

-¡Conmigo! -repetí incrédulo. Él insistió:

-Comprende: tú no eres tú; sino el primer representante de tu Orden que pisa estas tierras, *en siglos*. Necesitamos entablar un diálogo formal con vosotros, *con urgencia*. Tú eres pues un embajador providencial, cuyo paso fortuito por nuestro territorio, no podíamos permitirnos desaprovechar.

¡Ya estábamos con eso otra vez! Intenté protestar:

-Pero si yo...

Un coro de voces teatrales me interrumpió, completando la frase en mi lugar:

-Sólo soy un marinero raso, ¡simple personal de cubierta! -tras lo cual prorrumpieron en sonoras carcajadas.

-Esos espías vuestros, son *demasiado* buenos -mascullé contrariado. La hilaridad general se redobló. Yo estallé: ¡ya basta! ¿Qué maneras de tratar con un *embajador*, son esas?

Y aunque no lo creas, mi reclamo surtió efecto. Lógico: si querían que los tomase en serio, deberían tomarme en serio a su vez. Las disculpas más compungidas llovieron desde todos los ángulos, tras lo cual procuraron mostrarse más sobrios, a pesar de que algunos rostros empezaban a acusar los efectos de la bebida. Yo aproveché mi oportunidad de lanzarles mi última cuestión:

-Bien. Y ahora que habéis recobrado la compostura, me gustaría saber: ¿cómo es que del primero al último, habláis la Lengua Saïri?: ¿es vuestro idioma oficial, o qué?

-Ah, no. Nada de eso -contestó uno que sí parecía profesor. Los demás apoyaban su discurso con gestos afirmativos: piensa que estás reunido con las élites del país. Hemos asistido a las escuelas más prestigiosas y a las mejores universidades. Y en el ámbito estudiantil, las Fraternidades Soriánicas continúan siendo muy populares. Nosotros, sin ir más lejos, nos hemos codeado desde nuestra juventud en la misma logia: constituíamos un grupo particularmente cerrado y selecto.

Las Fraternidades Soriánicas... Vaya... ¡Las había olvidado! Fue mi turno de reír con ganas: lo cual pareció complacerles, pues venía a borrar el agrio efecto de mi irritación inicial. El resto del coloquio se desarrolló en los términos previsibles. Por supuesto, mis anfitriones estaban desesperados por conseguir la fundación de una Comunidad Maëdi en su Capital y además, de establecer relaciones comerciales con nosotros.

-¡Imposible! -objeté-: estáis situados demasiado al interior del Continente; carecéis de acceso al mar.

-Oh, ¡disculpa! -aclararon- nos referimos a tus colegas de Héilenar. ¿O no son tan Maëdem como tú?

Yo: -Por supuesto que lo son, pero... ¿acaso os niegan el comercio?

Ellos: -No exactamente. Pero mira el mapa y compruébalo: estamos rodeados de enemigos. Es imposible establecer comunicaciones terrestres fluidas y seguras para el tráfico comercial. Por una parte, porque las líneas férreas suelen ser sistemáticamente bombardeadas. Y por la otra, ¡porque ningún enemigo consentiría el paso de mercancías con destino a nosotros, a través de su territorio!

Yo: -Un momento... ¿Y cómo esperaríais que solucionásemos esa cuestión?

Ellos: -¡Muy sencillo! Que tus hermanos de Héilenar, imiten vuestra política. ¿No monopolizáis vosotros el comercio marítimo internacional, garantizando así el imparcial aprovisionamiento de todas las partes en pugna? Pues lo mismo ellos, deberían asumir el control del comercio terrestre, adquiriendo y regentando los ferrocarriles. Si la red ferroviaria del Área Central al completo pasase a manos Maëdem, se volvería tan inviolable como vuestros navíos: ¡nadie se atrevería a atacar un convoy, exponiéndose a represalias comerciales! Ya hemos visto con qué inflexible ferocidad sabéis defender vuestros derechos...

-Esa será pues, tu embajada -completó otro-: una vez arribado a tu patria ancestral conversa con sus Rectores: ¡transmíteles nuestras inquietudes! Pues nosotros nos vemos confinados en nuestros límites. Héilenar es prácticamente inalcanzable, deberíamos atravesar una increíble vastedad de territorio enemigo a fin de pisar sus lindes, e incluso así: ¿quién nos garantiza el éxito? Aventurarse a una expedición diplomática hasta ese país tan remoto, constituye una empresa demasiado arriesgada e incierta para cualquiera.

Me demoré por lo tanto en aquel cuartel tan poco acogedor, mientras aguardaba con paciencia resignada que los mandos militares de uno y otro lado, concertasen mi tránsito ordenado por la peligrosa frontera. De paso, alcancé a informarme también respecto a las razones de la querella. Eran tan sencillas como que Usnir reclamaba la Cornisa como frontera mutua, mientras Evnir pretendía situarla en el curso medio del Río Leimu. Cada cual contaba además, con su propia batería de antecedentes históricos incuestionables, en la cual sustentar sus pretensiones. De ahí, que los Usnirothien invirtiesen tan celosos empeños en evitar que nada se filtrase a través de ella.

Días después llegó mi autorización, y partí escoltado al encuentro de la enorme falla escarpada, lamentando interiormente que lo mejor de mi aventura planificada, se fuese a acabar agriando por culpa de esa inoportuna injerencia militar. Más milicianos me aguardaban en la Gran Cornisa: los de Evnir arriba, los de Usnir a los pies. Entre unos y otros, habían montado un curioso modelo de "ascensor portátil", a fin de permitirme descender con comodidad. Por el camino, mis anfitriones se habían despedido advirtiéndome que posiblemente, sería recibido con cierto recelo.

-Sé paciente y comprende -decían-: por una parte y a semejanza nuestra, desearán conquistar tu simpatía. Pero por la otra, es previsible que al principio se mantendrán distantes y recelosos: ¿y si pese a las apariencias, eres un agente solapado a nuestro servicio? En tanto no consideren satisfactoriamente aclarado este punto, deberás tolerar alguna que otra reticencia suspicaz.

De pie al borde del acantilado, era yo quien contemplaba aquel artilugio improvisado con suspicaces recelos, meneaba la cabeza y me negaba con copística tozudez a entrar en el cesto metálico. Mis custodios de arriba y los receptores de abajo se empezaron a impacientar. Cuando parecían a punto de ponerse violentos, les dije en tono suplicante:

-Por lo menos esta vez: dejadme hacer las cosas *a mi manera*, ¡por favor!

Entre grandes aspavientos, mi dicho les fue comunicado a los que aguardaban al pie del acantilado. Nadie podía saber a qué me refería, pero unos y otros ansiaban acabar el trámite, así que sobreponiéndose a sus dudas, asintieron. Entonces tomé impulso... ¡y salté al vacío!

Ah... ¡No te das idea de lo maravilloso que fue! Es lo más parecido a la sensación de volar, que puedes experimentar. Aplicaba una técnica de "antigravedad" aprendida de las oficiales de seguridad de a bordo, pero era la primera vez que la practicaba saltando desde semejante altura. Me dejé caer muy lentamente, casi como si flotase. De vez en cuando "nadaba hacia arriba", impulsándome con los brazos en mi intento por prolongar la experiencia al máximo. En la cúspide y a los pies de la Cornisa, mi público circunstancial me contemplaba boquiabierto, extasiado: si por aquellas casualidades de la vida, alguien conservaba la menor duda respecto a mi identidad Maëdi, ya la había disipado. ¡Ni los Sorien habían realizado semejantes proezas! Pese a haber sido desarrollada en los albores del Imperio de la Virtud, los secretos de esta técnica jamás había trascendido los herméticos límites institucionales de nuestra Orden.

Una salva de aplausos y vítores celebró con entusiasmo mi sutil aterrizaje. Con su atención plenamente concentrada en el espectáculo, unos y otros parecían haber olvidado incluso, que eran

enemigos mortales separados por una frontera letal. Agradecí el agasajo con ampulosas reverencias al mejor estilo Saïri, despertando gloriosas carcajadas compartidas, y me volví a mis nuevos anfitriones preguntando con pasmoso desparpajo, mientras señalaba al Sur:

-Bueno: ¿vamos allá?

Los soldados me miraron desconcertados:

-Allá... ¿Qué hay allá?

-¡La Cortina Esmeralda! -repliqué exasperado. La verdad: ¿quién en la región podía ignorar la inolvidable existencia de tal maravilla?

Usnir había enviado a mi encuentro un grupo selecto, no solo por ser comandos de élite, sino porque un tercio dominaba la Lengua Saïri. Podía pues, entenderme con ellos. Incluso así, ponernos de acuerdo no era fácil: a cualquier sugerencia mía se detenían en seco, procuraban disuadirme primero y, si me obstinaba, entonces suspiraban diciendo: *no hemos recibido autorización para eso; debemos consultar*; tras lo cual se comunicaban por radio con sus jefes. Eso hicieron. Momentos más tarde, reconocían malhumorados:

-De acuerdo: vamos. Nos han autorizado.

Y allá fuimos: una caminata tranquila siguiendo la pared de piedra bajo la sombra de los árboles, de media hora a lo sumo; tras la cual alcanzamos la horilla del pequeños embalse natural que ha ido a formarse a los pies de la cascada. Bajo los riscos, apenas asomando por encima de la superficie lacustre, una larga hilera de grandes piedras redondeadas resbaladizas y traicioneras, de aspecto lustroso y ennegrecido de moho y líquenes, conducía hacia su oculta "cámara posterior". Liberando una espontánea exclamación alborozada, me descalcé y corrí sorteando los pedruscos con agilidad, hasta alcanzar la Cortina sin vacilaciones. La traspuse de costado sin mojarme y, satisfecho con mi hazaña, me senté tranquilamente en el umbral de la cueva secreta, a contemplar el paisaje desde detrás de la perpetua cascada de perlas esmeraldas hilvanadas, sumiendo mi conciencia con placer en el estruendo de las aguas.

A orillas del pequeño lago, mi comitiva aguardaba tensa, se aburría, temía que me diese a la fuga o intentase cualquier otra jugarreta, y se iba impacientando. Me llamaron con insistencia, pero claro: envuelto como estaba por el rugido del torrente, no los podía escuchar. Al final lo resolvieron vociferando al unísono:

-Por última vez, Maëdi: o sales, lo te sacamos a cañonazos!

Desperté de mi especie de sopor extático, y me incorporé alarmado. ¡A saber cuánto tiempo había transcurrido desde mi "desaparición"! Pero, ¡maldita sea! ¿Por qué tenía que realizar mis exploraciones, con esos palurdos impertinentes pegados a mis talones? Salí indignado, regresé junto a ellos con la misma agilidad con que me alejara horas atrás, volví a calzarme con naturalidad y recién entonces les clavé una mirada furiosa, espetándoles con desdén:

-Militares antipáticos... ¡Aguafiestas!

Y por más que se esforzaron, ese día no consiguieron que dijese nada más.





El trayecto a Usnir se me hizo condenadamente largo. Me llevaban en un vehículo blindado escoltado por carros de combate e incluso, una batería móvil de defensa antiaérea. Visto en retrospectiva, entiendo que dadas sus circunstancias, ponían el mayor empeño en garantizar mi seguridad. Pero en ese momento lo tomé muy mal. Iba enfurruñado, cruzado de brazos, con el ceño fruncido y los labios apretados en expresión hosca. Durante horas avanzamos con lenta cautela por los castigados caminos de ripio, hasta alcanzar el primer puente sobre el Río Leimu. ¡De modo que así estaban! litigando un territorio que entretanto, uno de los contendientes retenía por la fuerza pero no conseguía usufructuar, inutilizado y militarizado como estaba. Sólo cruzado el río mejoraban las condiciones: la carretera pavimentada se ensanchó y ganamos velocidad. Para entonces, yo cabeceaba.

Llegamos tarde. ¡Tardísimo! Con las primeras luces del alba. Yo me había dormido hacía rato y, sacudido con insistencia por mis escoltas, desperté si cabe, más malhumorado que antes. Comprende: no solo que arribaba previamente advertido sino además, cargando multitud de prejuicios. Según los registros de nuestra Orden, aquella nación se había granjeado una fama espantosa. Desde tiempos inmemoriales, los Usnirothien habían sido un pueblo eminentemente agrícola, laborioso y ávido de tierras. Quisquillosos y perfeccionistas, desdeñaban el producto del trabajo esclavo, “de calidad inferior” a su juicio. Significa que por una parte, tendían a emprender guerras de conquista cuando la tierra de labor comenzaba a escasear. Pero por la otra, ¡no hacían prisioneros! No los necesitaban ni los deseaban. Sus conquistas territoriales se traducían pues, en auténticas masacres genocidas.

Esta tradición de pueblo perpetuamente en armas les hizo ganar, a causa de un torpe intento de leva general, el dudoso mérito de convertirse en la primera urbe voluntariamente abandonada por sus Sorien, mucho antes del primer repliegue generalizado del Área Central. Los recuperarían como los demás, tras la toma de la Segunda Sorianir. Pero tampoco les duraron mucho: apenas pudieron huyeron otra vez, y nadie se molestó en repatriarlos. A la advertencia y el prejuicio, suma mi breve episodio de lo que ya era “el día anterior”, cuando cometieron la “imperdonable osadía” de interrumpir mi momento de repliegue introspectivo en la Cortina Esmeralda. Aunque en realidad, la causa de mi indisposición era más profunda y grave...

Me acomodaron en una lujosa dependencia en el sector de huéspedes importantes del palacio real. ¿La verdad? En un primer momento, ni siquiera percibí el detalle: tras medio día de duro traqueteo por los pésimos caminos pedregosos del área disputada, llegaba molido de cansancio, sin ánimo para fijarme en nada. Apenas tomé contacto con el lecho me dormí al instante y ellos, comprensivos, me dejaron estar a pesar del paso de las horas... Pero al atardecer, decidieron despertarme para la cena. Acudiendo a tal fin, me hallaron jadeando y tiritando, consumido por la fiebre. Pasaría los días siguientes rodeado de médicos y cubierto de atenciones, hasta que recuperé cierta lozanía y me levanté. Solo entonces pudieron prodigarme la espléndida recepción que me habían preparado... y en cuya magnificencia casi no reparé. Me mantuve silencioso y melancólico que, a fin de cuentas, ese era mi auténtico mal: a medida que me internaba en el Continente alejándome espacial y temporalmente de los puertos, comenzaba a añorar. Una honda depresión me carcomía, minando mi salud y afectando incluso, a mi proverbial sociabilidad.

Mis anfitriones, que entretanto seguían atribuyendo mi malestar a los previsibles prejuicios, se desvivían por comprar mi buena voluntad. Justo entonces sonaron las alarmas, y corrimos a refugiarnos en los sótanos. Un ataque aéreo: ¡lo último que me faltaba! Sentado cabizbajo en el suelo del enorme aunque atestado búnker subterráneo, me sentía sofocado amén de enterrado en vida, y comencé a lagrimear. Uno de los invitados, un magnate de la importación se sentó junto a mí, abocándose a consolarme... ¡en Layedi! Era la primera vez a lo largo de mi periplo, que nadie ajeno a mi Orden se dirigía a mí en mi propia lengua. Lo miré sorprendido:

-¿De dónde sabe Usted...? -le pregunté, tras comentarle lo dicho; que era la primera vez y tal.

-Vivo del comercio a gran escala, y paso la mitad del año en Tárgrat. Allí suelo contactar, no solo con industriales y productores locales, sino también con tus correligionarios, que poseen una sede importante en ella. Hablo el Targratiano tan bien como el Layedi. Tengo habilidades políglotas. Me gusta entender a la gente, y aprender. Hay más colegas de mi rubro por aquí. Nos invitaron precisamente por eso: porque podemos hablar contigo en tu idioma. Tampoco faltan los aficionados a la Lengua Saïri, obvio; pero tú dirás en qué idioma prefieres hablar...

Le sonreí con simpatía, pero me mantuve callado. Él insistió:

-¿Qué tienes, Maëdi? No me dirás que te molestan el bombardeo o la reclusión, porque también arriba lucías alicaído. Cierto que aquí se está peor, pero... no temas sincerarte, y dime: ¿qué es lo que tanto te aflige? ¿Hay algo que podamos hacer para congraciarnos contigo?

Lo miré con detenimiento, estudiando su fisonomía: parecía una persona honesta y cabal. Le dirigí una tímida sonrisa de aprobación, y entonces dije:

-Asumo que tú, te sientes seguro y cómodo en tierra firme, ¿verdad? -él asintió con un gesto; yo continué- Piensa entonces que conmigo, sucede a la inversa. Soy un marinero: he hecho del mar, mi hogar. Llevaba cinco años seguidos viviendo así, sin desembarcar para otra cosa que no fuese firmar un nuevo contrato o cambiar de navío. Comprende: estando a bordo te sientes arropado y seguro, formas parte de una familia con la cual siempre podrás contar. Aquí me siento solo y abandonado a la deriva, como un buque sin timón perdido en medio de la borrasca. Me falta el viento salitroso, echo de menos la inmensidad del horizonte, añoro los balanceos constantes y el arrullo del agua rozando el casco... Estoy enfermando de nostalgia.

Dije eso último con acento tan triste que partía los corazones. Mi interlocutor, un hombretón alto y ancho de hombros, rodeó los míos en un abrazo solidario al decir:

-¿Sólo eso? Aquí temimos que albergases prejuicios, o que otros te hubiesen predispuesto en nuestra contra...

Yo: -No negaré que también hay una ínfima fracción de aquello. Pero no me afectaría a tal extremo si no me sintiese tan solitario y desamparado. ¿Sabes?: inicié este periplo con curiosidad, deseando conocer el mundo, ver cómo es y vive la gente en distintos lugares, y aprender... Ahora pienso que jamás se me habría podido ocurrir nada más necio. Con lo bien que estaba a bordo, ¿por qué tenía que venir a buscarme problemas en un Continente tan Grande, ajeno y para peor, plagado de conflictos estúpidos? Créeme: estoy hasta las narices de vuestras guerras. No parecéis conocer otra forma de vivir. ¿Qué placer les halláis?

Él: -Ninguno. Pero detenerlas no es tan fácil como piensas.

Escéptico y malhumorado, negué con un gesto de fastidio. Entretanto, alguien se acercó a avisarnos que la alarma había pasado: podíamos regresar a las salas superiores. Emeciendo a la superficie, llené mis pulmones de aire fresco aspirando en profundidad. A mi alrededor, quienes fueran mis fugaces compañeros de encierro, hacían otro tanto. El magnate que conversara conmigo se alejó; al rato lo veía intercambiar unas palabras con otros hombres antes de perderse entre la multitud. Volvimos a sentarnos. A mí me tenían completamente rodeado, asediado por diplomáticos almibarados. Uno de ellos llegaba con argumentos renovados: acababa de ponerse al corriente con mi

anterior interlocutor. Pertenecía además, a aquel grupo selecto que dominaba el Layedi amén de la Lengua Saïri. Me encaró con expresión humilde, diciendo:

-Maëdi Devri Laneyed...: tu nombre significa "Amigo de la Humanidad". ¿Podemos contar con tu amistad nosotros también, o nos expulsas de la especie humana?

Me sacudí de espanto ante la sola posibilidad de tomarme una atribución tan... tan... ¿cómo decirlo?: ¿herética? Negué con vehemente espontaneidad:

-¡No lo permita la Unidad! ¿Quién soy yo, para expulsar a nadie?

El hombre sonrió distendido:

-En tal caso, ten a bien participar de nuestra alegría. Ya has visto que vivimos en tensión permanente. No obstante lo cual, procuramos disfrutar de los buenos momentos que nos prodiga la vida. En esencia, no somos muy diferentes de ninguna otra gente que hayas encontrado con anterioridad. Por favor: ¡no nos niegues tu trato cordial!

Me detuve unos instantes a recapacitar antes de responder:

-En realidad y ahora que lo pienso, tampoco es que haya sido especialmente amistoso con nadie a lo largo de mi trayecto... Más que nada, porque me embarqué en esta aventura para observar y aprender, no para hacer amigos. Y eso hago: observo y aprendo. Y soy muy crítico, sí señor. Lo he sido en Enovaïta y en Anariánt, en el Elde y en Evnir. He sido asaz crítico por doquier, y con menos motivos de los que podría esgrimir contra vosotros...

Él: -Porque en tu opinión, supongo, nosotros merecemos la destrucción.

Yo: -¡Nunca dije eso!

Él: -Pero...

Yo: -No negaré que poseéis una fama particularmente adversa...

Él: -A pesar de la cual, hay *UN* reclamo crucial que nunca nos podréis hacer -esperó a generar mi expectativa antes de proseguir-: nuestros ejércitos no participaron del asedio y destrucción del Láyed. Y antes de que objetes que eso fue porque los demás no nos incluyeron, te diré que no: ya desde el inicio de la proscripción, nuestro país era refugio seguro para vuestros Maestros. Franquear nuestras fronteras era como alcanzar un oasis en medio del desierto hostil. Ninguno fue abatido en el Reino de Usnir. Si acaso caían luego, al abandonar nuestros límites procurando completar el itinerario: eran emboscados en el Ellvu, apresados en Enedir o incluso, conocimos casos especialmente terribles de Maëdern capturados en Qwaïni.

Me quedé tieso, mirándolo sorprendido. ¡No sabía eso! Y así se lo dije, sin ocultar cierta cuota de escepticismo mezclado con la admiración:

-No recuerdo haber leído nada parecido en nuestras crónicas...

-¡Claro que no! -exclamó con amargura- ¿Y sabes por qué? -negué con gesto mudo; él continuó- a causa del prejuicio. A vuestros cronistas incomodaba tanto la idea de reconocer que sólo habíais hallado hospitalidad en el "país de los genocidas", que prefirieron evitarlo. Y sin embargo, haz memoria y verás que por lo menos fueron honestos, y tampoco afirmaron lo contrario. No encontrarás absolutamente ningún relato que cuente de un único Maëdi atormentado en Usnir. ¡Ni uno!

No sepa cuán incómodo me sentí. Alcé la vista fugazmente, para hallar las miradas inquisitivas del público clavadas en mí. Me ruboricé y volví a inclinar la cabeza, confiando en que la capucha me ayudaría a ocultar el bochorno, aunque más no fuera parcialmente. Tartamudeaba al responder:

-Yo... No entiendo... ¿Qué esperas exactamente que haga al respecto?

Él: -Por lo pronto, que te relajes y disfrutes tu estadía entre nosotros... ¡y que no seas un juez tan severo! -asentí en señal de buena disposición; él continuó- Así que dime: ¿hay algo en particular que desearías ver o hacer mientras permaneces aquí?

Yo: -Pues sí. En primer lugar, lo que siempre pido: conocer a la gente común y corriente del pueblo llano. Codearme con ellos en sus tabernas, por ejemplo. Pero además, sé que sois una nación agrícola, y eso también me gustaría: visitar la campiña. Nací en un medio rural. Me alegrará recuperar aquellas viejas estampas. Hará que me sienta como en casa a pesar de la distancia.

Él: -¡Trato hecho! Veré si puedes visitar las barriadas populares hoy mismo. En cuanto a la campiña, ¿qué te parece conocer nuestros viñedos? -asentí- Perfecto. Espero conseguirme esa excursión para mañana.

Y cumplió. Me mostré lo más distendido que pude durante la recepción, comí y bebí bien, luego dormí una siestecilla de una hora y a continuación, me condujeron a visitar los barrios obreros. A pesar del paso de los siglos, el Reino de Usnir sigue sin estar demasiado industrializado. En cualquier caso, no cuentan con nada parecido a una industria pesada o metalúrgica. Hay una fuerte industria alimenticia, a la par de una textil más modesta. Y punto. Por lo demás, hasta la maquinaria, aperos y herramientas se ven compelidos a importar. ¡Curioso país!

Las cicatrices de la guerra se notaban por doquier, especialmente en los barrios obreros en torno al sector industrial, el más castigado como cabía esperar. Pese a lo cual, sus humildes habitantes

conservaban un humor chispeante. O será que por cruzármelos precisamente en una taberna saturada del humo de pipas y guisados, los hallé achispados porque tampoco había otra posibilidad. Escuché chistes y anécdotas por montones, y aún más cantos de ebrios y de enamorados, de bufones y de soldados. A la postre, no pude evitar congeniar parcialmente con ellos. ¡Pobre gente! No conocían otra cosa que la guerra y sus privaciones. Fatalmente inmersos en esa realidad agobiante habían nacido, e inmersos en ella esperaban morir. Y sin embargo, procuraban ser felices con los medios a su disposición, exprimiendo el máximo placer de los momentos más cotidianos y sencillos. No: no eran en nada distintos a otras personas que topase hasta el momento. Por sorprendente que pudiese parecer, no eran ni más ni menos humanos que otros. ¡Y algunas de sus canciones eran muy emotivas! De regreso en la habitación palaciega en que me habían hospedado, seguí canturreando por lo bajo sus melodías más pegadizas, hasta quedar dormido.

Me hicieron madrugar mucho a la mañana siguiente, me sirvieron un desayuno rápido y augurándome una jornada especialmente larga, partimos hacia el Este en helicóptero. En mi vida habría creído que pondría un pie en aquel aparato infernal. Mis anfitriones tuvieron que emplearse a fondo para convencerme, diciendo que era la única manera de abreviar un viaje que de lo contrario, demandaría más de diez horas. Volando lo hicimos en solo cinco, arribando al área viñatera al pie de Qwaïni, pasado el mediodía. Para mí fue un viaje terrible, el más sobresaltado que haya tenido. No porque sucediese nada en particular, sino por mi propia reticencia natural: iba muy asustado.

Nos detuvimos a tener un almuerzo frugal en una taberna de pueblo local, tras lo cual salimos a los campos. El verano se aproximaba a su fin, acercando a pasos acelerados la época de la vendimia. La uva pesaba oronda en las vides, fragantes y recargadas de fruta carnosa. Paseando entre las matas, se respiraba un aroma embriagador. Yo caminaba despreocupadamente, atendiendo las descripciones de los agricultores o más bien, la traducción de mi intérprete cuando de súbito, el silencio apacible de la campiña se vio quebrado por un súbito runrún de motores amenazantes.

-¡Al suelo! -ordenó mi guía, apresurándose a dar ejemplo- Rápido: ¡échate y estate quieto! Es una incursión aérea.

Obedecí en el acto. Echado entre las vides, enseguida los pude ver: tres cazas que venían disminuyendo su altura y velocidad conforme se aproximaban. Me pegué al suelo como si buscara enterrarme mientras, lívido de pánico, me concentraba en la urgente tarea de bloquear su metralla a los atacantes. Aterrado, no me atrevía a pensar siquiera en lo que sucedería si fallaba, perdiendo el

control por un instante. Los aviones pasaron por encima nuestro hacia el Sur, sus pilotos empeñados fútilmente en intentar acribillarnos mientras yo, aterrado, aplicaba un empeño triplicado en impedirlo. Alcanzado el extremo del campo se volvieron, descendiendo incluso más. También ahora fracasaron, pero no desistieron. Desde el Norte volvieron a girarse hacia nosotros. Venían en vuelo rasante: ¡alcancé a ver el rostro de un piloto, gesticulando con expresión amenazadora! Sostuve mi triple bloqueo con mayor tenacidad. ¡Me iba la vida en ello! Nuestros atacantes alcanzaron por segunda vez el extremo Sur de los campos y parecía que volverían a sobrevolarnos. ¿Cuándo acabaría ese suplicio? Pero entonces, algo los disuadió: de súbito ganaron altura y velocidad, y se perdieron en el horizonte. Enseguida vimos la razón: una escuadra aérea de Usnir acudía en su persecución.

Mis compañeros de excursión se levantaron aliviados, pero yo continuaba echado de bruces. Se asustaron: ¿quizás a pesar de todo, había resultado herido? Vinieron en mi ayuda y me voltearon entre grandes precauciones, para descubrirme en un estado lamentable: temblaba de pies a cabeza, estaba empapado en sudor y lágrimas, y no conseguía articular palabra. Como primera medida, me ayudaron a sentarme allí mismo y corrieron a traerme un vaso de agua. Yo seguía llorando y sacudiéndome mientras bebía, procurando serenarme inútilmente. Terminé de beber, clavé mi mirada aterrada en mi guía-traductor, y exclamé:

-¡Lo miré a la cara! Yo lo vi y él me vio. ¡Quiso matarme! -tras lo cual reanudé mi llanto, y ya no volví a hablar.

Me dejé conducir con apatía, de regreso al helicóptero y a continuación, hacia la ciudad. Continué deprimido y retraído el resto de esa jornada. E incluso al despertar al mediodía siguiente, la experiencia del día anterior me mantenía aturdido. Me levanté tarde, y acudí al almuerzo en silencio y con semblante lúgubre. Mis anfitriones invirtieron esfuerzos descomunales en prodigarme ánimo: al principio permanecí impermeable, incluso a sus muestras de solidaridad. Ellos estaban indignadísimos por lo que consideraron un ataque traicionero y deliberado contra mi persona.

-¡Esto no debió suceder! -vociferaban iracundos- Venir a atacar adrede por dos veces, precisamente allí donde estabas tú. ¡No puede ser casual! Esto ha sido intencionado.

Solo me fui ablandando muy poco a poco, a medida que avanzaba el diálogo. Un diálogo que pronto se introdujo por los escabrosos terrenos que yo prefería evitar, pero los demás se mostraban empeñadísimos en transitar. Ya sabes: los enervantes reclamos habituales. Resulta que cuando quisimos serles útiles, el Área Central nos había proscrito; y ahora que tenían su mundo patas arriba,

la culpa era nuestra! Sólo la demanda de comercio faltó en esta ocasión. ¡Por fortuna! Los Usnirothien siguen contando con su vieja conexión ferroviaria directa con Tárgrat. Nunca se ven desabastecidos.

Junto a mí, un alto mando militar refunfuñaba iracundo:

-Esto no quedará así: ¡ya verás! Pagarán muy cara su insolencia de ayer...

-¡No! -interrumpí yo- Oh, por favor, no: no quiero devenir en motivo de ataque.

Él: -¿Dejarías esa vileza sin castigar?

Respondí con aire reflexivo:

-Tiene que haber otra manera...

-¡Y la hay! -intervino un diplomático- Tú vas de camino a Héilenar, ¿verdad? -asentí; él continuó- En ese caso, es tan sencillo como denunciar el suceso a tus hermanos. Ellos verán de cobrarles la tropelía donde más les duela.

Yo: -Supongo que ahora os referís a represalias económicas...

A mi alrededor, muchos asintieron y yo tras ellos: tal proceder se ceñía con holgura a los rigurosos parámetros de mi Orden.

-Aunque lamento que se hayan propuesto eliminarme -murmuré-. Y además, no alcanzo a entender qué beneficio esperaban obtener. ¡Pero trastocan mis planes! Porque yo tenía intenciones de pasar por el Ellvu en mi trayecto hacia el Norte. Ahora deberé modificar mi ruta...

Un militar: -Cuenta con nosotros. Te asistiremos en lo que podamos. Pero ahora...

Intercambió una mirada de entendimiento con un diplomático, que completó la frase en su lugar:

-Hay algo que nos gustaría saber: lo de ayer... ¿fue pura suerte, o tuviste alguna relación con el evidente desperfecto de la artillería enemiga?

-Fui yo -reconocí-: les bloqueé el sistema. ¡Me iba la vida en ello! Pero fueron unos minutos infernales: creo haber envejecido por lo menos diez años en ese lapso, atenazado por el pavor de pensar en lo que me sucedería, de perder el control momentáneamente.

Volvieron a intercambiar miradas silenciosas mientras asentían con semblante serio. Uno de ellos expresó en voz alta un pensamiento consensuado:

-Si tuviésemos una Comunidad Maëdi aquí...

-Eso no estaría bien -repliqué de inmediato. Y en respuesta a sus caras atónitas, expliqué-: no sería justo. Para nosotros, equivaldría a posicionarnos en una disputa que no nos atañe -los rostros

seguían expresando desconcierto. Continué-. Verás: si tú tienes una Comunidad Maëdi aquí, significa que por su propio interés, deberá asumir la defensa antiaérea de la ciudad. Pero he aquí que en Enedir hasta dónde sé, no cuentan con semejante ventaja. O sea que vosotros tendríais vuestros cielos cubiertos, y ellos no. Podríais aprovechar para machacarlos sin temor a represalias. ¡Eso no estaría bien! Nos convertiría en cómplices indirectos de grandes matanzas.

-Sinceramente, a veces no os entiendo -murmuró el militar.

-Yo tampoco os entiendo -aproveché para replicar:- ¿qué condenado deleite halláis en la guerra? ¿Cómo os puede gustar vivir así? ¿Qué clase de vida es la vuestra!?

Las cabezas de mi público se inclinaron apenadas. Un diplomático tomó la palabra:

-Te equivocas al pensar que peleamos por placer. ¡Nos juzgas mal! En realidad, estamos hastiados, pero nos vemos impedidos de remediarlo. No es una guerra que hayamos iniciado *nosotros*. Me refiero, a mi generación. Tampoco la iniciaron nuestros padres, o abuelos, ni nadie aún vivo al que podamos reclamar. La hemos heredado a través de los siglos y, nos guste o disguste, ya no la podemos detener.

-¡Pero si es tan sencillo como declarar una tregua y sentarse a negociar! -intenté objetar.

Él: -No, señorito. ¡No es tan simple! -y percibiendo mi escéptica incredulidad, explicó- Verás: una lucha milenaria no se detiene de la noche a la mañana. Principalmente porque en el ínterin, los odios se volvieron atávicos. Hemos nacido inmersos en esta situación. Hemos mamado el rencor hacia nuestros vecinos del Norte, con la leche materna. Hemos crecido lamentando a las víctimas mortales, cuidando a nuestros heridos en combate, reparando las cicatrices de los ataques aéreos. No hay familia que no cuente con muertos y heridos por montones entre sus miembros.

Yo: -¡Razón más que suficiente para detener este sinsentido!

Él: -Y al día siguiente de firmada la paz, tendrás una revolución. La gente... Sencillamente, no entenderá. No entenderá de qué han valido tantos sacrificios, si al final la conflagración termina sin la deseada victoria, sin la posibilidad de vengar sobre las carnes del enemigo derrotado, las privaciones y miserias de tantos años. Y no lo perdonarán. Hasta la derrota más amarga les será preferible, a ver finalizar la contienda de manera tan mezquina.

Yo: -Estás diciendo que, puesto que ya han muerto y sufrido tanto, ¿prefieren seguir muriendo y sufriendo eternamente, antes que llegar a un acuerdo? Lo siento, ¡pero no lo entiendo! -clamé desesperado.

Él: -También por eso, nos urge una Comunidad Maëdi: contribuiríais a sanar las heridas de nuestra sociedad. Nos enseñaríais a valorar otras cosas que por culpa de la guerra sostenida, se nos han olvidado. Poco a poco y con paciencia, quizás podríais modificar para bien la mentalidad general... Entonces sería más fácil procurar la paz.

Yo: -Espera... Me estás queriendo decir, ¿que *realmente* os gustaría poner punto final a esta contienda?

Él respondió con vivacidad:

-Por supuesto. Y otro tanto Enedir, sin duda. Ya deben estar tan hastiados como nosotros. ¡Piensa en lo prósperas que seríamos ambas naciones, de no ver consumidos nuestros recursos por este maldito conflicto! ¿Crees que no lo percibimos? Y también ellos lo deben ver...

Yo: -En tal caso... -y me sumí en hondas cavilaciones.

Emergí diez minutos más tarde, desgranando con suma cautela una propuesta sencilla pero revolucionaria:

-Partiendo del supuesto... Vale: quizás excesivamente optimista y prematuro, pero a fin de cuentas, ¡para *algo* estáis los diplomáticos! Deberéis aseguráros previamente esta mínima base de acuerdo si queréis siquiera avanzar. Partiendo pues del supuesto de que ambas naciones ya estáis hartas de la guerra, pero no sabéis cómo ponerle fin sin desmedro. Asumiendo además que unos estáis tan deseosos como los otros de recibir Comunidades Maëdem en vuestro seno... -conteniendo a duras penas la impaciencia, mi público me urgía con ansiosas gesticulaciones a abreviar mi preámbulo. Yo seguía explicando cauteloso:- Se me antoja que la única salida posible, sería que ambas partes renunciaseis definitivamente al territorio disputado... ¡Aguardad! En el peor de los casos, podríais venderlo de común acuerdo, e invertir las ganancias en reparar vuestras infraestructuras civiles...

Ellos: -Pero, ¿a quién...?

Yo: -¡A los Layédem! A fin de que se establezcan allí. Veréis: en primer lugar, olvidad cualquier pretensión de que ningún Layedi os pague un céntimo por esas tierras.

Ellos: -¡Pero si acabas de decir...!

Yo: -Sólo se trata de la explicación que ofreceréis de cara a la galería, para justificar la renuncia con una tangible ganancia inmediata. Si además pedís y obtenéis un préstamo de la Malmeniént, será cierto que entretanto contaréis con fondos para dedicar a la reconstrucción. Lo

principal, es que obtengáis el establecimiento de colonos Maëdern. Tendréis que trabajar duro para conseguir su colaboración: en principio, no somos una Orden con ambiciones expansionistas. Si ellos consienten acudir, de súbito tendréis una frontera pacífica: vosotros al Norte, los de EneDir al Sur. ¡Imagina el alivio que constituirá para ambas sociedades! Pero los auténticos frutos los recogeréis a largo plazo: mis colegas del Láyed establecerían Academias y aceptarían aspirantes *de las dos* naciones. Vuestros hijos y los de ellos se formarían con nosotros, adquirirían una conciencia diferente, otra perspectiva de la vida, dejarían de odiarse... ¡Se casarían entre sí! En el Ellvu nacería una estirpe nueva, fruto de la unión de ambos pueblos. Y un día amaneceríais descubriendo que tenéis parientes políticos entre vuestros enemigos de ayer. Pensadlo: a la larga, vuestros nietos heredarán la tierra. Sí, ¡pero ya no la disputarán! Vivirán en ella en paz, os recibirán de visita y vendrán a veros, y poco a poco irán aportando también a la mejora de vuestra sociedad.

Mi público me contemplaba boquiabierto, entre esperanzado y escéptico.

Un diplomático: -Maëdi, si eso fuese posible...

Yo: -En cierto modo, estaríais recibiendo una recompensa tardía por no habernos hostigado en otros tiempos. Y para nosotros, adquiriría el dulce sabor de un milenario ajuste de cuentas: la vieja Irienir que tanto nos persiguió, renacería como una capital Maëdi. Fijaos: los Minéyem estamos reconstruyendo Darei... ¡Y los Layédem repoblarán Irienir! Será un hermoso acto de justicia poética, poder contemplar esas ruinas despejadas, la tierra saneada y el país transformado en foco de paz y prosperidad. En fin: ¿qué os parece?

Un diplomático: -No será fácil, no... Pero merece la pena intentarlo. De funcionar, ¡sería maravilloso!

Otro diplomático: -No. No será nada fácil. ¡Tienes que ayudarnos! Intercede por nosotros con tu arribo a Héilenar.

Yo: -Si es que llego. Es irónico, pero cuanto más me aproximo a mi patria ancestral, más arriesgado y difícil se vuelve el camino. ¿Cómo llegaré? Ni siquiera estoy seguro de la ruta que me conviene seguir a partir de aquí.

El primer diplomático: -No te preocupes. Veremos de tantear el terreno por ti.

Y así de agrio como había empezado, aquel almuerzo culminó con la alegría de las esperanzas renovadas. Por doquier se formaban animados corrillos de magnates y funcionarios intercambiando opiniones, felices de atisbar una luz al final del túnel tras tantos siglos de contienda estéril. Me

retiré cansado pero satisfecho, y me volví a mi habitación a dormir: seguía extenuado por mi traumática experiencia del día anterior.





Me despertaron tempranísimo, al amanecer. Sabes que en verano eso significa madrugar mucho... Por fortuna había descansado bien, y se notaba: los recibí de excelente talante a pesar de mi sorpresa. Acudiendo al gran salón de recepciones, me esperaba una celebración fastuosa, más que las anteriores. No solo se desvivieron por servirme y complacerme. Más aún: me cubrieron de obsequios: productos del país, artesanías tradicionales, incluso algún primoroso anillo de plata. Preguntando a qué debía el agasajo, recibí una respuesta inesperada:

-Hemos concertado con Enedir, tu cruce ordenado de la frontera... Deberás estar al mediodía en el punto de encuentro pactado. Por eso hemos adelantado la despedida.

¡Vaya! La noticia me pilló desprevenido, y me cayó como un baldazo de agua helada. Protesté:

-¿Y quién dijo que quiero ir a Enedir? -ellos hicieron tímidos esfuerzos por explicar:

-Maëdi... -pero yo no les dejé proseguir. Estaba furioso; en absoluto dispuesto a atender razones:

-¡Trataron de matarme! -ellos seguían intentando con sus "Maëdi... Maëdi...", todavía suaves y respetuosos; pero sumido en mi ira, yo no escuchaba- No teníais ningún derecho a decidir por mí. Y no iré. Me importa un pimiento lo que hayáis concertado.

Me crucé de brazos y fruncí el ceño, y a cada "Maëdi" conciliador de ellos, replicaba con un "¡Nada!" iracundo. Tú sabes lo vehemente y empeinado que me puedo volver si me fastidian... ¿Eh? ¿Tú crees? ¿Realmente te parece justo a estas alturas, achacar nuestros defectos a Maëdi Tueli Lidki? En tal caso, has olvidado un detalle fundamental: técnicamente, nada nos une a él. Somos descendientes de nuestros "padres Sorien". Para bien o para mal, no se supone que estemos genéticamente emparentados con ninguna estirpe Copista. ¿Espiritualmente? Podría ser. Vale: una conexión a nivel de la Raíz, tiene sentido. En cualquier caso, ya has visto que puedo resultar explosivo, testarudo, y un poco insoportable... como en aquella ocasión, sin ir más lejos. Me mantuve arisco y tozudo, hasta que incluso los diplomáticos más curtidos perdieron la paciencia y me gritaron exasperados:

-¡Ya basta, Maëdi! Haz el favor de escuchar, por lo menos una vez -hice un ademán de aceptar con irritación, el hombre continuó: tienes que ir...

-No iré -lo interrumpí-: quisieron eliminarme. Si voy, me matarán. No podéis obligarme.

Él: -Ellos aseguran que fue un error. Que no sabían que se trataría de ti. Que se enteraron tarde, cuando el entuerto ya se había producido...

-¡Mienten! -insistí, temblando con una mezcla de ira y pavor al evocar la escena- Yo lo vi y él me vio. ¡Me amenazó con el puño! Trató de matarme con intención.

-Escucha, Maëdi: para ellos, lo ocurrido podría traducirse en calamidad. Verás: mantienen relaciones comerciales con tu gente. Imagina si se corriera la voz de que se ensañaron deliberadamente con alguien de tu Orden. Te seré sincero: una crisis diplomática entre unos y otros no nos perjudicaría en absoluto: sois sus principales proveedores. Por eso mismo, temen que detrás de tu indisposición nos encontramos nosotros: quizás te hemos incitado, llenándote de ideas insidiosas contra ellos -viendo que yo amagaba abrir la boca como para replicar, el hombre se apresuró a concluir-: por lo tanto, han amenazado con durísimas represalias si no te entregamos. No querrás...

No tuvo necesidad de completar su frase. Yo lo hice por él:

-No; no quiero convertirme en causante indirecto de un ataque. Vale: iré. Aunque a disgusto y prevenido. Y además, me aseguraré de que muchos Ojos sigan mi estela desde la distancia. Si levantan un solo dedo contra mí, ¡se sabrá! Cada paso que dé en su país, estará monitorizado: ¡advertidles, y que lo sepan!

Él me tranquilizó:

-No te preocupes: entre la necesidad de borrar la pésima impresión que te han causado y la de emular o superar la cálida acogida hospitalaria que te hemos prodigado, se aplicarán a conciencia a fin de conquistar tu estima. ¡Te tratarán bien! *Necesitan* tratarte bien. Puedes marchar confiado.

-Y ahora, ¡arriba ese ánimo! -añadió otro diplomático- Debes comer bien, pues no sabemos dónde, en qué circunstancias y a qué hora tendrás tu próxima comida. Salvo que te lleven en helicóptero o avión, te espera más de un día de viaje hasta su capital. Necesariamente tendrás que hacer alguna pausa, posiblemente en un cuartel de campaña, y compartir el rancho con los soldados... En cualquier caso, no dispondrás ni de la variedad ni de la calidad que puedes contemplar sobre esta mesa.

¡Qué fácil se decía! A mí, la noticia de mi paso obligatorio por Enedir, me había vuelto a deprimir. Sentado mudo y cabizbajo, concentraba mis empeños en evitarme el bochorno de lagrimear

en público. ¿Y quién acudió en mi rescate?: mi viejo compañero del refugio, aquel magnate de la importación. Me posó una mirada larga, y me pidió con suavidad:

-Háblanos de tu país, Maëdi: ¿cómo vivís allá, en vuestro Continente Pequeño?

Un alto mando militar aprovechó la ocasión para añadir:

-Mejor, cuéntenos cómo es tu vida en el mar. Nunca lo he visto, ¿sabes? No entiendo cómo nadie puede pasar *años* en él...

Así que dediqué el resto del desayuno a narrar diversas anécdotas de nuestra vida cotidiana, historias de agricultores Originalistas y de marineros Minéyem. Yo desahogaba mi melancolía desplegando imágenes pintorescas de nuestra tranquila vida provinciana en la campiña, o narrando diversas experiencias marítimas con aire soñador, mientras ellos me escuchaban con sus sentidos e imaginación absorbidos por el relato y las descripciones, soltando suspiros esporádicos. En parte parecían envidiar nuestra fortuna, de la cual esperaban empezar a tomar cierta participación si nuestros proyectos pacificadores prosperaban. Ya de camino hacia el punto de encuentro, me recomendaron una y mil veces:

-No olvides tantear el terreno una vez en Enedir. Preséntalo como tu iniciativa personal. ¡Ni se te ocurra insinuar que lo hayamos solicitado! O lo interpretarán como señal de debilidad, y querrán sacar tajada. Si el pacto no es justo y equitativo, simplemente no se hará, y quién sabe cuándo volverá a presentarse otra oportunidad.

-No soy un diplomático, pero dejadlo por mi cuenta -replicaba yo-. Dudo que entenderme con ellos me resulte más complicado que hacerlo con vosotros. Por lo menos eso he aprendido en esta detestable travesía estúpida que nunca debí emprender: que en esencia, la gente no es tan distinta en uno u otro lugar. Las diferencias suelen ser más superficiales de lo que parece. Y no hay peor o más persistente enemigo del entendimiento entre los pueblos, que los prejuicios.

-Y pensar que entre tu gente, no eres más que un ciudadano corriente, uno más del montón... -murmuró aquel diplomático, con expresión incrédula-. Oh, Maëdi, ¡no te das idea de cuánto bien nos haría, contar con gente como vosotros! No nos olvides, por favor. Vela por nuestros asuntos cuando llegues a Héilenar. Habla con tu gente allá. Colócanos en buenas manos...

-No te preocupes -respondí-, no os olvidaré. Haré lo que pueda. Buscaré resolver esa cuestión apenas llegue al país.

Y entre que íbamos conversando de esta guisa, arribamos al punto acordado. Descendimos del vehículo todoterreno en que viniéramos. Amén de mi intérprete, me acompañaba una nutrida comitiva de soldados acorazados. Enfrente me aguardaba otra de similar composición y aspecto. Por poco no prorrumpo en carcajadas. ¡Si hasta parecía que me acercase un espejo! Tan similar era la escena a uno y otro lado del imperceptible cristal. Solo cambiaban, y tampoco demasiado, los estilos de las insignias y diseños del camuflaje de los uniformes. Igual, no cometería la imprudencia de reír. Adopté mi pose más ceñuda al cruzar la improvisada "frontera". Estábamos en medio del bosque, y no se veía ningún límite: la práctica totalidad del Ellvu era considerado "frontera", territorio en disputa y sin provecho para nadie, que no fuesen los soldados de ambos bandos perpetuamente emboscados en él. En silencio me sumé a la comitiva que me aguardaba, y abordé el siguiente vehículo militar. Ya en ruta hacia el Norte, en lugar de responder a los amables saludos en Layedi que me dirigía un diplomático, me limité a declarar con acritud, casi como si lo ordenase:

-Quiero visitar las ruinas de Irienir, y su famosa Torre.

Debo poseer una habilidad inusitada para sorprender a mi público. Quizás sean diferencias culturales, no lo sé. Mi interlocutor me clavó una mirada azorada, y conversó con los otros. Se inició un debate en susurros contenidos mientras avanzábamos dando tumbos bajo la desgredada arboleda. Incapaces de resolverlo por sí mismos, se comunicaron con algún jefazo, supongo que en la capital. Al rato llegaba la autorización, que me fue comunicada con notable alivio por parte de mi guía civil.

-Gracias -murmuré, apenas suavizando mis modos-. Avisadme cuando estemos allí.

Y sin más preámbulos me crucé de brazos, cerré los ojos, incliné la cabeza y para admiración de mi comitiva, me adormecí. No olvides que estaba habituado a vivir en el mar. ¿Sabes cómo te zarandea una buena tormenta? ¿Y crees que de ir cansado, dejaría de dormir por tan poca cosa? Pues bien: difícilmente aquellos bamboleos superaban los que ya conocía. Vale: son distintos, pero no tanto. No me impidieron dormirme hasta arribar al destino solicitado. Pues sí: a fin de cuentas, había iniciado esa travesía con el afán de conocer el mundo y sus habitantes. Había delineado mi ruta de antemano, con los hitos que consideraba imperdibles. La Torre de Irienir era uno de ellos, lo mismo que la Cortina Esmeralda. Habría dado mi viaje por malogrado de no conseguir visitarlos. Fui muy afortunado al obtener esa autorización.

Tal y como solicité, me despertaron al llegar. Bajamos. Nos encontrábamos al pié de un peñón, una meseta esculpida en varios niveles. El bosque imperaba soberano por doquier, las matas cubrían

las rocas, aferradas con tenacidad a cada intersticio. Con dificultad habrías creído que jamás se alzara ninguna ciudad en semejante paraje. Miré en derredor, como buscando un punto de referencia.

-¿Y dónde está la Torre? -pregunté.

-Allá arriba -señaló mi guía-. En estos momentos, nos hallamos fuera del Primer Círculo del recinto amurallado. La Torre se alzaba dentro del Tercero, que llamaban "Anillo Interior". Solo podremos acceder escalando. Buscaremos los peldaños originales tallados en la roca. Aún cubiertos por la maleza, tendrán que sernos útiles.

Asentí e iniciamos la excursión. Una aventura larga y agotadora. Subíamos con dificultad, cuidándonos de no tropezar con guijarros sueltos o resbalar entre la hojarasca. Por entonces solía ser un muchacho ágil, tanto o más que cualquier soldado curtido. Pero no olvides que iba generosamente cargado, con un morral atiborrado de provisiones y obsequios diversos del cual por lo pronto, no abrigaba intenciones de desprenderme. Llegué exhausto a la cima, y me senté a descansar entre los pedruscos próximos a la base de la Torre, mientras barría el área con mirada curiosa. Aquí arriba como abajo, señoreaba la maleza. Fuera de la Torre, no quedaban rastros identificables de la antigua ciudad.

-¿Y dónde están los muros del "Anillo Interior"? -pregunté.

-Fueron demolidos hasta los cimientos tras el asedio -respondió mi guía, apático.

"Significa que si alguien se interesase, todavía podría excavar en busca de los cimientos..." En esa y otras ideas cavilaba mientras descargaba el morral, depositándolo con amorosa suavidad en el suelo.

-Lo dejaré aquí durante mi ascenso -dije-. ¡Más os vale que nada falte a mi regreso!

Y volviéndoles la espalda, entré en la Torre. Ellos permanecieron fuera. Hasta donde sabía, ese edificio tres veces milenario no había sido visitado desde la liberación de Dúvdivia. Mi mente bullía, acosada por un torbellino de pensamientos y emociones. Imaginé a los soldados hurgando en mi equipaje, inventariándolo y elevando un parte: era previsible, y asumía la posibilidad con indulgencia, a condición de que no sustrajesen ni arruinasen nada. Al instante siguiente, imaginaba el triste e injusto suplicio del Saïvir durante décadas y más décadas. O creía percibir a través de los siglos, los lejanos ecos de batalla, venganza y muerte perpetradas en el lugar.

El área de la recepción estaba sucia, cubierta de polvo y escombros. Ya casi no quedaban huesos ni vestimentas, pero sí mucha chatarra oxidada, dispersa en caótico desorden: yelmos, corazas,

escudos, hachas, mazas y espadas. Inicié el ascenso extremando precauciones: los escalones lucían desgastados, y la piedra del suelo y las paredes presentaba pequeñas fisuras ocasionales. Las trepaderas que crecieran aferradas al muro exterior asomaban de continuo por los ventanucos, o por el hueco vacío que dejara algún bloque desprendido por acción de la irresistible fuerza vegetal. A pesar de las precauciones invertidas, más o menos en la cuarta planta resbalé, desencadenando una pequeña pero estrepitosa avalancha. Mitigada por el aislamiento rocoso y vegetal, desde abajo me llegó la alarmada voz de mi guía civil:

-Maëdi, ¿te encuentras bien?

Me acerqué al ventanuco más próximo, y asomando la cabeza entre las madreselvas, respondí:

-Sí, estoy bien.

Y volví a ingresarla de inmediato, para reanudar el ascenso. ¡No vieras cómo se dificultaba a medida que subía! Aproximadamente a la altura del nivel veinte, topé lo que más temía: el camino bloqueado. Los desordenados escombros de un desprendimiento antiguo me impedían proseguir, pero no me desanimé: alzando la vista, contemplé el enorme boquete abierto en el suelo de la planta siguiente. ¡Estaba a mi alcance! Tomé impulso y salté. Pasé limpiamente, aterrizando con elegancia en suelo firme. Dediqué un par de segundos a recuperar el aliento y proseguí mi ascenso. Pero a medida que subía, notaba cómo la superficie que pisaba se volvía paulatinamente inestable e insegura. Después del nivel treinta dejé de contar, enfocado exclusivamente en mi empeño de seguir adelante a pesar de las crecientes dificultades. Según mis cálculos, hacía rato que había dejado dos tercios de Torre atrás. Ansiaba conquistar la Sala del Trono, pero me fue imposible: bastante antes del nivel 40, sentí que el piso cedía bajo mis pies. A duras penas alcancé a pegar un brinco, para caer a distancia segura del enorme boquete que se abrió a continuación. Escuché la ruidosa estampida de los bloques cayendo, provocando nuevos derrumbes al golpear contra el suelo de las plantas inferiores.

Por un momento temí que la Torre entera acabase colapsando, arrastrándome consigo y sepultándome bajo sus escombros. Me adosé a la pared exterior, que resistía firme, y busqué el ventanuco más próximo. Me asomé, muy por encima del techo forestal. ¡Sí que había ascendido! Aquella abertura daba hacia el Sur. Traté de otear en dirección a Usnir, pero era imposible ver nada más allá del intenso verde forestal. No solo por su extensión, sino por la brumosa nube de la transpiración ascendente de la masa boscosa. A mis pies, el mundo abochornado y sereno parecía

sumido en su siesta estival. Ni rastros de las condenadas guerras. De súbito, oí voces a la distancia. Desde muy abajo, mi guía clamaba aterrado, inquiriendo por mi salud. ¡Claro! Al oído del estruendo, me habría dado por gravemente accidentado. ¡Y por poco no tenía razón! Haciendo bocina con las manos, grité aclarando que me encontraba a salvo.

¡Pero aquello me había valido de advertencia! No podía continuar: el próximo desprendimiento podría ser fatal. Agotado y desanimado, me aproximé con suma cautela al borde del hueco, y eché un vistazo hacia abajo. La situación era tal, que tendría que recurrir a mis técnicas de antigraedad o "salto sutil", si quería salir ileso. Así fui descendiendo de nivel en nivel a través de la enorme abertura central provocada por el derrumbe, hasta posarme sobre suelo más firme y menos dañado en las plantas inferiores. Entonces continué bajando los peldaños cuidadosamente. Un coro de suspiros aliviados me recibió al emerger, de regreso al aire libre.

-¿Estás bien? ¿No te has lastimado? -me preguntaban una y otra vez.

-Lástima de Torre -respondí, meneando la cabeza con tristeza-. Quizás no debería haber subido: después del estropicio que causé sin querer, dudo que resista mucho más. ¡Y pensar que era tan antigua!

Callé. Había transcurrido más de una hora desde que iniciara el ascenso. Absorbido por mis experiencias no había notado el paso del tiempo, pero ahora mi estómago hambriento me lo recordó con estentóreos quejidos. El día declinaba. Mientras bajábamos cuidadosamente del peñón en dirección a los vehículos, me quejé apenado:

-Tengo hambre... Debo llevar como doce horas sin comer.

-Oh, lo siento -se excusó mi guía:- no habíamos previsto esta *pequeña* demora. Se suponía que merendarías a bordo de uno de nuestros navíos, que lleva las últimas horas aguardándote en el lago. Hacia allí nos dirigimos. No tardaremos.

-¿Es una embarcación civil, o militar? -pregunté yo.

-Es una cañonera mediana, una patrulla fluvial -respondió él, dándolo por obvio.

Enseguida pude verla, fondeada a cierta distancia de la costa. Tuvimos que llegamos en pequeñas pero raudas lanchas de asalto. Llegamos y fuimos izados, con lanchas y todo: eran parte del equipamiento de a bordo. Fui recibido con un "hurra" multitudinario, pero en presencia de tantos uniformados, yo había vuelto a adoptar mi talante hosco. Sabes que además y por principio, a nosotros los Minéyern el personal de ninguna Armada nos simpatiza en absoluto. Entretanto, ellos no

acusaban recibo de mi malestar. Puestos al corriente de mis aventuras Irienirothien, atribuían mi desgano al cansancio. Me recibieron con cordialidad, me asignaron un buen camarote dentro de las necesariamente sobrias instalaciones, y me invitaron de inmediato a tomar mi cena en el comedor de oficiales. ¡Eso sí fue gracioso! Un simple marinero raso, civil por añadidura, compartiendo el plato con aquellos arrogantes oficiales enfundados en sus impolutos uniformes de gala con botones de oro, con sus pechos henchidos enchapados en insignias y condecoraciones. Yo solo portaba la divisa de mi Empresa, además de mi clásico medallón Maëdi. Y si quieres más contrastes: ellos eran hombres maduros, y yo un joven imberbe; ellos eran altos y robustos, y yo... bueno; ya me ves.

Me mantuve huraño, pese a lo cual comí con apetito voraz... aunque sin dejar de atenerme al modo Maëdi. No participé de ninguna conversación, y si me apremiaban insistentemente con determinada cuestión, replicaba con gestos mudos o, en el mejor de los casos, con lacónicos monosílabos. Había caído la noche, clara y templada cuando me di por satisfecho. Entonces, encarando a mi guía pregunté:

-¿Puedo salir a cubierta? Comprende: llevo *meses* sin navegar. Añoraba...

-¡Sabíamos que te gustaría! -interrumpió él-. Espera que consulte -preguntó y tradujo-: sí, puedes salir; aunque no te enojas si te sientes vigilado. No te molestarán mientras no cometas ninguna imprudencia, pero entiende: nos encontramos bajo jurisdicción militar, y debemos ceñirnos a sus normas.

Asentí con un gesto y salí. Pasé esa noche sentado tranquilamente sobre la cubierta de proa, la espalda apoyada en la base de una torreta artillera y contemplando el cielo estrellado, hasta que me dormí. Y tal como prometieran, no me importunaron. A nadie estorbaba y me dejaron estar. Fue una noche apacible de sereno reencuentro introspectivo conmigo mismo.



XXII

Así que habían planificado mi travesía fluvial, con la expresa intención de complacerme. ¡Vaya! Desperezándome por la mañana, me sonreí al recordar lo aprendido en Evnir, respecto a la extendida costumbre de mantener cohortes de espías infiltrados entre los gobiernos o ejércitos de los países vecinos, que en el Área Central parecían ser sinónimos de "enemigos". Evidentemente, enterados de mi creciente nostalgia marinera, en Enedir habían procurado atenuarla. ¡Lástima que me enviaran un buque de guerra! Una barcaza maderera de los aserraderos me habría resultado más cordial. Aunque claro: no había aserraderos en el Ellvu. ¡Qué contienda tan necia!

Me incorporé entre grandes bostezos y miré al frente: ya se avistaba la costa septentrional del lago, con el perfil urbano recortado sobre el horizonte. Entré a asearme en mi camarote y, una vez presentable, me encaminé en busca de mi desayuno en el comedor de oficiales. Todavía me divertía esa situación... por más que me empeñase en conservar una apariencia exterior distante y reservada: no quería ni mucho menos, apresurarme en demostrar ninguna confianza a estos anfitriones. Mientras el desagradable episodio de los viñedos no se aclarase satisfactoriamente, yo seguiría malquistado con Enedir y sus autoridades. No te extrañe pues que desembarcando al mediodía, continuase arisco a pesar de los agasajos de que me hacían objeto. ¡Ahora sí se dieron por enterados! Posiblemente además, lo vieran venir. Ya en el banquete de recepción, se apresuraron a zanjar el asunto:

-Pareces contrariado, Maëdi. Dinos: ¿qué te disgusta?

Un silencio expectante cayó en torno a mí. Gran parte del público estaba compuesto por diplomáticos, viajantes de comercio y asiduos visitantes del Láyed que por ende, dominaban mi lengua. Me sentía incómodo, pero no por eso disminuí un ápice mi combativa aspereza al responder:

-¡No, claro! ¡Si mi pasatiempo favorito es jugar a ser acibillado en ataques aéreos a cielo abierto! Se supone que debería *agradecer* tan grata oportunidad, ¿verdad?

Sentí que rostro y ojos me ardían de ira contenida. Los hombres debieron acusar el impacto, porque el que no se estremeció en su sitio, dio un paso dubitativo hacia atrás. Aquel diplomático se inclinó levemente, como expresando bochorno o contrición al replicar con suavidad:

-Tendrás que disculparnos el mal trago, Maëdi. ¡No podíamos saber que fueses tú! Los informes de inteligencia se recibieron demasiado tarde, cuando el desaguisado ya se había producido...

Yo sostuve férreo mi postura:

-Eso no es cierto. Los aviones venían volando bajo, y a la tercera vez en vuelo rasante. Pude ver la cara del líder de la formación, y él me vio a mí. ¡Me amenazó con el puño! Eso no se hace por error, sino con deliberación.

Aquel hombre palideció al escuchar mi reporte. Cruzó unas palabras con altos mandos militares antes de volverse hacia mí y excusarse:

-No sabíamos eso, y de ser cierto es sumamente grave. ¡No lo dejaremos pasar! He pedido que el comandante de la escuadra, ese piloto que dices, sea conducido a nuestra presencia de inmediato. Pronto lo tendremos aquí. Entonces aclararemos este lamentable episodio. Hasta entonces, por favor, suaviza tus modos porque no estás entre enemigos. ¡Nadie aquí te desea mal!

Incliné el rostro pero permanecí mudo. También yo ansiaba zanjar la cuestión, antes de decidir nada. Fue una espera breve pero tensa: a los pocos minutos lo traían. El hombre, que venía fuertemente custodiado, parecía temeroso y azorado. Me estremecí instintivamente al reconocerlo. ¡Era él! Una vez frente a mí comenzó a balbucear sus descargos pero yo no esperé, ni a que terminase ni mucho menos, a que su titubeante discurso estéril me fuese traducido.

-Tu Registro -mascullé.

Una orden tajante y breve cuya traslación, sin embargo, se alargó considerablemente. Por lo visto, mi intérprete tuvo que explicarle además, el sentido de la expresión en jerga Maëdi. Noté que por fin lo comprendía, cuando aquel individuo de porte tan formidable se sacudió aterrado. Tartamudeó al decir algo que me fue traducido así:

-No es un examen que yo esté capacitado para obstruir...

-Tampoco esperaba *esa* clase de resistencia -repliqué-. Pero a fin de cuentas, se trata de tu intimidad más inexpugnable. No irumpiré sin tu consentimiento.

Pareció distenderse, momentáneamente aliviado al recibir la traducción, pero el alivio le duró poco. Enseguida los demás se aplicaron a presionarlo hasta que, abrumado por ve-tú-a-saber qué amenazas, aceptó. Entonces clavé mi mirada en sus ojos desmesuradamente abiertos por el pánico, y me sumergí en los recovecos de su conciencia. Hay algo respecto a esta técnica que debes entender: el Registro, que decimos nosotros, *no es* la Memoria, como el vulgo entiende erróneamente. Sino más

bien, la impronta que las propias acciones y experiencias van dejando en la conciencia. Fíjate que el concepto se parece, pero no es equivalente. Hallando un suceso registrado, no presenciaré con exactitud el orden de los acontecimientos como si reprodujese una filmación. Sí me veré interiormente asaltado por el torbellino de emociones y sentimientos que lo acompañaron. En consecuencia, puedo saber si un acto se cometió con malicia, buena intención o simple torpeza, si fue premeditado, espontáneo o accidental, y un sinfín de detalles por el estilo. Se trata pues, de algo mucho más profundo y sutil que simplemente, 'leer la memoria'.

¡Claro! Y lo mismo aplica, cuando borramos un Registro o cierto fragmento de él: no es que 'pierdas la memoria', pero sí tu acceso a ella. Por poner una metáfora gráfica: imagina que posees una cámara repleta de tesoros, y un día pierdes tu llave. El cuarto con su depósito continúa intacto, pero tú te has quedado fuera. Significa que en principio y aunque no sin dificultad, el proceso es reversible. Solo que restaurar un Registro es más difícil que 'borrarlo'. Como siempre en este mundo: destruir es más fácil que construir, lastimar es más fácil que curar, y arruinar es más fácil que reparar. Por eso nosotros buscamos nuestros próceres entre los del segundo grupo, pues el primero no tiene mérito.

Hurgando pues en el Registro de este hombre, hallé al principio una súbita confusión. Sí, reconoció mi hábito al sobrevolarlo la primera vez, pero durante un instante fugaz no habría sabido decir si era auténtico o impostado. Pero él (y sus escoltas) llevaba la artillería incomprensiblemente atascada, a pesar de sus desesperados intentos por desbloquearla. Frustrado, en ese instante comprendió que no solo yo era un Maëdi auténtico, sino que además lo estaba entorpeciendo. Entonces me amenazó iracundo, desafiándome a su modo a combate singular. Sí: plenamente absorbido por un furor guerrero, en ese momento sólo ansiaba matar lo que se le pusiese por delante, así fuese un Maëdi.

-Me reconoció -resumí en voz alta-; supo que yo era el origen del bloqueo, y se propuso aniquilarme a como diese lugar. Si lo demás fallaba, había decidido lanzarse sobre mí en picado. En tal caso ambos habríamos muerto, ¡pero él habría vencido!

Difícil describir el estupor generalizado que desencadenó mi discurso. Lo interrogaron allí mismo, y se deshizo en súplicas lastimeras. Volviéndoles la espalda iracundo, me desentendí de la escena. No quería saber más de él. No me importaba tampoco lo que le hicieran: por mí y mientras no me obligasen presenciarlo, lo mismo daba que lo ejecutasen o lo cubriesen de medallas y lo ascendieran.

¡Problema de ellos! Me senté en mi sitio con actitud hosca y permanecí los minutos siguientes sin mirar a nadie ni tocar los cubiertos, recluso en mi justa indignación. Tras sucesivos intentos conciliadores de mis diplomáticos adjuntos, estallé por fin:

-¡Este es el resultado de vuestra desquiciada contienda milenaria! Os está envenenando el alma. Ya nada parece interesaros, salvo la urgencia de matar. ¡Locos! ¡Necios! ¡Ciegos! ¿Cómo no percibís la destrucción moral que semejante belicismo os está causando? Y ahora lo castigaréis para complacerme... ¿Pero acaso no veis, que en su lugar podría haber estado cualquier otro, con idéntico resultado? No es él: ¡sois todos vosotros! Son las bases éticas de vuestra sociedad, carcomidas hasta los cimientos por un conflicto transformado en motor único y exclusivo de vuestros empeños.

Uno de ellos intentó con timidez:

-Pero Maëdi, ¿qué quieres...?

-¡No quiero nada! -interrumpí- No es mi problema. No me interesa. ¡Arreglaos! Haced lo que gustéis; pero luego no os quejéis.

Él: -Como si uno pelease por puro placer...

Yo: -¿Y qué, si no? Si estuvieseis peleando a disgusto, ya habríais hallado el modo de poner fin a la contienda.

Como ves y en cumplimiento de mi palabra, yo los iba conduciendo progresivamente hacia el tema de mi plan pacificador, sin necesidad de comprometer a los Usnirothien como parte interesada. Así les evitaba partir con desventaja. O lo que es lo mismo, así me garantizaba la fijación de unas bases iniciales firmes, a partir de las cuales pudiesen proseguir sus negociaciones en condiciones de igualdad. También mi humor fue mejorando a medida que se mostraban receptivos. Para el final del almuerzo, ellos estaban entusiasmados con mi proyecto de legar las "Tierras de Irienir" para una futura Comunidad Maëdi binacional, y anhelaban el momento de establecer treguas y entablar el diálogo en Héilenar, bajo el auspicio de los sabios locales. Obtenido lo cual y ya plenamente distendido, me puse a comentar anécdotas de mi país y a compartir "chistes de ingenieros".

¡Y eso fue lo más reseñable de mi paso por Enedir! Ellos quisieron complacerme mostrándome las bellezas naturales de su país, los lugares de interés turístico y así por el estilo. Yo traté de eludirlo, pero algo les tuve que conceder porque según me hicieran notar, *"en Usnir me había quedado más"*. Sinceramente: esta travesía se me estaba volviendo una carga insoportable. Larga. Mucho más de lo que preví al iniciarla. Y excesivamente accidentada. ¡Por no mencionar la claustrofobia! Oh, sí: sé que

suenan paradójico. ¿Qué clase de encierro puedo sentir, desplazándome a mi antojo por el ancho mundo? Digamos pues que la inmensidad del Continente me agobiaba. Añoraba el mar, y lo sabía irremediablemente remoto, a miles de kilómetros de distancia en cualquier dirección que desde Enedir (prácticamente a medio camino entre Enovaïta y Tárgrat) quisiera tomar. Y si piensas que el Océano significaba para mí, la libertad, luego estar perdido en tierra firme y tan lejos, equivalía a una opresiva forma de "encierro".

Me dejé pues conducir a dónde me llevaron, para no contrariarles demasiado pero a desgano. Finalmente comprendieron que dadas mis circunstancias, complacerme estaba más allá de sus posibilidades y me permitieron continuar, no sin antes cubirme de rogativas y recomendaciones, bastante similares a las recibidas en Usnir. ¡Sí que me aguardaba trabajo a mi llegada a Héilani! Hacia allí me encaminé, alegre de poder utilizar el tren nuevamente, después de tantos meses sin ver ni usufructuar ninguno. Y llegué un día después, tras un viaje directo con muy pocas estaciones... aunque eso sí, una parada inusitadamente larga antes de cruzar las lindes boscosas del país.

Había una estación, que la gente a mi alrededor llamó "de aduanas". En realidad, era un puesto de control fronterizo, a cargo de las infaltables oficiales de seguridad. Se decía, que por cada una que veías, había tres más que revisaban al pasaje sin dejarse ver. De hecho, las visibles sólo importunaban a un individuo concreto bajo previa indicación de las invisibles. Básicamente, buscaban armas. No estaba permitido ingresarlas al Láyed. Sus portadores podían depositarlas en casillas numeradas en los almacenes de aquella estación, y recuperarlas al salir. Es decir, que tampoco se decomisaban. Solo se evitaba su entrada al país. La revisión era prolongada y minuciosa, y constituía la única exigencia tangible. Por lo demás, a las autoridades o la seguridad importaba bien poco el origen o documentación de los pasajeros... mientras no se tratase de auténticos criminales. Si alguien era detectado como particularmente peligroso, entonces también se le invitaba a descender, y volverse a casa en el próximo tren. Ambos requisitos, la no entrada de armas y el no ingreso de gente destructiva, eran tan famosos que en general, rara vez se producían demoras adicionales por tales causas. Incluso así, la parada se prolongó. Reiniciamos la marcha tres cuartos de hora después. Entonces avanzamos a buen ritmo bajo la densa arboleda, cruzamos un recio puente colgante de acero tendido sobre uno de los brazos más anchos del río y, ¡thenos aquí, en la Isla Principal!

Ya en la vieja capital, lo primero que me sorprendió fue su humilde austeridad. Ni rastros quedaban de los antiguos palacios descritos en las crónicas de antaño. Al parecer, nada había

subsistido de la Héilanir original tras la brutal destrucción perpetrada por los Sorien y sus aliados internacionales. Y los Mineyern al volver, si bien trajeran consigo un puñado de Saïvirien para que los ayudaran en la erección de nuevas infraestructuras, ningún cuidado prestaron a la restauración de su gloria perdida. Prefirieron limitarse a lo práctico e inmediato. Más tarde conversaría con ellos al respecto, mientras remontaba el río en catamarán. Supe así que debido a la inestabilidad impredecible del Área Central, seguían considerando este asentamiento, una "colonia provisional". Básicamente, estaban allí para aprovechar las riquezas del país, y para comerciar con zonas inaccesibles desde los puertos marítimos. Pero mantenían una deliberada economía de mínimos. Por ejemplo: sólo acudían adultos maduros, o jóvenes solteros. Si alguien deseaba casarse o tener hijos, regresaba a Malmeniént. Así pues, la demografía se mantenía intencionalmente estancada. No se molestaban en invertir excesivamente en el país, sino solo lo indispensable para producir. Obraban así pensando en la próxima invasión, y en esto sí se habían esmerado: el Láyed contaba con múltiples y expeditivas rutas de evacuación. En caso de amenaza externa, estaban preparados para abandonar todo y huir de inmediato, cada cual por la vía de escape más próxima a su posición. ¡No volverían a dejarse masacrar! Esto explicaba pues la humilde rusticidad de cuantas edificaciones contemplaba en la otrora hermosa capital.

Tampoco mantenían Academias ni bibliotecas. Era un país dedicado al trabajo, no al estudio. Los únicos libros que podías conseguir, eran los dos o tres que cada operario trajera consigo a título individual. Para leer a sus anchas, se apañaban intercambiándolos y compartiéndolos entre sí. Y tenía sentido: imagina el engorro de tener que demorarse en salvar las bibliotecas durante un ataque. O la desazón de cederlas a sus enemigos al escapar con premura. En vista de la anómala situación, ¿de dónde sacaría ahora un Rector, al cual confiar los numerosos pedidos recogidos a lo largo de mi periplo? Obviamente, ¡de la sucursal local de la Malmeniént! Sabes, que a nuestros directivos empresariales también llamamos "Rectores", lo mismo que a los altos representantes diplomáticos y comerciales. A ellos acudí pues, transmitiéndoles los diversos pedidos recabados a lo largo de esa tediosa travesía que ya me había arrepentido de iniciar:

Que por doquier reclamaban la afluencia de colonos Maëdern;

Que los países del interior deseaban asegurarse el suministro de mercancías y a tal fin, esperaban que los Malméniern asumiesen el control del tendido ferroviario internacional (creo que este punto les interesó, y de manera harto comprensible). Y la guinda del pastel:

Que hastiadas de la guerra a partes iguales, Usnir y Enedir pedían una mediación Maëdi; cederían el territorio en disputa para el asentamiento de una nueva Comunidad, que admitiría en su seno aspirantes de una y otra ciudad, creando a largo plazo una colonia mixta, que serviría de nexo pacífico entre ambas naciones.

Esto último los dejó boquiabiertos e incrédulos, pero les insistí tanto que prometieron invocar a los emisarios interesados para confirmar sus intenciones, en cuyo caso colaborarían dichosos al cese definitivo de tan agrio conflicto. Cumplidas mis obligaciones, me sentí libre de continuar a mi aire. Busqué alojamiento por un día, cené opíparamente, disfrutando la grata posibilidad de volver a degustar platos sencillos y conocidos, y dormí plácidamente a pierna suelta hasta que me consideré recuperado. Tras despertar me prodigué un desayuno tardío y salí a recorrer la ciudad, preguntando a los transeúntes qué lugares de interés ofrecía al visitante.

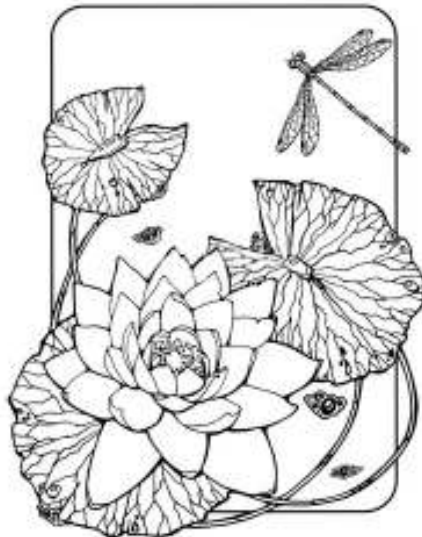
Curiosamente, mis indagaciones despertaban la extrañeza general. *¿Un turista Maëdi? ¿Pero de dónde venía yo?* Y lejos de curarles el estupor, mi respuesta de provenir de Hísel-Minei lo acrecentaba. Finalmente recibí la recomendación de visitar Vayedem, cuyo clima me sentaría mejor (el de Héilanir me estaba sofocando), y cuyos paisajes hallaría más hermosos. Y preguntando sobre el medio de locomoción conveniente, me explicaron que lo mismo podía ir en tren (va de Norte a Sur siguiendo la margen oriental del río, y posee anexo un pequeño puerto de intercambio fluvial en cada estación), que en catamarán ascendiendo el brazo principal del río. Obviamente y aunque esos modelos se consideran veloces, en barco demoraría mucho más; pero dado que mi propósito era conocer el país, posiblemente la navegación me prodigaría una experiencia más edificante.

Enfermo de nostalgia marinera, acepté complacido la posibilidad de volver a navegar, aunque más no fuese un río, y tomé el buque hacia Vayedem. Era un navío mediano, e iba repleto de turistas extranjeros, viajeros de comercio, diplomáticos de licencia, y demás gente por el estilo. Salvo los miembros de la tripulación, apenas había otros Maëdem. Yo pasaba las horas sobre cubierta, contemplando las arboledas entrelazarse sobre nuestras cabezas, y los abigarrados cañaverales cercando las orillas. Miraba y reflexionaba en silencio.

Luego: ¡he aquí el Láyed! Nuestra patria ancestral, tierra de origen de nuestra Orden. Yo había esperado sentir cierta reminiscencia; como el despertar muy profundo de algún sentimiento de pertenencia aletargado. Pero no sucedió. El panorama era agradable, no lo discuto. Reconfortaba el espíritu. Te permitía sumergirte en los sonidos de la selva amodorrada y olvidarte del conflictivo

mundo exterior. Indudablemente, era un hermoso país. Y surcar sus aguas era un bálsamo para el espíritu fatigado. ¡Pero mi hogar no estaba allí! Con lágrimas mudas, lloré mi decepción.

No. ¡No soy un tierno! Comprende: para mí, fue como ver marchitarse y fenecer una secreta ilusión. Ahora sabía que la desconexión era absoluta. Tras tantos siglos de distanciamiento, nuestro hogar ancestral estaba en Darei, no en el Láyed. Era triste, sí. Era... como haber perdido nuestra raíz primigenia. ¡Y no te extrañe que hable en plural! Tengo la certeza de que cualquier otro Mineyu en mi lugar, habría compartido idéntica experiencia. Por fortuna, la travesía fluvial fue tan larga y tranquila, que me permitió ir congraciándome interiormente con la realidad. A medida que avanzábamos fui superando la melancolía, y me dejé arrullar por el tranquilizador susurro de los motores. Arribé a Vayedem reconciliado con el mundo, con la vida, y con prácticamente cualquier cosa que se te ocurra. Sin duda, el Láyed es un país maravilloso. ¡Aunque no sea el mío!





A mi arribo, se iniciaba la primavera en Vayedem. Dicen, que muchos emigrados a Darei a lo largo de las generaciones, procedían de aquí. Cuestión de adaptación climática, dicen; aunque el clima de Vayedem es por lejos más templado que el de Darei, tan riguroso en invierno. No sé si por remota afinidad o qué, me demoré en esa isla un par de días, indolentemente dedicado a tareas tan trascendentales como pasearme por las inmediaciones de mi albergue, sentarme en la orilla a contemplar el paso de distintas embarcaciones, comer y descansar a conciencia. También aproveché para socializar durante las comidas: pronto se había corrido la voz de la inusitada presencia de un Mineyu, así que muchos curiosos se acercaban a conocerme y conversar.

-¿Sabes? -me dijo uno de ellos-: debes ser el primer Maëdi de Darei en visitar el Láyed, después de vuestra célebre Alervin Deye.

-Oh, no -repliqué-: también pasó por Héilenar nuestro Rector de Copistas, con motivo del Concilio General de mediados del siglo XXIV.

Él: -Vaya, ¡cierto! Había olvidado ese episodio.

Yo: -Y pensar que por entonces, fueron *los Sorien* quienes evitaron nuestra disolución...

Equivalía a afirmar que de no ser por esa intromisión, los Maëdem habríamos dejado de existir. Considerando los acontecimientos posteriores, era un recordatorio incómodo. Mi interlocutor se detuvo a meditarlo en silencio, antes de concluir:

-Incluso así, tú sigues siendo el primer Darayu en visitarnos en mil años. ¡Y el colosal rodeo que habrás dado para llegar! Cuentas con mi admiración y respeto, Mineyu.

-Bah -repliqué con timidez-: no soy más que un turista en tránsito. Y ya que estamos, dime: ¿qué me recomendarías visitar a continuación?

-¡Las minas de Puncó, por supuesto! -replicó al instante, con espontaneidad natural-: son dignas de verse. Nuestras explotaciones allí, y el Puerto de Invierno al Norte, constituyen nuestro máximo orgullo en la región, ¿sabes? Aunque difícilmente quieras allegarte al puerto: su gélido rigor te espantará. Pero las Minas son otro cantar. Sí: en ellas hallarás mucho para ver y explorar. Te gustará. Y llevarás cantidad de descubrimientos interesantes para detallar a tu regreso.

Yo: -¿Y cómo me conviene ir: en barco o tren?

-¡En tren, obvio! -respondió entusiasmado- Y te bajas en la Estación de Transferencia de Cargas. No quiero excederme en descripciones, y arruinarle luego la sorpresa. Sólo apuntaré que se trata de una instalación subterránea. E incluso siendo un Mineyu con atávica aversión a las profundidades rocosas, la visita tendrá que interesarte.

Yo: -¿Qué le hace una mancha más, al tigre? Después de tantas vicisitudes sufridas desde que pisé el Área Central, ir a sepultarme en vida será poca cosa. Además, que ya estuve encerrado en un búnker atestado y aunque desagradable, tampoco fue un trance tan grave. ¡Los he sufrido peores! Así que gracias por tu recomendación: la seguiré sin reparos.

Él: -¡Bravo! Eres un joven valiente.

Yo: -Pues no... No tanto. ¡No creas! Lo mío es más bien inquietud y curiosidad. Son tan intensas, que acaban doblegando mi apocamiento natural. ¡Jaja!

Tras amanecer pues mi tercera mañana en Vayedem, abandoné mi albergue dirigiéndome al embarcadero. Allí abordé una lancha de pasajeros que cruzaba hacia el puerto ferroviario en tierra firme, y tomé el tren hacia el Norte. A pesar de, especialmente tras cruzar el último gran puente de acero sobre un importante afluente, ir ascendiendo a través de un terreno progresivamente accidentado a medida que nos aproximábamos al Macizo, llegamos en apenas tres horas. Bueno... tampoco olvides que Vayedem era llamada "la Capital de Puncó", por su relativa proximidad... ¡Relativa", dije! Ya sé que median unos quinientos kilómetros entre la isla y las montañas más cercanas. Tuvimos una última estación justo frente a la entrada del complejo minero y... ¡Adentro!

Como tantas "primeras cosas" que hice a lo largo de mi periplo, ese fue mi primer viaje subterráneo en tren. ¿La verdad? Impresionaba. La recia factura del túnel, el aspecto adusto de las rocas cortadas y esculpidas a periódicas trazas de taladro, la impenetrabilidad profunda hacia la cual nos internábamos, ¡tomar conciencia de las toneladas de roca irguiéndose soberanas sobre nuestras cabezas! Pues... ¡No! No: nada de eso. Ni trazas de ese "imprescindible revestimiento tubular de hormigón" que señalas. Lástima: en su momento desconocía la mera existencia o necesidad de tal procedimiento, así que tampoco indagué en el motivo de su ausencia. Esto... Lo siento; veré si subsano la omisión, aquí y ahora.

¡Hecho! ¿Ves a ese de allá?: es ingeniero de minas, y considera que posiblemente se tratase de una defensa. Es sólo una conjetura, ¿vale? En su opinión, en situaciones normales los Malméniern siempre podrían fiarse de que el Saïri sostendría el sistema para ellos. Pero en caso de invasión y

careciendo de tan crucial armazón, sería más fácil e inmediato colapsar los túneles sobre los intrusos, bloqueando el acceso al interior. Y volviendo a pensarlo tiene sentido, porque enseguida verás que también ellos afirmaban contar con sistemas de protección y seguridad, aunque no me detallaron su naturaleza y falta de experiencia, tampoco inquirí. Sí que aterra pensarlo, pero basta con no intentar atacarlos para evitarse el trauma... En fin: cualquier detalle hacia el cual dirigieras tu atención te comprimía el alma, haciéndote sentir ínfimo y frágil. Incluso así, mi improvisado asesor turístico de Vayedern tenía razón: la Estación de Transferencia constituía la sorpresa mayor. ¡No sepas lo que los Malméniern tenían montado allí!

Era más, muchísimo más de lo que su nombre, tan sobrio y poco pretencioso como cualquier obra Maëdi, pretendía sugerir. Aquella "Estación" era el centro neurálgico de la industria minera y metalúrgica del Macizo. Y por lejos, la urbe más poblada del país. ¡Si señora! En torno a ella y en varios niveles, se desarrollaba una genuina metrópolis subterránea, populosa, bien abastecida y lo principal: prácticamente inexpugnable; planificada y construida como para resistir incólume la más furibunda invasión, el más brutal asedio que cupiese concebir. Según mis eventuales guías, en caso de catástrofe podía aislarse por completo de cualquier amenaza exterior, para permitir a continuación una sigilosa y ordenada evacuación de sus habitantes; de no ser posible hacia el Norte, ¡hacia el Estel!

Por tal motivo, la riqueza y pujanza que no había podido hallar por ningún rincón del Láyed, las hallé con creces aquí abajo, ocultas a las miradas indiscretas, completamente ignoradas por cualquier extranjero: a nadie que no fuese Maëdi se consentía el acceso a las minas. No te asombre pues que se sintiesen tan seguros, que aquí sí se consentían las familias, las bibliotecas públicas o "salas de lectura" e incluso, Academias. Las había como es natural, de Mineros, de Fundidores y de Ingenieros; para formarse en cualquier otra Disciplina, era menester trasladarse a Malmeniént.

Visitar aquella Estación fue como retroceder hacia las desaparecidas "Ciudades Ocultas" bajo la Cordillera, previo al colapso de Andu. Casi no subsisten descripciones ni crónicas respecto a ellas, pero después de lo contemplado en Puncó, me siento capacitado para hacerme una idea muy aproximada de lo que fueron, y cómo vivirían sus pobladores. Lo que habían conseguido los Malméniern aquí, era lisa y llanamente inasible. Me llenó de bochorno y admiración. ¡Vaya! En esto sí, nos habían superado definitivamente... ¿Sabes? Hasta tenían deliciosos jardines y bosquecillos interiores. Por momentos, incluso podías *olvidar* que estabas sepultado, pues habían excavado los

recintos tan amplios y altos, y los mantenían tan bien ventilados e iluminados, que sencillamente lo olvidabas, especialmente si te detenías a descansar en los parques. Y disfruté esa visita. Yo: un marinero adicto al aire libre y los horizontes infinitos. ¿Quién lo habría dicho? Definitivamente, aquel “asesor turístico” había acertado, ¡y cómo!, con su recomendación. Y contra cualquier pronóstico, me demoré varios días en esa Ciudad Oculta, visitando canteras y fundiciones, merodeando sus jardines y tabernas, y conversando con la gente, que me contemplaba con una admiración indescriptible. Ahora sí que, sin proponérmelo, había hecho historia: era el primer “Maëdi Occidental” en descender a los abismos de Puncó. ¡Ni siquiera Alervin Deye había estado aquí!

Días más tarde, dando por culminada mi visita a las minas, volví a asesorarme y partí en tren, de regreso hasta la estación (en tierra firme) de Vayedern, donde me apeé y tomé otro tren que, bordeando las estribaciones del Macizo hacia el Este, se dirigía a Tárgat.

La primera jornada avanzamos con pesada cautela, con las montañas y sus pequeñas “ciudades mineras” a la izquierda, y los valles profundos a la derecha. Sorteamos cantidad de torrentes desbocados y abismos de vértigo; incluso tuvimos que cruzar un largo túnel para franquear el largo brazo perpendicular del macizo que se interna hacia el Sur. Tras cruzarlo, el paisaje a mi derecha se alegró. Donde antes imperase un panorama amenazador dominado por las crestas desnudas de riscos y mesetas separadas por anfractuosos abismos traicioneros, ahora se alzaban amables arboledas sobre el terreno en terso talud, nutridos bosques fragantes recientemente reverdecidos por la magia tonificante de la primavera.

Apenas sí viajaban otros Maëdern. La mayoría de pasajeros eran ciudadanos orientales. Tuvimos estaciones en todas las ciudades mineras y siderúrgicas, pertenecientes a la Confederación de Tárgat. El extremo Este del Continente Grande allende el Láyed, es tan próspero como pacífico. ¡Si vieran los necios belicistas del Área Central, de las bondades que se privan por empecinarse en sus estúpidas guerras! Pero claro: ellos han acabado por llamar a la guerra “arte”, y al espíritu marcial, “virtud”, y perciben al comercio como una actividad mezquina, y a la industria como ocupación degradante. ¡Tan errados están! Mientras que, desafiando esos prejuicios, los ciudadanos extremo-orientales son hombres orgullosos e indomables, férreos defensores de su libertad y propiedades. ¡Que se atreva cualquier déspota, nacional o foráneo, a amagar con quitarles nada! Allí los tendrá, formando un dique inconmovible, un robusto frente común contra el cual se estrellarán sin remedio. ¡Así es la gente del extremo Este! Ocurrentes, optimistas y amables, pero no los fastidies.

A la siguiente jornada, habiendo superado el área accidentada a los pies del Macizo, nos internamos a gran velocidad en los llanos, hacia el Sudeste. Y entonces, próximo el mediodía, lo vi: ¡allí estaba el Océano, con sus aguas perladas por los rayos perpendiculares de la Reina del Día! Y como buen tierno que soy, me estremecí y lloré de pura emoción. Una mujer se me aproximó preocupada:

-Maëdi: ¿pasa algo?, ¿te sientes bien?

-¡Oh, sí! -respondí, entre lagrimones e hipidos- Sucede que... ¿ves allá?: es mi hogar. ¡Estoy volviendo a casa!

La buena mujer se quedó pasmada, oteando en lontananza, tratando en vano de avistar cualquier posible vivienda. Otro pasajero se aproximó, me miró con atención y resolvió el acertijo para ella:

-Mira -le dijo, señalando mi emblema de Hísel-Minei-: es un marinero. Y al parecer, está enamorado del océano.

Yo asentí con un gesto, y ella rió aliviada. Así era la gente de aquella región bendita. ¡Y pensar que no eran ni más ni menos, que descendientes de colonos provenientes del Área Central! En suma, la misma gente aquí que allá. Pero estos habían aprendido a convivir y prosperar en paz, mientras los otros preferían hundirse en la miseria con tal de no ceder un palmo.

Y hasta aquí, los aspectos más reseñables de aquella necia aventura mía. Lo siguiente fue interesante, sí, y me ocupó todavía un par de meses más.

Tuvimos estaciones en todas las ciudades y puertos del Norte antes de llegar a Tárgrat, de nuevo en el Hemisferio Austral, donde descendí. Dediqué los días necesarios a visitar la ciudad, recorriéndola a conciencia. Nada me apremiaba: me había hospedado en la Torre Malmeniént, donde fui recibido con admiración y festejos, y en la cual contraté un guía-interprete a quién confiarme mientras durase mi estadía. Y ya había reservado mi pasaje en un navío de su empresa.

Mi travesía marítima fue deliciosa y emotiva. Era casi como haber vuelto, y a pesar de ir en un simple carguero, fui bien tratado. Una vez en Malmeniént, tampoco me apresuré a abandonarla. Hospedándome en la Torre, dediqué las jornadas siguientes a recorrer las diversas instalaciones portuarias, comparando mentalmente. Fue mi obsesión continua mientras permanecí allí: comparar, siempre comparar. En qué los habíamos superado, en qué no, en qué se nos podía considerar más o menos empatados... ¡Los efectos de la vieja rivalidad, sí! Un impulso natural inextirpable del espíritu humano. Pero por lo menos, ya ves: no por eso vivimos matándonos, como otros.

Días más tarde y dándome por satisfecho, tomé el “ferrocarril interior” hacia el Este. Claro: de principio a fin, mi viaje fue siempre un periplo de Oeste a Este, pero ahora que estaba en Malmenient, resulta que tenía Hísel-Minei al Este; y al Oeste, Tárgrat. Por eso dicen algunos que *“él/ Este del Este es el Oeste”*. Atravesé pues la Gran Isla Occidental de extremo a extremo, hasta “Gueravi Minei”; esto es: el Puerto Oriental, donde tomé un ferri que me cruzó a la Gran Isla Central. Una vez en ella, me desvié hacia el Sur, en busca de las cálidas playas tropicales. En ellas me detuve, alquilando una cabaña próxima a la costa en un área balnearia. Nunca había visto un mar de aguas tan mansas y cristalinas, y tan profusamente poblado de criaturas multicolores. Daban ganas de establecerse allí para siempre.

Me despertaba temprano, comía cualquier cosa en una fonda cercana y salía a recorrer la playa. Ocasionalmente me zambullía en las templadas aguas claras, buceando con los ojos abiertos entre corales y algas. Los cardúmenes pasaban impávidos ante mis narices, mi intrusión en sus dominios no parecía importunarlos. Al mediodía volvía a tomar un bocado y me retiraba a reposar bajo las palmeras, leyendo apaciblemente hasta adormecerme. Por las tardes, asistía a los conciertos y bailes bajo las arboledas moteadas de farolillos, junto a la taberna. Fueron unos días de idilio que me costó interrumpir. Tuve que arrancarme de allí, prácticamente por la fuerza. Entonces volví en autobús hasta la estación de tren más próxima, y continué mi viaje atravesando la isla, hasta su propio “Gueravi Minei”, que para distinguirse del anterior, llevaba el añadido de “Ilsiu”. En conjunto: “Gueravi Minei Ilsiu”; que vendría a ser “Puerto Oriental, Central”. No muy inspirado ni creativo, ¿verdad? ¡¡ajaj!

Desde allí volví a tomar un ferri que me condujo por fin, a suelo patrio. ¡Mi isla natal! Apenas hollarla me desvié una vez más, prácticamente en línea recta hacia el Oeste, a las ciudades mineras al pie de las Montañas del Norte; una cadena montañosa que semeja una especie de escudo septentrional, aislando la costa Norte del interior y frenando los vientos cálidos, por lo que nuestra isla es bastante más fría de lo que cabría esperar. Esta cadena montañosa se sumerge en el océano entre nuestra Isla y la Central, emergiendo solamente sus picos más elevados en forma de archipiélagos. En la Gran Isla Central reaparece, pero ahora bordeando su costa austral. O sea que en mi visita a los mares tropicales ya descrita, yo había tenido mi refugio costero, prácticamente al pie de las serranías. Un paisaje de una belleza prístina, difícil de describir para un rudo marinero como un servidor. Y a estas alturas, posiblemente ya conjeturas con acierto, lo que sucede con esas

montañas a continuación: vuelven a sumergirse formando ristas de islotes rocosos, para reaparecer, nuevamente al Norte de la Gran Isla Occidental que, por lo mismo, es de clima tan fresco como la nuestra.

Yo visité pues las ciudades mineras al pie de las montañas, y luego fui al encuentro de la estación ferroviaria más próxima, descendiendo un riacho en una barcaza de suministros. ¿Quizás incluso, pasé por las inmediaciones de la nueva finca de mis padres? Eso no tenía modo de adivinarlo por entonces, y ahora ya no lo sabría averiguar. Desde allí tomé pues el tren del Ferrocarril Interior, de regreso a Hísel-Minei. Llegué embargado de emoción, casi tan tembloroso y conmocionado como en mi primer visita, unos seis años atrás. Habiendo pasado más de diez meses fuera, el otoño estaba en sus estertores finales, y el invierno lo seguía brioso, procurando expulsarlo con sus ventiscas borrascosas. ¡Un chubasco torrencial me recibió gélidamente al bajar del tren! Feliz de la vida, corrí a refugiarme en la Torre.

Llegué empapado y tiritando, pero no me importó. La alegría del reencuentro me calentaba el alma. Subí hasta el "Nivel 20" (sabes: la 30ª Planta en realidad), y escogí mi cena, pródiga en bebidas y platos calientes, en el mostrador. Con ellos fui a ubicarme en un ángulo de la sala, el que daba al Nordeste ofreciendo, en teoría, unas vistas espléndidas de los lejanos puertos Aléyer. En realidad, entre la copiosa cortina de lluvia insistente, los vidrios que se empañaban de continuo, y que afuera ya había oscurecido, era imposible avistarlos. Apenas sí se alcanzaba a ver la siempre ajetreada Terminal de Contenedores, tan generosamente iluminada como siempre, y el Puerto de Granos, sin actividad en ese momento. Con gran estruendo, los relámpagos descargaban de continuo sobre el pararrayos de la Torre, único edificio genuinamente alto del lugar, iluminando el paisaje circundante de manera esporádica y fugaz. ¡Ah! Esas *gloriosas* Sudestadas... ¡Tendrías que estar allí, una noche de tormenta! Uno se siente simultáneamente asediado y protegido, ¡La Torre se sacude, pero resiste! El espectáculo es grandioso y la experiencia, inolvidable.

Muy tarde esa noche, me encerré a cambiarme en los aseos, desechando el hábito desgastado y empapado. No es que el que vestí a cambio estuviese en mejores condiciones, pero por lo menos lucía limpio y seco: a lo largo de mi ruta, siempre me había ocupado de lavar mi ropa cada vez que arribaba a cualquier albergue ordenado. Ya adquiriría ropa nueva al día siguiente. Por lo pronto, me busqué un rincón discreto dentro de la misma Torre, y me dormí acurrucado sin molestar ni ser importunado. Desperté temprano y volví al Nivel 20, a tomar mi desayuno antes de salir a comprar

ropa nueva. El Restaurante estaba mucho más atestado a esas horas. Escogí mi desayuno y me fui a tomarlo en el otro extremo de la sala, hacia el Oeste, siempre más vacío. Me senté disponiendo mi menú sobre la tabla, y colocando mi pesado morral debajo, entre mis pies. Esperaba pasar el siguiente par de horas bebiendo tranquilamente mi enorme tazón de chocolate caliente y espeso, y comiendo mis bocadillos sin apuro mientras reflexionaba en mis asuntos; hasta que en la ciudad abriesen los comercios y pudiese salir de compras. Luego volvería a cambiarme, desearía definitivamente la vieja y desgastada ropa del viaje y, ya adecentado, me presentaría en las oficinas de la Naviera, a solicitar mi siguiente contrato. Un plan tan simple que sin embargo, se desmadró enseguida.

-¡Devri! -gritó alguien al reconocerme, centrando la multitudinaria atención pública en mi persona- ¡Bienvenido de regreso! ¿Qué tal te ha ido en tu "vuelta al mundo"?

Oh... ¡No sepas qué fastidio! Enseguida me vi asediado por cientos de curiosos. Quien hasta ayer no me conocía, ni tenía idea de lo que acababa de hacer, se enteró en ese preciso momento. Incluso tratando de ser conciso, debo haber pasado como cinco horas seguidas resumiendo mis impresiones de viaje y respondiendo a las más diversas cuestiones. Por lo menos, gané un almuerzo por cuenta de mi extasiado auditorio. Pero pasadas las dos de la tarde interrumpí y corrí a la calle, aprovechando una tregua entre chaparrones para dirigirme al sector comercial. Compré por fin mi ropa nueva, amén de otro morral; deseché los viejos y todavía alcancé a presentarme en las oficinas de la Naviera antes de que cerrasen la atención al público. Y allí, como en el Restaurante, desperté la misma reacción:

-¡Devri!!!

Ya estaban enterados: la noticia había corrido rauda por la Torre y sus alrededores, y seguía extendiéndose en dirección al puerto, cual reguero de pólvora. Nunca un simple marinero raso fue tan famoso. La recepcionista me invitó pues a pasar al despacho del Rector, algo de ordinario innecesario en la tramitación de un contrato a tan básico nivel, y allí tuve que ofrecer un nuevo resumen de mis peripecias. Por fortuna, él me permitió ser francamente conciso, para extenderme un sobre sellado a continuación:

-Te esperan en el "Deleri Vereyú", sabes, tu último navío. Estará aquí en tres días. Al abordar, entregarás este sobre sellado al capitán. Dentro van tu documentación personal y tu contrato. Lo firmarás a bordo. ¡Suerte, y bienvenido de regreso!

-¡Vaya conducta inusual! -pensé-. ¿Estarán enfadados conmigo?

Descendí la Torre y me fui a los Astilleros. A partir de ese día y hasta que abordase mi buque, comería en el obrador y dormiría en los siempre calientes galpones de la fundición. Como hacía seis años, cuando era un niño inmigrante recién llegado del campo. Conté con ansiedad los días hasta la llegada de mi viejo-nuevo navío, y ya estaba aguardándolo en su dársena del puerto antes incluso de que echase amarras. Por lo visto, a bordo me aguardaban con idéntica ansiedad. Fui vitoreado al subir, recibí cantidad de apretones de manos y palmadas a la espalda y por último, alguien me dijo:

-Deja tu fardo en el camarote y corre con tus papeles: el capitán te espera en el puente.

No sin cierta reticencia, obedecí. En mi interior, un temor incomprensible me oprimía el alma. Quizás sólo se tratase del aguijoneo de la incertidumbre. ¿A que vendría ese protocolo tan inusitado? ¿Irían a castigar mi prolongada ausencia? Decir que ingresé al puente con timidez, sería poco: venía incomodísimo, rogando desaparecer. El capitán me recibió con amable seriedad. Eh... bueno: eso de la seriedad era habitual en él. Hum... Y la amabilidad, también. No me preguntes cómo se las componía para mantener ambas actitudes en simultáneo. En cualquier caso, no había nada alarmante en su conducta. Y sin embargo, mi intuición seguía intranquila. Lo saludé, y le extendí el sobre.

-¡Bienvenido de regreso, Devri! -dijo él-. Nos tuviste en vilo, con el corazón en un puño hasta que arribaste al Láyed sano y salvo, y ellos nos transmitieron la noticia por medio de la Malmeniént -yo asentí mudo, el prosiguió mientras abría el sobre y retiraba los papeles-. Bien: tal como pedí, aquí tenemos dos grupos de documentación y contratos posibles, a tu elección. Así que ahora escoge: el puente, o la sala de máquinas.

¡Casi me da un desmayo! Me quedé mirándolo pálido y boquiabierto, e incluso empecé a temblar. Él habrá previsto mi reacción, porque no se dejó impresionar. Con su seria amabilidad de siempre, explicó:

-Eres demasiado prometedor, Devri, como para dejarte eternamente relegado en tu categoría de simple marinero raso. Tienes aquí pues, dos opciones: cadete en el puente, o en la sala de máquinas. Cumplirás uno u otro contrato y al finalizar, irás a estudiar formalmente en la correspondiente Academia. Te concedo una hora para meditarlo y escoger. Te recibiré con tu respuesta, en mi despacho. ¡Sé puntual!

Asentí en silencio y salí trastabillando de vértigo. Corrí a refugiarme en el rincón más apartado del navío y lloré. Sí, ¡claro que lloré! Lloré por mi futuro que al parecer, me cerraba sus puertas otra

vez. Entiende: a medida que asciendes de posición, tus responsabilidades a bordo son cada vez mayores, demandándote más tiempo y atención. ¡Justo lo que quería evitar! Recuerda: yo no estaba allí para hacer "carrera marítima", sino para contar con techo y sustento asegurados mientras en realidad, dedicaba casi todo mi tiempo y energías a estudiar lo que realmente me interesaba. Que venía a ser: la amplia variedad de Disciplinas desarrolladas por mi Orden... *excepto* la ingeniería o el arte de la navegación. Y es que en el fondo, nunca había dejado de ser un Originalista! Mucho más abierto que otros, cierto, pero no por eso menos Originalista.

Desperdiicé tres cuartos de hora lamentando mi futuro sacrificado, antes de recuperar la compostura y procurar reflexionar:

-Tengo que decidir -me dije-. No hay una tercera opción... salvo acabar despedido, supongo. ¿A dónde iría entonces, solo y sin nada?

Obligado sin remedio a optar, la decisión estaba cantada. No solo que la sala de máquinas es por lejos, el sector más absorbente de cualquier embarcación; sino que además, seguían sin agradarme los espacios ruidosos y cerrados. Luego, me presenté puntual en el despacho del capitán, para concluir en un murmullo afligido:

-El puente...

-Perfecto -dijo él, tan serio y amable como siempre-. Firma aquí, toma tu documentación personal, y sígueme.

¡Y lo seguí! Así inicié, con harta reticencia y contra mi voluntad, mi carrera marítima. O por lo menos, así lo percibí entonces: como un sacrificio y una pérdida, impuestos por el arbitrario egoísmo implacable de la empresa en constante busca de beneficios. ¡Y me equivocaba! Realmente me tenían en gran estima, y velaban por mí. Con los años, aprendí a valorar la presión a la cual debieron someterme, y les agradecí. Sí: aunque para entonces servíamos en naves y rutas distintas, años más tarde busqué a mi capitán hasta hallarlo, para darle las gracias en persona. Lo mismo a aquel Rector, que ya se había retirado.

Epílogo

El capitán Maëdi Devri Laneyed abandonó el servicio activo en el 3411; esto es, a los cuarentaiséis años. ¡Edad inusitadamente temprana para renunciar a tan brillante carrera! Pero como él mismo nunca dejó de reconocer, sus proyectos vitales habían sido distintos, y jamás los traicionó. Aprovechando pues la inauguración de la Torre Hísel-Minei de Darei, se asentó definitivamente en ella, abriendo una "Academia Generalista Inicial" en su Biblioteca; a fin de atender a las decenas de aspirantes externos que, a pesar de que salvo el puerto, todavía no existía una ciudad propiamente dicha, ya empezaban a afluir año tras año. De hecho y hasta que Draïr no se inauguró oficialmente en el 3427, la suya fue la única Academia Maëdi de cualquier tipo en la localidad. Un parvulario, en resumidas cuentas, solo que como su alumnado era juvenil y adulto, no lo podía llamar así. Hasta entonces, aquellos de sus discípulos que desearon continuar ahondando en la sabiduría y habilidades de su Orden, debieron proseguir sus estudios en Aïketh.

Ese mismo año conoció a su esposa, alumna aventajada con la cual contraería matrimonio tres años después. Por entonces, no era todavía un genuino 'Guardián de la Tradición, pero se aproximaba a su meta a ritmo acelerado. Llegaría a ser reconocido como tal dieciséis años después, por las Maestras llegadas desde el Continente Pequeño para asumir los Rectorados de las Academias del Valle. Pese a lo cual, él prefirió seguir rigiendo su humilde parvulario del puerto hasta que se retiró, hace apenas unos meses. Auténtico marinero y genuino Originalista, desde entonces pasa largas jornadas ensimismado en la Biblioteca, plenamente dedicado al gran placer de su vida. Y las veladas contemplando las dársenas desde el famoso Nivel 20 de la Torre, donde me lo presentaron y lo entrevisté.

Jardines de Esperanza, 1º de Enero, 5780

los relatos de

Mundo Saïri

Año y orden de redacción	Cronología Interna
Mundo Saïri I: ----- 1998-2000	Balada de Aïnilé Saïri: ----- 01
Balada de Aïnilé Saïri: ----- 2000	Mundo Saïri I: ----- 00-700
Mundo Saïri II: ----- 2002-04	Historia de Aïnilé Saïri: 00-920 (aprox.)
Historia de Aïnilé Saïri: ----- 2004	Mundo Saïri II: ----- 500-1538
Auntobigraf. M. T. Lidki: ----- 2004	Anecdotario: ----- S VIII-XXIV
Emperador Penitente: ----- 2004	Sobre Meneyú: ----- 1204
Hist. d. l. Sorien d. Aleinir: ----- 2004	M. Manervi: ----- 1205-20
Documento Nareidin: ----- 2004	M. T. Lidki: ----- 1202-71
M. Udei Laëmi: ----- 2004	L. Caminos...: -- S XIV (fecha imprecisa)
M. S. post Imperial: ----- 2004	Emperador Penitente: ----- 1337(?) - 65(?)
Sobre Meneyú: ----- 2005	M. U. Laëmi: ----- 1375-79
E. Abismo e/ l. Mundos: ----- 2005	Sorien de Aleinir: ----- 1426-47
U. Indiv. u. Universo: ----- 2005	Iútheltehr: ----- 1496-1514
El Legado de Manervi: ----- 2005	M. S. post Imp: ----- S XVI-XXIV
Anecdotario: ----- 2005	Doc. Nareidin: ----- 1514-1676
L. Caminos d. l. Esclavitud: ----- 2005	El Castigo...: ----- 1680-1707
Iútheltehr: ----- 2005	El Inmortal: ----- 1945-2238
El Castigo d. l. Inocentes: ----- 2005	Demoleador: ----- 2281-96
Hist. d. l. Demoleador: ----- 2005	Un Individuo...: ----- 2295-2317
El Inmortal: ----- 2005	El Abismo...: ----- 2325-29
Post Imperial I (continuac.): ----- 2018	Post Imp. I (cont.): ----- S XXIV-XXXII
Post Imperial II (C. Dehi): ----- 2018	M. Meneyént Daërin: ----- 2734-2866
M. Meneyént Daërin: ----- 2018	Capitán Dehi: ----- S XXXII-XXXV
Bendita Torre I – Devri: ----- 2019	Capitán Devri: ----- 2365-2439
Bendita Torre II – Milie: ----- 2020	Ingeniero Milie: ----- 2404-2439